

LOS MISTERIOS

DE

LONDRES

LOS MISTERIOS

de

LONDRES.

Novela escrita en inglés

por Sir Francis Trollope,

y trasladada al español de la versión francesa

Por D. I. M. de A.

TOMO CUARTO.

CADIZ.

Imprenta, librería y litografía
DE LA REVISTA MEDICA,

plaza de la constitución núm. 11.

1844.

LOS MISTERIOS

LOS MISTERIOS

Novela escrita en inglés

por Sir Francis G. Hall

Traducción de los señores J. y J. de A.

Por D. J. M. de A.

TOMO CUARTO

LOS MISTERIOS

Imprenta de la Revista Médica y Litografía
DE LA REVISTA MÉDICA

1844



CAPITULO PRIMERO.

El medallon.

ME fué imposible, continuó Suzannah, sacar ninguna otra cosa de Temperance, que echó á correr, según me dijo, para acabar el medio azumbre de gin que le habia dado la hada.

Me dejó el medallon que habia puesto

á mi cuello. Lo volví en todas direcciones y admiré la delicadeza de su trabajo. En el sitio en que se encuentra ahora este araño confuso, (Suzannah tenia en la mano el medallon al hablar así,) se veia una estampita, y armas, segun recuerdo, grabadas con extrema delicadeza. Debajo del escudo, una palabra habia sido añadida con un punzon, una sola palabra, grabada con mano trémula.....

Entonces aun no sabia leer, Brian, y no pude descifrar aquella palabra, pero cada una de las letras que la componia grabó su forma en lo íntimo de mi alma, y despues pude deletrearlas en mi memoria.

La palabra que estaba escrita debajo del escudo era un nombre, y este nombre, tanto cuanto una impresion de este género puede llegar á la certeza, era Mary.

=Mary! repitió Brian como si hubiera repasado su memoria.

Pareció que por un momento continuaba su muda pesquisa, en seguida añadió bruscamente.

=Pero hay tantas Mary!

=Y ademas, quizá yo me engañe, añadió Suzannah; pues ese nombre ó esa palabra la ví muy poco tiempo.

Sin embargo, Brian reflexionaba: una idea acababa de germinar vagamente en su imaginacion. Se inclinó sobre el medallon

y lo examinó minuciosamente, como si hubiera querido levantar la espesa red formada por las líneas que la rascadura había puesto sobre la estampa primitiva. ¿Pero quién ha podido ver nunca dos veces seguidas la misma figura en las nubes? En la confusión, en el laberinto de mil líneas tiradas unas sobre otras á la casualidad, la imaginación lo distingue todo, y nada ve. En vano buscaba Brian las dos águilas que había reconocido á los lados del escudo. Los soportes le parecían ahora garras. Solamente la corona de conde era lo que quedaba visible sobre las armas.

—¿Vuestro padre ha sido el que ha destruido este grabado, milady? preguntó Brian.

—Voy á deciroslo, contestò Suzannah. Toda la tarde me ocupé en contemplar mi medallón; sin saber por que lo quería ya mas que todas mis alhajas. Establecí entre esta memoria, hecha por una mano desconocida, y la vision de que os he hablado, un involuntario y misterioso lazo. Debía ser la misma persona.....

—¿Pensasteis en vuestra madre, Suzannah?

La hermosa jóven bajò la cabeza.

—Milord, dijo, pensaba en una muger dulce y buena que me amaba. No pensé en mi madre porque creía que mi madre me aborrecía.... ¿No me había abandonado?....

No, Brian, debo deciroslo, la idea de madre no despertaba en mi sino dolorosos sentimientos..... Mi padre me habia dicho tantas veces.....

=Vuestro padre, señora, la interrumpió Brian con amargura y compasion, queria mutilar vuestro corazon, y borrar de él el amor filial, como ha borrado los signos y las palabras grabadas en ese medallon. Ha muerto y no ha podido conseguirlo.... Dios lo perdone!

—Oh! si, milord, Dios lo perdone si tal ha sido su intencion!.... pues entre las crueles memorias que forman mi pasado, esta es la mas amarga y la mas cruel: Muchas veces he maldecido á mi madre.....

Aun estaba contemplando mi medallon, cuando vino Ismaël á hacerme su visita de la tarde. Procuré ocultarlo en mi seno; pero notó este movimiento y me cogió el brazo.

=Oh! oh! exclamó, mis Suky, sabeis ya el camino de vuestro seno, ese escondite, que no se tiene costumbre de usar mucho en vuestra edad? Enseñadme eso, niña mia.. Me parece que no podrá ser un billete amoroso!

=No me lo quiteis, señor, no me lo quiteis, os lo suplico, exclamé, no me lo quiteis.

—Ahora estamos en esa, miss Suky?...

Veamos. Os lo devolveré , pero es preciso enseñármelo al momento.

Me dijo esto con tono de imperiosa burla , al que por mi desgracia , pocas veces pude resistir.

—¿Os acordais de Ismael , milord?... El no os mandaba nada , y respecto á los extranjeros , sus facciones conservaban siempre la obsequiosa espresion del usurero israelita.

Dentro de su casa era un hombre terrible. Aun me parece ver su pálido semblante cuya parte inferior estaba oculta por una barba espesa , negra , sedosa , y tan linda que cualquiera la hubiera creído una franja de raso. La barba no estaba separada de los cabellos sino por los juanetes de sus mejillas y su frente estrecha , cuyas cejas de azabache cubrian la mayor parte de ella. Temperance decia que era hermoso. En ese caso su hermosura era horrorosa , milord....

Y su voz!..... siempre sonaba sorda , burlona , amenazadora. Despues he oido una voz parecida , Brian ; una voz que , la primera vez que hirió mis oídos , me paró la sangre en las venas , y me estremecí toda hasta la medula de los huesos. Era la voz de un hombre.....

Suzannah bajó la voz y se acercó á Brian.

—Era la voz del hombre que es ahora mi amo , milord , concluyó.

La atencion de Brian se aumentó , y Suzannah continuó.

—Aun no podré hablaros de él: solamente quiero deciros una cosa estraña. Ese hombre que se me ha dado á conocer con el nombre de Tyrrel , y que lady Ophelia llama sir Edmond Makensie.....

—¿Sir Edmond Makensie! exclamó Lancaster; ese seria....

—¿Lo conoceis? milord.

—Seguramente lo conozco , señora.... ¿Qué ibais á decirme de sir Edmond Makensie?

—Iba á contaros, milord.... pero vos estareis en estado de decirme si estoy ó no equivocada , una vez que lo conoceis... iba á deciros que su voz ha causado en mí un efecto estraordinario. Lo habia oido hablar ya antes de esta circunstancia; lo he oido despues , y me parece que su voz está ahora disfrazada, mientras que aquella vez, milord; aquella sola vez , habló naturalmente , con cólera, con pasion, y su voz fué la misma que la de Ismael.

Brian se sonrió con aire de duda.

—Me he engañado, ¿no es verdad? añadió Suzannah. Esto es muy posible, milord. La misma situacion en que me hallaba aquel dia, debia contribuir poderosamente á mi error, pues me encontraba como anteriormente en la casa de Goodman's-Field, bajo la tiránica

voluntad de un hombre que me decia: Haz esto!..... y me veia obligada á obrar contra mi corazon, y apesar de mi conciencia... Oh! que doloroso fué aquel momento! añadió la hermosa jóven á quien un amargo pensamiento pareció presentarse á su imaginacion. Habia un moribundo que dormia, y me dijeron que le diese un beso en la frente.... Lo besé, milord, porque me amenazaban con perderos..... Dios quiera que no haya resultado mal alguno....

Brian la miró con inquietud.

=Vuestras palabras son enigmas para mí, Suzannah, dijo. En nombre del cielo os pido que os espliqueis!

=Muy pronto, milord, muy pronto... Antes de llegar á este triste episodio, tengo otros aun mucho mas tristes que contaros... Os hablaba de Tyrrel, porque su voz... Y ahora que pienso en esto, mi corazon se oprime aun mas..... Oh! era su voz... era su voz!

Al pronunciar Suzannah estas últimas palabras, puso sus manos ante sus ojos como para rechazar una vision horrorosa.

—Señora, dijo con dulzura Lancaster, bastantes desgracias reales han pesado y aun pesan sobre vuestra vida, sin embargo que es corta, para que vayais á crearos fantasmas ¿Qué hay de comun entre el apacible semblante de sir Edmond y la figura

enérgicamente maligna del judío Ismael?... La insignificación de las facciones de sir Edmond, el ciego, no puede ser mas que una máscara, una vez que decis está mezclada con esas tenebrosas intrigas que os rodean: pero en vano hubiera intentado Ismael poner esa máscara en su movable fisonomía. En ellos todo es diferente, contrario.... Además, señora, ¿es preciso recordaros que Ismael ha muerto?

—Ha muerto en el cadalso, ¡Dios mío! murmuró Suzannah; lo sé..... he visto ahorcar á mi padre, milord!

Se detuvo, temblorosa, sofocada, y pasaron algunos momentos antes que recobrase la palabra.

Durante este tiempo Brian pensaba en ese sir Edmond, cuya desgracia habia deplorado hasta entonces, y que parecia ser, segun Suzannah, cabeza de una criminal y misteriosa empresa. Aun no sabia cuales eran el objeto y los medios de ella; pero pensaba en las medidas que debia tomar para arrancar la máscara á aquel hombre, que abusaba de su dolencia, y engañaba con tanta mas facilidad al mundo, cuanto que lo compadecia sinceramente, y la compasion no dá lugar á las sospechas.

Esta resolucion era muy peligrosa para sir Edmond Makensie, pues la posicion que ocupaba en el mundo Brian de Lancaster le hacia

uno de los más temibles enemigos que se pudiera encontrar.

Y el pobre sir Edmond no sabia nada del peligro que le amenazaba.

Seguramente, la francesita, que hemos llamado alternativamente Maudlin, la duquesa viuda de Gevres, ò la condesa Cantacouzéne prima hermana por alianza de la santidad de nuestro padre en Roma, no tenia realmente ninguna excusa por haberse dormido en tan critico momento! Si no se hubiese dormido mas que de un ojo, como hacen muchas veces, segun los naturalistas, los gatos de cierta edad... pero no! dormia á pierna suelta, continuando con afan las aventuras de Robinson Crusóe. Plantaba maiz, aguzaba clavos viejos para hacer cuchillitos, ahuecaba canoas en los troncos de los árboles, enseñaba todas las lenguas de Europa á un sin número de papagayos, en fin, estaba sumamente ocupada.

—Os decia, milord, añadió Suzannah que sacudió prontamente el enorme peso que el horror de la imágen recientemente evocada habia dejado en su imaginacion, os decia que mi padre me mandó perentoriamente entregarle el objeto oculto en mi seno. Debia obedecerle, por mucha que fuese mi repugnancia á deshacerme de este medallon.

Lo tomò, y al instante que se fijaron sus ojos en la palabra escrita, y en el

punzon, y en las armas, se le escapó una exclamacion de cólera.

= ¡Miserable Temperance! murmurò; seguramente que no se puede fiar de ella... ¿Quién os ha dado esta alhaja, miss Suky?

Yo no contesté.

—Es muy linda, hija mia, añadió: que-reis regalarmela?

= No, oh! no, señor, exclamé; dejad-mela, os suplico que me la dejeis!

= Os la dejaré, Suky, si sois una hija obediente, es decir, si me confesais que Temperance ha sido quien os ha dado esta alhaja.

Díos ha colocado en nosotros el horror instintivo á la mentira, milord, pues yo cuya ignorancia era completa á este respecto como á todos los demas, me costó trabajo que mis labios pronunciaran esa primera mentira. Pero sabia que mi padre perseguia á Temperance y me compadecí de ella.

—No, señor, contesté con embarazo, no ha sido Temperance.

—Habrà sido Roboam! exclamó palide-ciendo.

= Oh! no, señor.

Esta vez la respuesta salia de mi co-razon. Ismaél me miró de soslayo.

—Ya sabes mentir! murmuró con ma-ligna sonrisa: la educacion no será ni lar-ga ni difícil, apostaria..... Basta, miss Su-ky, añadió levantando la voz. Sé lo que que-

ria saber, y os volveré vuestra alhaja.

Se sentó á mi lado, volviendo y revolviendo el medallon en sus manos como si hubiera querido abrirlo. Yo ni aun siquiera habia sospechado que pudiese estar hueco.

Al cabo de algunos minutos, durante los cuales me entretuvo con cosas frivolas, su dedo oprimió por casualidad el resorte del secreto y el medallon se abrió.

Yo dí un grito de sorpresa.

=Ah! ah! Suky, dijo, no esperabais esto.

=¿Qué tiene dentro, señor? pregunté con curiosidad.

=Tiene agua de Portugal, miss Suzannah, y algunos pelos de gata.

Al pronunciar estas palabras que acompañó con seca y forzada sonrisa, se acercó á la chimenea donde aun ardian algunos pedazos de leña, y arrojó en ella como un objeto que habia tomado del medallon.

Ese objeto chisperreteó al tocar las brasas, se inflamó al momento, y lanzó una columna de humo espeso. Debia de ser un rizo de cabellos.

=Ah! señor, exclamé, me habiais prometido devolverme.....

=Silencio! miss Suky, me interrumpió; nosotros los hijos de Abraham cumplimos todas nuestras promesas, lo enten-

deis, y, por mi parte, por no faltar á mi palabra, he hecho ya cinco bancarotas. Pero vos no sabeis lo que es una bancarota, miss Suky: os enseñaré esto algun dia... y otras muchas cosas tambien, como vos y yo tengamos ocasion para ello.

Tomò del medallon un papelito de una finura estremada que acompañaba á los caballos. Se puso sus antiparras y leyó:

«A Suzannah para cuando sepa leer.»

—Bueno! exclamó, mirad una sencillez encantadora!..... Naturalmente Suky, no habreis intentado leer antes de haber aprendido vuestro alfabeto.

—Pero yo lo aprenderé, señor, le interrumpí: ese papel es mio, dadmelo.

—Aprendereis, Suky, eso si que es verdad; desde mañana aprendereis á leer, á cantar, á bailar..... aprendereis todo lo que una hermosa jóven debe aprender para cautivar el corazon de un hombre.... por lo que respecta al papel, ya es otra cosa..... No os inquieteis por esto, y dejadme descifrar estos garabatos.

Efectivamente comenzó la lectura del billete encerrado en el medallon.

El papel era muy pequeño milord; sin embargo, contenia sin duda muchas cosas, pues mi padre tardó mucho tiempo en leerlo. Mientras lo leia murmuraba palabras amargas, y se encogia de hombros con indecision.

—Qué quiere decir esto! exclamó por fin, pardiez! hay en esta miserable algarrabia con que hacer llorar amargamente á un regimiento de viejas..... Si la persona que os escribe estas boberias fuese rica, Suky, creo que podríamos arreglarnos amigablemente, pues no le costaria nada.

—¿Quién es esa persona, señor, pregunté con voz suplicante, y que es lo que quiere de mi?

—Os quiere, miss Suky, y á esto se reduce todo. Por lo que respecta á su nombre, aquí está escrito con todas sus letras. Me enseñó la palabra grabada bajo el escudo. Qué lástima que no hayais tomado vuestra primera leccion de lectura, ¿no es verdad?

—¿Cuál es ese nombre? pregunté nuevamente.

—Es el nombre.....

Dudò, y continuó

—Es el nombre de un hermoso jóven que se muere de amor por vos Suky... Se llama Henry.

Nada comprendí aquella respuesta como bien podeis pensarlo, milord. Para saber, á los once años y medio, lo que es amor, hubiera sido preciso haberlo oído á las puertas de los salones, ó atravesando muchas veces las antesalas.

—¿Y era Ismael quién os hablaba así señora? dijo Lancaster, cuyas cejas se habian fruncido: vuestro padre! Tomo 4.^o 2

—Creo que esto era malo, milord, cuando estas palabras parece provocan vuestro enojo; pero Ismael siguió mas adelante.... Esa noche por la primera vez, pronunció ante mí palabras, que se resbalaron al principio incomprensibles sobre el escudo de mi ignorancia, pero que, repetidas muchas veces, y esplicadas con asiduidad, acabaron por penetrar en mi inteligencia.... Hace ocho días os hubiera repetido sin avergonzarme todo lo que me decia Ismael, porque yo creia que sus lecciones eran las que cada padre dá á sus hijas.... Hace ocho días que la luz se ha abierto para mí: se, que, ante Dios, como ante el mundo, estas enseñanzas son infames, y que tocan, en boca de un padre, los últimos límites de lo odioso.

—Que, señora, exclamó Brian; será preciso que yo suponga?.....

—Dejadme, milord, dijo Suzannah, cuya tristeza se vió disipada por una noble y pura sonrisa: no me preguntéis.... Quizá no comprenderia vuestras preguntas.... Yo os lo diré todo, aun cuando me cueste mucho, y desde ahora os diré que, con respecto á todas esas cosas que conciernen al amor, no conozco en toda mi vida una sola de que necesite hacer misterio á nadie por ningun título.

Brian de Lancaster se sintió ruborizar y avergonzarse, tanto se habia alejado de aquel

firme y digno candor con la pregunta que habia estado á punto de formular.

=Ismael continuaba con el medallon en la mano, añadió sin embargo Suzannah. Parecia dudaba en devolvermelo. De pronto sacó de su bolsillo una herramienta igual á la de que se servia Roboam para esculpir sus pedacitos de madera, y vino bruscamente á sentarse de nuevo á mi lado.

En seguida, con la ayuda de su herramienta comenzó á arañar el escudo.

=¿Qué haceis? señor, le dije.

=Bien lo veis Suky..... Pero dejmos esto, os lo suplico, y hablemos de cosas formales.... Tengo un gran discurso que haceros, ya veis, y me gusta mucho trabajar predicando... Escuchadme con atencion: sois una niña encantadora Suzannah, y, si conservais lo que prometeis, en dos ó tres años, cuatro á lo mas, sereis la joven mas hermosa de Lóndres..... ¿Os agrada esto?

—Ah! señor, contesté sollozando, borrais el nombre de la persona que me ama.... ¿De qué me servirá aprender á leer?

—¿Quereis saber este nombre, Suzannah?..... Y ademas, hija mia, en algun tiempo, contareis por docenas las personas que os amen.... A fé mia, sereis una criatura muy feliz, Suky..... Yo os daré adornos para que deslumbreis á las mas brillantes ladies..... Sereis el astro que iluminará

á Lóndres, sereis la leona..... A vuestro alrededor se amontonará una multitud compacta de aspirantes..... Todos os pedirán vuestro corazon.... ¿Me escuchais, Suky?

Yo seguia con triste mirada la obra de destruccion á que se entregaba mientras estaba hablando.

—Me escuchais; muy bien! añadió. Os decia que os pedirian una mirada por la derecha, por la izquierda, en fin de todas partes. hija mia: la vida de las mugeres está constituida de este modo, al menos la vida de las mugeres bonitas..... Y, Suky, muchas se pierden por demasiado orgullo, muchas por atolondramiento.... El orgullo, á quien los tontos y los hipócritas llaman pudor, os aconsejará que paseis fria y altiva, entre los inciensos quemados en vuestro honor: el atolondramiento, como lo oiréis llamar en el mundo..... cuando vayais á él..... la voz del corazon, os dirá que ameís á un jóven de suave voz, de tierna sonrisa..... Tened mucho cuidado, Suzannah.... oh! tened mucho cuidado hija mia.... El deber de una muger... Pero ya teneis aquí vuestra alhaja que os la devuelvo, segun os prometí.

Efectivamente, me entregó el medallon vacio y en el estado en que lo veis.

En seguida añadió con voz casi solemne.

—El deber de una muger es amar, Su-

zannah , amar , y entregarse sin reserva y sin combate.... Mas adelante comprendereis esto.... Pero su deber tambien es el elegir.... y la mejor regla para guiarse en su eleccion, hija mia, es no rechazar á nadie, excepto á esos miserables aventureros que no tienen en este mundo mas que su fisionomia y su vestido ; es pasar de uno á otro , con tal que estos sean ricos y generosos.... Hasta mañana, Suky!

Brian permaneció como petrificado.

—Infamia! infamia!..., murmuró al fin.

Se levantó y dió algunas vueltas por la habitacion. Cuando volvió á donde estaba Suzannah , su frente se había vuelto á serenar.

—Señora, le dijo con un tono de conviccion profunda, ese hombre es un monstruo! no era vuestro padre!.....





CAPITULO SEGUNDO.

El retrete de Ismael.

BRIAN de Lancaster al afirmar á Suzannah que el judío Ismaél no era su padre, no tenía niuguna prueba material para apoyar su asercion. La palabra que habia pronunciado con tanta conviccion y calor, no era mas que un impulso de un corazon noble y leal, que rehusa creer en ese colmo de infamia, de un padre imbuyendo el espíritu del mal en el alma de su hija.

Si habia alguna otra cosa en aquella palabra, era una vaga sospecha escitada por algunos pasages de la narracion de la hermosa jóven, pero esta misma sospecha no tenia fundamento, y en definitiva, salvo la inverosimil monstruosidad de la conducta de Ismael, nada decia que Suzannah no fuese su hija.

Ella lo comprendió sin duda, pues no acogió aquel grito escapado del corazon de Brian, y esperó una palabra, una prueba, que pudiese sostener aquella afirmacion tan repentina.

—Hay cosas, milady, añadió Lancaster respondiendo al secreto pensamiento de Suzannah, hay cosas que se conocen y que no se pueden demostrar. Yo conozco, yo sé, señora, que ese medallon os lo enviaba vuestra madre: sé que ese hombre no puede ser vuestro padre.... pero deciros como lo sé, es imposible.

Suzannah llevó el medallon á sus labios, y lo besó muchas veces.

—Quiero creerlo, milord, dijo por lo que corresponde al misterioso origen del medallon..... En adelante me será mucho mas querido, pues que me hablará de todo lo que amo..... de mi madre, de vos.... de mi madre, cuyo amor vos me revelais... de mi madre, que me la volvereis por decirlo así, y que me la enseñareis trás un velo que

yo no habia podido levantar enteramente... Oh! gracias por ella, y gracias por mi, milord..... Mirad, acabais de hacerme conocer que aun no os amo bastante!.....

Levantó hácia Brian sus hermosos ojos llenos de ternura y de infinita gratitud.

—Por lo que respecta á Ismael, añadió en seguida, os engañais, milord, era mi padre..., Pero era un hombre que, segun puedo juzgar por mis recuerdos, combinados con la poca esperiencia que he adquirido en estos últimos dias, tenia ideas y principios bien diferentes de los demas hombres..... No creia en nada: se burlaba de todo, y sabia disfrazar con un nombre despreciativo y burlon cada una de las virtudes admitidas por el mundo.... La cosa mas ridicula á sus ojos, hubiera sido precisamente la mas santa á los vuestros; y, cuando se vanagloriaba orgullosamente de ser judio, era por que atribuia á todos los que siguen la ley de Moises sentimientos parecidos á los suyos..... Tal vez era esto una calumnia... y sin embargo, cuando he visto, reunidos, algunas veces, á los hermanos de Ismaél, en Damasco, en Paris, en Lóndres, he podido convencerme que Ismael no era ni el mas ávido ni el mas infiel entre ellos.

Pues yo he visto muchas cosas, milord, en esas asambleas en que mi padre reunia á sus compañeros al rededor del *pan y del vino*.

He visto muchas cosas que no podria contar, bien por que no las tengo presentes en mi memoria, ó bien porque me faltaba cuando las veia, lo que era necesario para comprenderlas ó interesarme en ellas.

Pero tambien he visto que aquellos á quien Ismael llamaba sus hermanos era la zupia de la nacion judia. En Israel hay hombres justos y buenos: sin embargo no los he conocido porque sin duda no habrán querido pisar el umbral deshonorado de la casa de Goodman's-Fields.

Despues de la conversacion que os acabo de contar, Ismael me dejó; pero antes me repitió que, al dia siguiente comenzaria para mi una vida nueva.

Unos momentos despues oí en el corredor llantos y gritos. Era la voz de Temperance que espiaba asi el crimen de haberme entregado el medallon. Luego hubo un gran silencio. Desde entonces no he vuelto á ver mas á Temperance, y me he estremecido muchas veces pensando de que quizás.....

Pero mi padre no haria mas que echarla de casa, quiero creerlo asi: ¿por qué tenia de haber matado á esa desgraciada é inofensiva criatura?

Lancaster no pudo contener un movimiento de repulsion enérgica á la sola idea de aquel posible asesinato cometido con una

muger, por muy baja que fuese. Por mas que se decia que en toda esta narracion se trataba de un criminal que habia pagado su deuda á la justicia humana, su corazon se indignaba violentamente á cada instante, no solamente á la idea de tanta bajeza fria y reflesionada, sino aun pensando que Suzannah, la muger que respetaba como si fuese un ángel, habia sufrido aquella inmunda tirania, y pensando tambien que él mismo en otro tiempo habia penetrado muchas veces en el atrio del judio, y que se habia sentado en su canapé, y que habia tocado su mano, quizá despues de alguno de aquellos contratos usurarios de donde sacaba en otros tiempos sus recursos.

Suzannah no esperimentaba al recordar aquellas brutales escenas, mas que un sentimiento de tristeza tranquila y taciturna, que daba á su noble fisonomia alguna cosa de aquel pesado velo de apatía, de que ya hemos hablado al principio de esta historia. Necesitariamos palabras nuevas para pintar de un rasgo la nueva ó estraña situacion de aquella alma que, habiendo permanecido pura, estaba no obstante como estragada en el mal, pues el crimen y el vicio se habian presentado descarados, cínicos, razonados, desde el dia de su nacimiento hasta aquel momento en que respiraba al fin otro aire que el de la vergüenza.

Dios habia dado á Suzannah un corazon robusto y una esquisita sensibilidad: mas para que se vea esta afectada, es necesario en algun modo lo imprevisto, y lo desconocido; el cirujano que llora ante una escena dramática, puede cortar sin pestañear las carnes de un enfermo, ó seguir con el bisturí las señales de una bala por medio de un pecho amigo. Suzannah no se representaba á Ismael mas que de una manera: lo habia visto inmutable y frio en su tenebrosa carrera: no lo podia ver de otro modo, y seguramente no podia conmoverse ya al recordarlo así. El dolor solo, un dolor de costumbre y sin impulsos era el único posible para ella.

Ya veis que he llegado, milord, á otro periodo de mi historia, continuó Suzannah. Mi vida cambió de pronto sin ninguna transicion.

Al dia siguiente me encontré al levantarme con una muger estraña. Mi poco trato me inducia á no dirigirle la palabra: pero por otra parte queria informarme de Temperance, y este deseo, aumentado por una vaga inquietud acerca de la suerte de la pobre muger, fué mas poderoso que mi timidez.

Pregunté á la recién venida, que comenzó á sonreirse, y pronunció algunas palabras en una lengua estrangera: no sabia hablar inglés.

Inmediatamente dió principio á mi tocador. Los vestidos que me ponía no eran los que habia tenido el día antes. Era un hermoso vestido nuevo, cuyo cinturon de seda aprisionaba estrechamente mi talle, libre hasta entonces de toda sugesion. Peinò y rizó mis cabellos que, por la vez primera, cayeron en simetricos anillos á lo largo de mis mejillas.

Cuando me miré en el espejo, milord, al acabar de adornarme mi nueva doncella, dí un grito de alegría. Por la primera vez el sentimiento de mi belleza se apoderó de mi. Me desconocía, me avergonzaba, me sonreía, era dichosa, orgullosa, y me ruborizaba. A la vez hubiera querido manifestarme á todos, y ocultar mi semblante. Ya era una muger, pues que experimentaba ese doble y contradictorio sentimiento de la muger: el deseo de brillar, la necesidad de poner un antemural entre una y las miradas de la multitud.

Ese día, desde por la mañana, me llevaron á una sala del primer piso de la casa de Goodman's-Fields que no habia visto nunca. Era una habitacion grande y magnífica, tapizada de terciopelo encarnado, y toda llena de cuadros raros. Habia en ella un hermoso piano, una harpa, libros ricamente encuadernados, sobre los tapetes de las mesas, y albums abiertos sobre el piano, sobre las rinconeras y por todas partes.

Los cuadros eran sobre asuntos mitológicos, sacados de un sentimiento de voluptuosidad abandonada ; los albums.... Milord, hace ocho dias que he aprendido á ruborizarme, y no puedo deciros lo que contenian los albums.

Todo esto llamó mi atencion, y produjo en mi una primera impresion muy agradable. Admiré las hermosas ninfas acostadas en medio de esplendidos paisages, ó manifestando los divinos contornos de sus cuerpos por entre las cristalinas aguas de las fuentes consagradas. Los albums estaban encuadernados con todo lujo ; admiré sus dorados, pero lo que contenian no escitaban nada en mi, ni aun siquiera la curiosidad.

No puedo creer, milord, apesar de todo lo que Ismael ha intentado contra mi imaginacion y mi corazon, no puedo creer que sus tristes colecciones hubiesen estado puestas alli espresamente para mi. Ismael era demasiado mañoso para esto. Pero aquel salon lo tenia en lugar de retrete; era el sitio natural de aquellos albums.

Al dia siguiente, desaparecieron.

Dios me ha protegido en todo esto, milord, y le doy gracias de lo íntimo de mi corazon. Mientras que no hubo nada entre Ismael y yo, mientras que mi alma permaneció sin defensa ninguna contra sus pérfidas sugeriones, estuve cubierta con mi edad,

y despues cuando sus doctrinas hubiesen podido obrar eficazmente sobre mis sentidos, ya que no sobre mi corazon, llegasteis, milord, vos que sin saberlo, habeis sido mi protector, mi escudo contra el mal, mi ángel tutelar!

Lancaster unió sus manos por un movimiento involuntario, y su varonil mirada le dirigió, reconocida, hácia el cielo.

—Y yo tambien doy muchas gracias á Dios, señora! dijo con religiosa gravedad; doy gracias á Dios por haberme hecho el ciego instrumento de vuestra salvacion, y haberos conservado pura, Suzannah, en el mismo antro del vicio y del crimen.

Tomó su mano que llevó respetuosamente á sus labios, y continuó.

—¿Me perdonareis, señora? Hace una hora que estais hablando, y he sufrido mas que durante una semana de martirio..... Tenia miedo.... miedo de ver á cada momento atacar el vicio tan desconocido como os era, no á vuestra alma, sino á vuestros sentidos.... Tenia miedo de ver que se apoderase de vos por sorpresa, á favor de las doctrinas de ese hombre que se llamaba vuestro padre, pues no era vuestro padre, milady!.... Pero vuestras últimas palabras han aliviado mi corazon de un peso que lo oprimia..... Y de nuevo doy gracias á Dios, gracias de rodillas de lo íntimo de mi alma, por haberos conservado vuestra inocencia en

medio de esos horrorosos peligros..... Oh! cuan bueno es Dios, señora, y como lo serviré yo en adelante!

—Le serviremos, milord, le rogaremos... y suplicaré ardientemente, pidiendo al cielo que os haga dichoso!....

Permanecí un instante sola en el salón, y.... es preciso decirlo, durante los momentos que estuve allí, me miré muchas veces en el espejo. Mi vestido nuevo me trastornaba la cabeza, y hubiera brincado con mucho gusto de alegría, si no hubiese experimentado un sentimiento de tímida ansiedad, al pensar en los extranjeros que, sin duda, iban á presentarme.

—Bravo! miss Suky! sea para bien! exclamó mi padre que me sorprendió en el momento en que yo procuraba verme todo el cuerpo por medio de los combinados reflejos de dos espejos: sea para bien, hija mia! admiraos..... Dentro de poco, gracias á Dios, espero que habrá aquí muchos lores para que os miren y os admiren.

La vergüenza de haber sido sorprendida así, vergüenza natural, según creo, milord, y que experimentamos las mugeres por un efecto natural, atrajo el rubor á mi frente.

—¿Por qué os avergonzais, Suky? añadió mi padre; seguramente esos colores os hacen aun mas hermosa; pero lo que ha-

ciais ahora es bueno, y no debeis avergonzaros.... El primero, el mayor, el único mérito de una muger, es su hermosura: ¿por qué le estaria prohibido el que se envanebiese con ella?

Un personaje de apariencia obsequiosa que habia entrado trás de Ismael, y se mantenía junto á la puerta, comenzó á sonreirse con aire de aprobacion.

—Teneis razon, mi buen señor Spencer, dijo inclinándose respetuosamente, y miss Suzannah tambien tiene razon.

Este hombre era un judio francés, que debía enseñarme á hablar su idioma, y á bailar, segun la moda de Paris. Al mismo tiempo debia aprender el italiano y el aleman, con profesores judíos de estos diversos paises, que reunidos, me enseñarian al mismo tiempo la música.

Asi fué milord. Ocupados en adelante mis dias, no tenia lugar para el fastidio ó para los ensueños: apenas me quedaba una hora escasa para la reflexion.

Aun cuando no hubiese tenido los extraños mòviles que comunmente obligan á las jóvenes al trabajo, yo estudiaba con ardor grande. Todo cuanto me enseñaban era para mí tan completamente nuevo, que todo me interesaba hasta el mas alto grado.

Es preciso deciroslo, milord, cuando mi

maestro me enseñó en un principio la lectura, base de todas las lecciones, las primeras letras que aprendí fueron las que estaban grabadas en lo íntimo de mi memoria, y que mi padre habia borrado del medallon.

Poco faltó para que me engañase, pues la presencia de espíritu de Ismael habia sido grande. Henry, para el que no sabe leer, se asemeja mucho á Mary, y este nombre era el que mi padre habia dicho como por casualidad en contestacion á mis preguntas. Pero Dios me ha dado una memoria escelente, y en aquel tiempo, conservaba tanto mas minuciosamente los menores recuerdos, quanto que tenia menos ocasiones para ejercitarla.

Cuando yo supe deletrear esa palabra Mary, me creí sabia, y lo era, milord, pues tanto por vuestras razones, como por mis instintivas y secretas esperanzas, el nombre cuyo conocimiento acababa de adquirir, es el de mi madre.....

Sin embargo, aprendí todo cuanto quisieron enseñarme con una rapidez de que se admiraban mis maestros, y de la que se complacia mi padre. Un solo ramo de mi educacion no marchaba segun sus deseos: este era precisamente el que él mismo se habia encargado de enseñarme.

Mi padre, efectivamente, continuaba en aquel tiempo entreteniéndose muchas veces

conmigo , pero la enseñanza de mis maestros contradecia fatalmente la suya, apesar de ellos mismos. No hay libros, milord, por malos que sean, que no contengan algunas máximas sacadas de la verdadera moral , y mis profesores se veian obligados á servirse de ellos para enseñarme las lenguas.

Por todas partes encontraba la verdad ó retazos de ella. Esto no era bastante para hacerme buena sistemáticamente ; pero era lo suficiente para desconfiar hacerme de las inauditas paradojas de mi padre.

Se hubiera podido decir, milord , que habia tomado la triste tarea de trastornar mi pobre corazon , para estraer de él todo sentimiento noble y virtuoso. Lo perdono ¡ay! pero ahora que miro la horrorosa perversidad de su obra, tiemblo al pensar que hubiera podido conseguir su designio de insensata destruccion.

Erigia ante mi la mentira en virtud; la mentira y la hipocresia: contaba con entusiasmo audaces rasgos de fraude.....

Pero Dios me libre de recargar estos repugnantes pormenores; basta deciros que todos los vicios que deshonran nuestra pobre naturaleza los levantaba sobre un pérfido pedestal, ofreciéndolos á mi admiracion diariamente!....

¿Cuál podia ser su objeto?.....

=Su objeto! exclamò Brian de Lances-

ter que, pálido, y con los dientes apretados, comprimía con gran esfuerzo su poderosa indignacion; su objeto, señora!..... oh! no podría deciroslo, pues esto sobrepuja á todo cuanto he oido hasta ahora de aborrecible y odioso..... Ya ha muerto!..... La justicia de los hombres, y tambien la justicia de Dios han pasado sobre su cabeza..... La ley humana lo ha matado: la venganza divina le tiene ahora en su terrible poder.... Pero, cualquiera que sean los tormentos de ese doble suplicio, son demasiado dulces para su detestable crimen....

—Todas las noches, de ocho dias á esta parte, ruego á Dios que se compadezca de él, contestó Suzannah con una sonrisa de celeste misericordia: lo he perdonado; no veo ya en él mas que á mi padre, y os digo todas estas cosas que lo acusan, Brian, por que no me creo con derecho de ocultaros nada....

Como ya os he dicho, sus lecciones producian en mí poco efecto. No aborrecia el vicio, por que ignoraba la virtud, pero acogia con frialdad sus palabras, y las seductoras imágenes que algunas veces me trazaba con una elocuencia llena de atractivo, no hacian mella alguna ni en mi imaginacion ni en mi corazon.

Se admiraba, y buscando la causa de aquella inerte resistencia fuera de mi mis-

ma, que era una niña sin defensa y sin voluntad para rechazar el veneno ofrecido desconocidamente, culpaba á mis maestros que los creia infieles á sus instrucciones, los despedía, y los reemplazaba por otros mas adictos..... se engañaba. Mis maestros cumplian con su mision en conciencia. Eran judios, y las personas de esta nacion con quien trataba mi padre, milord, eran de esos que ponen primeramente el precio, lo reciben, y despues ejecutan con ceguedad. El oro les cerraba los ojos, y hacia acallar su conciencia. Solamente hubieran desobedecido si hubieran sido omisos en pagarles.

Tales eran los judios que servian á mi padre, milord. No hay nacion, ¡y! ni religion, que no tenga asi su miserable flaco; ¡Cuántos cristianos me han tratado cruelmente cuando estaba moribunda en la inhóspitalaria soledad de Lóndres!....

Aun cuando Ismael tenia mucho cuidado de cambiar las personas que me rodeaban, yo siempre permanecia la misma, ardiente á toda enseñanza nueva, y perezosa para sus lecciones. Algunos átomos de generosos pensamientos que yo habia encontrado en los libros frívolos ó perniciosos que me entregaban, me hacian sospechar otro mundo fuera del círculo viciado en que pasaba mi vida. Yo nada sabia, pero dudaba, y es preciso creer que la duda basta, milord, cuan-

do está sostenida por algunos elevados instintos venidos de la mano de Dios, para sostener durante algun tiempo la lucha contra el mal. No se consigue la victoria, pero no es uno vencido, mientras no ha llegado la edad en que la pasion puede poner su peso en la balanza.

Cuando llegó esta edad para mi, mi-lord, Dios os envió á mi encuentro....

Al cabo de un año yo sabia el francés y los demas idiomas. Comenzaba á cantar acompañándome con el piano ò el harpa; bailaba como una bailarina de los teatros. En fin era tal como mi padre podia desear-me bajo sus diferentes conceptos.

Una tarde, asi que concluí mis lecciones vino á sentarse á mi lado.

—Miss Suky, me dijo, esta noche doy el pan y el vino á mis hermanos; les debéis amor y respeto, pues son hombres segun mi corazon, mañosos, audaces, y hábiles para engañar la necia y maligna raza que llaman mundo..... Voy á presentaros á ellos..... Manifestaos muy hermosa miss Suky, á fin que todos mis hermanos me llamen un padre muy dichoso

Esta era una órden, y no tuve nada que responder.

En el momento en que me dirigia hácia mi habitacion, que siempre era la misma, al lado de la sala que daba al jardin, me llamó.

—¿No os alegraríais volviendo á ver á Roboam? me preguntò.

Hacia un año que no veía al pobre mudo, que habían separado de mi servicio al mismo tiempo que á Temperance, tenía tan pocos recuerdos, milord, que todos ellos me eran muy queridos. Manifesté mucha alegría solo al pensar que vería de nuevo á Roboam.

—Venid, me dijo mi padre tomándome por la mano.

Me hizo pasar por la puerta opuesta de su *retrete*, y, en lugar de entrar en el comedor que le seguía, abrió una puertecita lateral colocada entre las dos. No sospechaba de ningún modo que existiese aquella puerta. Atravesamos un corredor muy estrecho, iluminado por una lámpara, y después de haber dado una docena de pasos, nos encontramos al pié de una escalera recta como una escala, cuya caja terminaba por una linterna.

—Subid, Suky, subid, añadió Ismael. Allí arriba es donde vive Roboam.

Subí sin ningún sentimiento de horror, y no experimentando otra cosa mas que una viva curiosidad.

Así que llegamos al segundo piso, que debía ser el tercero de la casa, pues que aquella misteriosa escalera comenzaba en el primero, mi padre llamó con suavidad á una

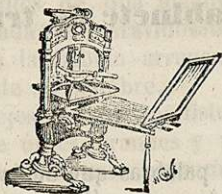
puerta baja que se abrió casi al momento. Antes de entrar, me miró sonriéndose, pero esta vez bajo su burla se percibía algun temor.

=Miss Suky, me dijo con aire á la vez fanfarron y amargo, este es mi gabinete de trabajo.... Voy á deciros un secreto hija mia.... el dia siguiente al en que un hombre penetrase hasta aqui, vuestro padre, Ismael Spencer, seria ahorcado, miss Suzannah.

=¿Qué quiere decir, señor, ser ahorcado? le pregunté.

Su sonrisa le hizo traicion, y una contraccion nerviosa agitó su mandíbula.

=Es una cosa muy linda, contestó; os prometo enseñarosla algun dia....





CAPITULO TERCERO.

El gabinete de trabajo.

ESTAS palabras que debian tener mas adelante , para él y para mí , un resultado tan terrible , prosiguió Suzannah, no me causaron entonces ninguna impresion. ¿Dónde podia haber tomado idea de los castigos de la justicia humana, yo, que

me costaba mucho trabajo dejar de creer que el crimen merecia una recompensa en este suelo?

La pieza que mi padre llamaba su gabinete de trabajo, era un vasto laboratorio donde los objetos mas diferentes se encontraban confundidos. A la izquierda, al entrar, sobre una gran mesa, vi, colocados con cierto órden, un gran número de diversos vestidos. Habia uniformes militares de diferentes paises, vestidos persas, albornoces árabes, un uniforme completo de policia, vestidos de corte, y vestidos talaes de lienzo crudo, como los que llevan los barqueros y mandaderos del muelle.

Al lado de la mesa, en un tocador, estaban colocados tarros de pomadas de matices variados, redomitas, barbas postizas, y sobre una cabeza de madera, estaban los sedosos anillos de una magnífica cabellera rubia, imitada tan maravillosamente que podia decirse la habian arrancado entera de la cabeza de un hombre.

Mas lejos, en un cañifistolo, habia una multitud de útiles grandes y pequeños, que despues he sabido eran instrumentos de ceragería.

Despues del cañifistolo estaban las armas. Estas consistian en puñales de distintas formas y dimensiones, pistolas, y disciplinas aplomadas cuya herida es, segun dicen, casi siempre mortal.

Pasaba por medio de todo eso, milord, como una niña por medio de las rarezas de una *exhibicion* (museo) publica. Miraba con curiosidad, pero sin ninguna emocion, todas esas cosas, de las que la menor tenia su destino propio, adaptado á un género particular de crimen.

Ah! ahora ya sé para que sirve todo eso, milord; y no os admireis de mi ciencia. Asistí al proceso de Ismael Spencer: he visto traer uno despues de otro, en el recinto del tribunal, todos los *objetos* del gabinete de trabajo de mi padre. El juez se encargaba de explicar el destino de cada instrumento. Cada uno de ellos ha contribuido alguna cosa para hacer ahorcar á mi padre.

—¿Qué tal os parece esto, miss Suky? me preguntó Ismael.

—Oh! señor, exclamé, mirad un cuchillo enteramente igual á el del mendigo que ha degollado á mi pobre Corah.

—Doce horas despues de su muerte.... añadió mi padre sonriéndose. He oido hablar de eso..... Ese diablo de Bob no es judio..... pero no irá muy lejos.

Aun habia otras muchas cosas en el gabinete secreto de mi padre, pero voy directamente al objeto de nuestra visita.

Al fin del gabinete, á la derecha de la entrada, habia una caja de planchas casi

igual á los cuartitos de las tabernas. Esta caja formaba un pequeño buró en el que estaba el mudo Roboam.

¡Cuan cambiado se hallaba, milord, al cabo de un año! Sus macilentas y cóncavas mejillas se cubrían de una barba incul-ta y sucia: sus cabellos habian crecido y le caian sobre sus hombros. Tenia el aspecto de un anciano salvaje, enfermizo, y agotado. Los cautivos deben estar así al cabo de medio siglo de prision.

Levantó hácia mí su vista apagada y no me reconoció al principio. Se puso al momento de nuevo á su trabajo que os lo explicaré ahora mismo.

—Y qué! Roboam, le dijo mi padre, ¿no conoceis á miss Suky?

El mudo levantó su vista con aire admirado, en seguida dió un gemido de alegría, y una dulce sonrisa pasó fugitivamente por sus desoladas facciones.

Me hizo con la cabeza una señal amigable, y respetuosa al mismo tiempo.

—Buen Roboam, le dije, ¿por qué no se os ve ya?

Miró á mi padre con aire temeroso, que decia elocuentemente el inmenso peso de servidumbre con que lo acababa este último. Aquella mirada fué de doble intencion, como todas las miradas de los esclavos. Advertí en ella una sumision forzada, y bajo aquella sumision, mucho odio.

¿Por qué poder habia podido Ismael secuestrar á este hombre, reducir su aversion al silencio, y hacerse obedecer? Nunca lo he sabido, milord, pero dicen que hay hombres fuertes y animosos que han sabido domar muchas veces á leones, y tigres, jugar con ellos, y aun imponerles los caprichos de su voluntad.

Mirad cual era el oficio de Roboam en aquel laboratorio, de donde no habia salido ni una vez en el espacio de un año.

Al rededor de él, en la mesa que llenaba casi enteramente su jaula, habia papeles pequeños cortados á lo largo, impresos de varios modos, y llenos de letras. Por todas partes se veian útiles de grabador; tintas de diferentes colores, y esos pedazos de madera dura esculpida de que ya os he hablado.

Roboam contrahacia para mi padre las letras de cambio de las principales casas de comercio de Lòndres.

O mas bien procuraba hacerlo, pues el pobre hombre no habia aun podido sacar hasta entonces una imitacion bastante perfecta al gusto de Ismael, y Dios sabe cuantas rudas y crueles correcciones habian seguido á cada una de aquellas tentativas incompletas.

Sin embargo, no era una cosa muy fácil, y era posible que se frustrase en aque-

lla difícil y criminal tarea. Era preciso imitar mas de cien firmas, contrahacer otros tantos sellos, copiar otro número igual de estampillas: era preciso coger y reproducir minuciosamente los mil matices que las personas del comercio reconocen, segun parece, á la primera ojeada, y que constituyen diferencias entre los papeles de tal y tal casa, signos por los cuales es imposible que ninguno de ellos se equivoque.

Y el desgraciado Roboam lo intentaba. Desde por la mañana hasta la noche trabajaba, retocando sus moldes, corrigiendo sus sellos, y acostumbrando su mano á contornear atrevidamente y de un rasgo las caprichosas vueltas de una rubrica comercial.

Mi padre venia á inspeccionar el resultado de cada tentativa, y era un inspector sin compasion, milord. Su vista perspicaz descubria los mas imperceptibles defectos. Y, como se trataba de jugar su cabeza, ningun defecto, por imperceptible que fuese, podia dispensarlo.

Entonces, Roboam, desanimado, se dormia en una desesperacion de animal domado. Rompia sus herramientas y se acostaba cuan largo era en el polvo del laboratorio. Mi padre cogia un baston y le pegaba: hasta que Roboam vencido por el dolor se levantaba y volvia á su trabajo.

Mirad por qué Roboam estaba tan pálido, y por que su semblante se habia puesto como el de un anciano.

Seguramente el pobre mudo habia sido para mi un guardian rígido, pero lo mismo que de Temperance no conservaba mas que un agradable recuerdo. Comparados con los maestros que me habian dado hacia un año, estas dos desgraciadas criaturas tenian toda la ventaja. Uno y otro me habian manifestado algunas veces simpatia ya que no afecto. Os lo repito, milord, los amaba.

Le presenté mi mano, que cogió y llevó á sus labios. Despues me manifestó con un gesto apasionado la ventana, ó mas bien el aire libre que estaba trás de ella; é hizo ademán de respirar con mas libertad.....

Pobre Roboam!

Todo era servidumbre y cautiverio en casa de mi padre. El pobre mudo que habia sido mi carcelero, llevaba las cadenas á su vez. Ismaél agarrotaba así á todos los que necesitaba.

Un gesto de Roboam, tan espresivo, y tan lleno de angustia, un gesto que mendigaba tan enérgicamente un poco de libertad, hizo que mis ojos se llenasen de lágrimas. Ismael se encogió de hombros y comenzó á reirse.

—Os aseguro, miss Suky, me dijo que desempeñariais muy regularmente el papel

de una jóven perseguida, virtuosa y compasiva en el teatro real de Hay-Market. Esto no es cumplimiento miss Suky, y quizá os veamos lanzaros en la carrera dramática..... Pero no hemos subido hasta aquí para enternecernos solamente, y si ese bruto de Roboam quiere á toda fuerza respirar el aire fresco, no tiene mas que hacer un pequeño agujero en la pared..... Veamos, Roboam, hablemos con formalidad; ¿habeis adelantado hoy mucho el trabajo?

Roboam metió su mano en una caja oculta trás su mesa y la sacó llena de billetes que entregó á mi padre.

Este se sentó, tomó su lente y comenzó el ecsamen.

Causaba gran compasion, milord, ver al pobre Roboam seguir con mirada ansiosa cada uno de los movimientos de mi padre. Su vista procuraba leer sobre la impasible fisionomia de Ismael. El desgraciado temblaba por momentos: otras veces fruncia sus espesas cejas, como si una idea de lucha hubiese atravesado su imaginacion. Pero los músculos de su cara se dilataban bien pronto, su mirada perdía hasta la inquietud que la animaba antes. No ecsistia sobre su semblante, que habia vuelto á quedar inerte, sino la espresion de una desanimacion sin límites.

Y sin embargo, milord, habia un no

sé que en la cara de Roboam. Su energía vencida ahora, había debido ser grande anteriormente, y había sido preciso, que le hubiesen dado muchos golpes en aquella robusta cabeza, para inclinarla así bajo el yugo.

Mi padre tomaba los billetes de comercio uno á uno, los palpaba, los miraba con el lente, les daba vueltas, y parecía querer contar hasta cada grano del papel.

—¡Malhaya si este pícaro sin lengua puede ser bueno para alguna cosa! dijo por último: mirad la firma de Dawes, Peebles é hijos, de Ludgate-Hill, imitada con mano maestra..... Tendrás esta noche un vaso de cerbeza, Roboam..... Muy bien!... seguramente está muy bien!

Roboam recibió estos cumplimientos sin pestañear. Un solo sentimiento aun existía en él: el temor.....

Me engaño, milord. Había otra cosa además en el interior de Roboam. Aborrecía, y esperaba vengarse.

Mi padre puso á un lado media docena de billetes, y devolvió los demás á Roboam.

—Mira como esto vá mejor, lord Silencio, le dijo; mucho mejor. Llegarás á hacerlo bien del todo, Roboam, y entonces podrás vanagloriarte de ser el mudo mas rico, y el mas dichoso que haya en el

mundo..... Continúa..... nada se puede decir respecto á Dawes, Peebles and Sons, nada seguramente!.... nada, ni tampoco respecto á Fauntlee de Thames Street, nada respecto á Davys, Blount et Davys, banqueros del rey, cuya muy graciosa magestad proteja el dios de Abraham.... Las demás dejan alguna cosa que desear.. poca cosa, Roboam!.... Unos cuantos meses de trabajo todavía, y serás el dueño de la ciudad de Lóndres.

Metió en su faltriquera los cinco ó seis billetes de comercio que había puesto á parte, y se dirigió hácia la puerta.

—A dios, Roboam, dijo al pobre mudo; yo volveré á veros.

Puso este la mano sobre su corazón.

—Mi padre me llamó.

Roboam alargó la cabeza fuera de su jaula para seguarnos hasta la puerta con celosa mirada. Nosotros nos íbamos fuera y el pobre mudo permanecía encerrado en su prision! Ay! milord, yo también estaba prisionera! Y sin embargo salí con el corazón despedazado.

—Ya veis, Suky, me dijo mi padre, lo mismo que el hombre ha nacido para dominar á los animales privados de inteligencia, lo mismo, entre los hombres, los talentos vigorosos deben reinar sobre los talentos débiles ú obtusos, de tal modo que

los primeros sean los dueños absolutos de los últimos.... Os habeis compadecido de Roboam, bien lo veo, y os repruebo... En primer lugar, Suky, creedme, la compasion es un sentimiento pobre; su menor defecto es su inutilidad..... En seguida, yo soy el amo y él es el esclavo. Que importa que muestre en su tarea. Pero basta ya de esto y no hableis a nadie de mi gabinete de trabajo, hija mia. Esos papelitos que habeis visto manejar, valen oro, mucho oro: pero asi que un hombre de la policia los toca ó los vé, se cambian en veneno mortal..... Y, si hablaseis de mi gabinete secreto, Suky, los hombres de la policia vendrian y me matarían.....

Habiamos bajado ya la escalera, y nos encontramos junto á la puerta oculta que comunicaba con el salon. Oí un ruido de voces al otro lado de la puerta, y me oculté, con timidez, detrás de Ismael.

Eran los convidados de mi padre que se entretenian hablando mientras llegaba. Me hizo pasar por el retrete, y me mandó que fuera á hacer mi *toilette*.

Cuando yo entré, adornada por los hábiles cuidados de la doncella francesa que Ismael habia puesto á mi servicio, un murmullo partió de en medio de los convidados. Eran doce, y estaban sentados al rededor de la mesa cubierta de manjares es-

quisitos. Muy rara vez he visto, milord, una reunion de semblantes cuya apariencia fuese mas respetable. Mi padre era el mas jóven de todos: los demas tenian barbas blancas ó grises, esas hermosas barbas que caen magestuosamente sobre el pecho de los sabios de oriente.

Me sentí sobrecogida de respeto á la vista de aquella imponente asamblea.

—Sentaos, Suzannah, me dijo mi padre con dulzura, comed y bebed en compañía de mis hermanos que os aman.

Seguramente, milord, mi terror habia pasado. Las voces que oia eran graves y respetables: el mas riguroso decoro reinaba en los modales de todos, y la conversacion rolaba sobre esos motivos sumamente agradables para Ismael, y que me eran vagamente antipáticos. Hablaban de comercio, de dinero, y algunas veces tambien de los hábitos, y las costumbres de los paises extranjeros que habían recorrido.

Criados que nunca habia visto en casa de mi padre servian la mesa, y echaban vino, que los convidados, sin esceptuar ninguno, me pareció bebian con estremada discrecion.

Pero cuando quitaron el último servicio, para colocar los postres, los criados cubrieron la mesa con frascos, y á una señal de Ismael, se marcharon cerrando la puerta.

Entonces cambió la escena. Algunas de aquellas barbas venerables que me habían causado tanto respeto, cayeron dejando descubiertos unos semblantes de jóvenes. Al mismo momento cambiaron todas las fisonomías como si una máscara, colocada sobre cada una de ellas, hubiese sido arrancada de pronto.

Un murmullo de asentimiento recorrió la línea de los convidados. Ismael destapó los frascos: los vasos se llenaron hasta los bordes. Bebieron: las voces se elevaron de tono, pero sin alcanzar aun al diapason de la orgía.

—Y bien! dijo Ismael. ¿qué tal os parece miss Suzannah, compañeros míos?

—Lindísima! dijo uno.

—Encantadora! añadió un segundo.

—Admirable! encareció un tercero, principalmente cuando se ruboriza como ahora..... Hareis de ella lo que quisierais Ismael.

—No es esto muy dudoso, respondió mi padre.

—¿Y qué pensais hacer de ella? preguntó el mercader Eliezer.

—Es preciso distinguir, contestó mi padre; espero hacer muchas cosas, de las cuales casi la mitad es mi secreto. Lo demás puedo deciroslo.

—Ya escuchamos, dijo uno de los convidados.

Los frascos circularon á la redonda, é Ismael continuó:

—No os parece compadres míos que Suzannah podría pasar en todos los países por la hija de un lord?

—Por la hija de un príncipe! exclamó un jóven judío llamado Ruben, golpeando la mesa con su vaso vacío.

Los demás aprobaron esto con un movimiento de cabeza.

—Pues bien! compadres míos, continuó Ismael, dentro de poco, tendré necesidad de hacerme lord, y Suzannah mi hija, será una de las piezas de mi disfraz..... No abrais tanto los ojos, amigo Elizer. Se puede hablar así delante de Suzannah, pues es una niña muy bien criada.

Cada cual entonces me acarició con una mirada, y el reverendo Samuel murmuró una cosa que se parecía á una invocacion, á las bendiciones del Dios de Jacob.

—Esto es con respecto á un punto solo, continuó Ismael tocándome paternalmente en la mejilla con el reverso de su mano; pero Suzannah no permanecerá aquí.... Necesito una sirena, ya los sabéis compadres míos, para volver á traer á los jugadores á mi *tophet* de Leicester-Square.....

—¿Pues qué no vá bien? preguntó Eliezer.....

—Va muy mal.... Un mal creyente

ha puesto un infierno (1) en Conventry Street, á cien pasos de el mio..... Los jugadores van á casa de el infiel, por que se encuentran alli mugeres y música..... En mi casa no se gana ya lo suficiente, como veis, compadres míos.

Una carcajada estrepitosa de risa acogió estas últimas palabras.

—Para estos dos usos, me servirá Suzannah, continuó mi padre..... tambien hay un tercero que no tengo necesidad de explicaroslo..... A Dios gracias, nuestros miembros de la cámara alta gustan distraerse de vez en cuando, y no tengo preocupaciones.....

Otro estrépito de risas mas atronadoras se dejó oír.

Unas gotas de sudor corrian por entre las fruncidas cejas de Lancaster.

=Milord, continuó Suzannah, todos los hombres me miraban con envidia, como si hubiesen visto una pieza de tela fina, de la que hubiesen podido sacar un buen precio. Mi padre se gozaba del celo general, y hacia ostentacion de su tesoro.

—Ya veis, compadres míos, continuó sonriéndose, que Suzannah no es para mi un negocio de lujo. Y sin embargo no os

(1) *Hell* (infierno) nombre dado segun la costumbre á las casas de juego.

lo he dicho todo. El principal uso á que la destino debe ser un secreto; pero, creedme, lo que no se dice es siempre lo mejor, y quizá encierra este misterio cincuenta mil libras esterlinas.

Los convidados abrieron estremadamente los ojos. Ismael sacó apaticamente de su bolsillo la cartera donde habia colocado los billetes contrahechos por Roboam.

=Pero bebamos! exclamó, y hablemos de otra cosa..... Eliezer, hermano mio, ¿quereis descontarme un crédito de Davves, Peebles and Sons?

—El dinero anda escaso, contestó Eliezer cuya risueña frente se puso seria de pronto: de cuanto es ese crédito hermano Ismael?

—De cuatrocientas veinte y cinco libras y nueve shellings Eliezer..... Os dejaré con gusto los nueve shellings por el descuento.

—De veras murmuró el viejo judío: nueve shellings y ademas nueve libras por el descuento, compadre mio.... Os ofrezco esto por que sois vos..... La comision, ya lo sabeis, es de dos por ciento que asciende á ocho libras, diez shellings y dos peniques y medio.

=Sea así! dijo con alegría Ismael, os quiero, aun cuando me desollais vivo, hermano Eliezer..... Aqui teneis el crédito en cuestion, endosado por Mac-Duffet et Staunton d' York.

Entregó el crédito á Eliézer que se puso en su delgada y puntiaguda nariz un par de espejuelos.

Los demas convidados á quienes mi padre habia hecho una señal de inteligencia, bebían, sonreían y miraban de reojo á Eliézer.

Este hacia en el billete el mas minucioso ecsamen.

Al cabo de dos ó tres minutos, se quitó los espejuelos y devolvió el billete á mi padre.

—He reflexionado, hermano Ismael, que no tengo dinero, dijo con deliberado tono.

Mi padre frunció las cejas, y una violenta contrariedad se manifestó en su semblante.

Los que se reían se pusieron de parte de Eliézer.

—Estabais dispuesto ahora mismo..... comenzó mi padre.

—He mudado de parecer, lo interrumpió con sequedad Eliézer.

—¿Y por qué?

—Por que el billete es falso, compadre mio.

Ismael dió una violenta puñada sobre la mesa. Las venas de su frente se hincharon, y dos arrugas se formaron á las estremidades de su bigote.

—Es verdad, dijo procurando conservar su calma: nuestros hermanos saben que no os hubiera tomado ningun dinero por él, Eliezer. Estaban prevenidos, ha sido una prueba.

==Sea en buenhora! murmuró el viejo judio bebiendo con lentitud su vaso de vino. Entonces la prueba ha sido desfavorable, esto es todo. El que ha hecho ese billete es un bestia.

==¿Por dónde tiene la falta?

==Por muchos sitios, hermano mio. Tiene un anillo de mas en la rubrica de Dawes, Peebles and Sons.....

—Es cierto! murmuró mi padre.

==Tiene, continuó Eliézer, un rasgo de pluma temblona en la misma firma; Peebles, que es el que firma tiene un puño firme y suelto y nunca hubiera hecho una P tan tuerta.

—Es verdad! murmuró Ismael cuya cólera se iba haciendo terrible.

==En fin tiene, añadió el viejo judio, una falta de ortografia en el centro del billete, y el dependiente de Peebles es un especie de gramático...

—La falta de ortografia está aqui, exclamó mi padre con verdadera rabia: está aqui, por Belcebú!..... ah! ese miserable Roboam se burla de mi..... voy á matarlo!

Bebió en dos tragos dos grandes vasos de vino, y se volvió hácia mi.

Id á buscar á ese bruto de Roboam, miss Suky, me dijo, id al momento.

Yo temblaba como la hoja, pero no me moví. Mejor hubiera querido morirme, milord, que ir á buscar en aquel momento al pobre Roboam.

Sin embargo, mi padre me repitió la órden con voz tonante, y, viendo que no obedecía, levantó la mano contra mí, en el paroxismo de su rabia.....

—¿Y os pegó, milady?.... la interrumpió Brian que estaba pálido y temblando.

—No, milord. Su mano cayó sin haberme tocado, en seguida salió corriendo fuera.

Un momento despues, apareció arrastrando á Roboam por los cabellos.



CAPITULO CUARTO.

Esclavitud.



A fisonomía de mi padre causaba horror verla en el momento en que volvió á aparecer en el dintel de la puerta. Roboam, medio muerto de terror, daba inarticulados gemidos.

Aun cuando mi padre no era mas robusto en apariencia que el comun de los hombres, poseia realmente músculos de atleta.

Arrojó á Roboam con tal violencia , que el desgraciado fué á caer á la otra estremidad de la habitacion. Los convidados se volvieron pacíficamente á sus sillas, para ver con mas comodidad lo que iba á suceder.

Roboam permaneció inmóvil y prostrado en el mismo sitio en que habia caído. Su aterrada mirada no se separaba de la fisonomia de mi padre. Estaba pálido como un muerto , y los esparcidos mechones de sus cabellos que medio cubrian su frente y mejillas le daban una tinta aun mas lívida.

Mi corazon se oprimia de miedo y compasion, milord, preguntaba con la vista á los convidados para buscar un apoyo al pobre Roboam. Nada veia en aquellos semblantes de mármol, sino alguna vislumbre de fria curiosidad, é impaciencia por el desenlace.

El judio Eliézer era cojo y se apoyaba al andar en una fuerte caña de bambú. Esta caña estaba puesta junto á la pared en un rincon de la sala. Mi padre cuya mirada recorría en aquel momento la habitacion para buscar un arma, distinguió el bambú y se apoderó de el con avidéz. Su cólera llegaba ya á su paroxismo. Reia y rugia como si saborease ya su bruta venganza.

—Decidme, hermanos, decidme , gritó con voz entrecortada, decidme lo que me-

rece un vil esclavo que espone á su amo á ser ahorcado.

—Esto es segun las circunstancias, y el pais, contestó Samuel. En campo raso se hace lo que se quiere: en Lóndres se necesita tener prudencia, y una buena paliza puede bastar á la correccion.

—Unos cuantos palos me parece conciliar la prudencia y la justicia, apoyó el viejo Eliézer con gravedad.

Ismael salvó en dos saltos la distancia que lo separaba de Roboam, y la pesada muleta dió un ruido seco al caer sobre las costillas del pobre mudo.

Estendió sus dos manos suplicantes: Ismael volvió á descargarle un segundo golpe; en seguida aumentándose su furor á medida que pegaba, agitó su arma con ciega rabia sin descanso ni tregua durante mas de un minuto.

Se oia la ronca respiracion de Roboam que se habia tirado al suelo, y el incesante ruido del palo magullando sus carnes.

Mientras que pegaba Ismael, se escitaba y decia.

—Ah! tú has hecho un anillo de mas en la rubrica de Dawes Peebles and Sons, tunante detestable..... ah! bruto infame, tiemblas al trazar la P de Peebles..... Traidor, torpe, asesino, cometes faltas de ortografia en el centro del billete..... Todo

esto para hacer que me ahorquen, abyecto é inmundo animal..... Toma! toma! toma! (y cada vez que decia esto, milord, descargaba horribles golpes!) Toma, miserable, toma, Judas!.....

Ismael se detuvo ahogado; la caña de bambú se escapó de su mano, y él mismo cayó, agotado en una silla.

Yo habia cerrado los ojos para huir todo lo que fuese posible de aquel horrible espectáculo. Cuando cesaron los golpes, oí á los convidados cuchichear á mi mediación.

—Está muerto, dijo Samuel riéndose.

—El hermano Ismael tiene un puño maravilloso! añadió otro. Que bien daba!

—Creo que habrá estropeado mi bambú! murmuró el viejo Eliézer con mal humor.

Yo abrí los ojos, y ví en el sitio en que estaba anteriormente á Roboam de rodillas, una masa inerte que no daba ningunas señales de vida.

Pero de pronto aquella masa se agitó lentamente, y Roboam se levantó poniéndose de pié frente á Ismael jadeante. Tenia en la mano el terrible bambú. Creí que le habia llegado su vez á mi padre.

Por un movimiento instintivo y mas poderoso que mi voluntad, me avalancé entre Ismael y Roboam: mi padre era el que

temblaba ahora. El mudo, derecho, con el cuerpo inclinado ligeramente hácia atrás, parecía pronto á descargar. Sus ojos lanzaban brillantes resplandores bajo los pelos mezclados de sus cejas: los músculos de su cara se contraían con energía amenazadora. Todo aquel abatimiento, que tanto me habia hecho compadecer un momento antes, acababa de desaparecer. Un fuego viril reemplazaba el pesado yelo de la vejez, que el sufrimiento y la cautividad habia acumulado sobre su cabeza. Estaba terrible y fuerte porque era libre.

Sin embargo, los convidados no se movieron. Aquel inesperado desenlace causaba un interés á el drama, y observaban.

—Piedad, mi buen Roboam, exclamé, compadeceos de mi padre, por amor mio!

Hizo un violento é imperioso gesto para mandarme que me apartára: pero me resistí á él, como habia resistido á Ismael.

Este habia tenido tiempo de reflexionar, pues no era hombre para desperdiciar aquel momento de tregua que yo le procuraba.

—Ruben, exclamó en aleman, lengua que no comprendia Roboam, cogedlo por el cuello, hermano mio, y os daré diez libras.

—Todos vosotros sois testigos; dijo este á los convidados.

—Todos somos testigos, contestaron estos. Ismael Spencer ha prometido diez libras.

Roboam tuvo un momento de duda al oír aquellas palabras en una lengua desconocida. Ruben se habia levantado con sigilo adelantándose hácia él de puntillas.

Yo abrí la boca para prevenirlo; pero mi padre me puso repentinamente su pañuelo sobre los labios.

En el mismo instante los brazos de Ruben se ligaron al rededor del cuello de Roboam, cuyo semblante se puso al momento de púrpura. El bambú se escapó de su mano, dió un ahullido sordo, y cerró los ojos sin procurar hacer ninguna resistencia.

—Soltadlo, Ruben, dijo mi padre, es necesario no matarlo..... Su muerte no quitaría un anillo á la rubrica de Dawes, Peebles and Sons.... Soltadlo: ha pasado ya su rabia: lo conozco: vá á estar ya tranquilo.

—Eso os concierne, hermano Ismael, respondió Ruben que soltó el cuello del desgraciado Roboam.

Hubo un momento de terror entre los convidados. Cada cual esperaba ver al mundo avalanzarse sobre mi padre; pero no hizo nada.

—¡De rodillas! le gritó asperamente este último.

Roboam se puso de rodillas. Mi padre hizo girar sobre su cabeza el terrible bambú; pero no le pegó.

—Te perdono, le dijo, por que eres una bestia te he pegado como lo hubiese hecho á un perro, ó á un caballo; y cuando pego á mi perro ó á mi caballo, me detengo antes de matarlos, no por ellos, sino por mi, que temo una perdida..... Vuelve á subir á arriba y trabaja..... trabaja, ¿entíendes? ó desgraciado de ti!

Roboam se levantó, inclinó la cabeza, y se dirigió hácia la puerta. No se volvió sino en el mismo dintel; y aun me estremezco pensando en la mirada que en aquel momento lanzó á mi padre.

Toda su venganza estaba en aquella mirada. Todos los convidados de mi padre lo conocieron como yo.

El viejo Eliézer movió la cabeza cuando Roboam desapareció enteramente.

—Ese animal salvaje os ahogará algún dia, padre Ismael, murmuró este.

Mi padre se encogió de hombros con desden, y una sonrisa de orgullosa superioridad apareció sobre sus labios.

—No os ocupeis de esto, compadres míos, es preciso ser un escudero muy malo para no saber evitar la cox de un caballo vicioso.

—Pues bien! contestó Ruben riéndose,

la última vez era mas difícil de parar, según creo, hermano Ismael, pues que habeis comprado mi cooperacion al precio de diez libras.

Mi padre le arrojó su bolsillo.

—Bebed, hermanos míos, dijo, ó marchaos! esta conversacion me desagrada.

Los judios escondieron sus burlonas sonrisas en sus barbas, y continuaron bebiendo.

Ismael tenia sus razones, milord, para despreciar así la venganza de Roboam. Creia conocer al pobre mudo, y, seguramente, este desgraciado estaba domado hasta tal punto que no se atrevia á resistirse á menos que no hubiesen llegado á circunstancias extremas. Además, existia entre ellos un lazo que no he sabido nunca definir. Roboam tenia en lo íntimo de su corazon, un respeto devoto, hacía mi padre, una especie de afecto supersticioso, parecido al de los indios por sus temibles ídolos.

Tenia á su disposicion en el gabinete de trabajo armas en abundancia, y nunca procuró servirse de ellas contra Ismael.

En nuestros viajes á donde nos seguia constantemente, á Francia, á Italia, á Oriente, estaba libre, y nunca intentó fugarse.

Su esclavitud era en cierto modo voluntaria. Mi padre ejercia sobre él un po-

der absoluto, y que no hubiera tenido necesidad del brutal apoyo de la fuerza.

Aun permanecimos cerca de seis meses en Lóndres despues de la escena que acabo de contaros, pero mi cautividad cesó desde entonces. Mi padre me dió á entender que una persona, cuyo encuentro era para mi muy terrible, acababa de dejar la ciudad. En consecuencia, se me permitió que montase á caballo, que fuese al parque, y aun algunas veces asistir tambien al teatro. A todas partes me acompañaba mi padre, y llenaba á mi lado el antiguo oficio de Roboam.

—Ya veis lo hermosa que os encuentra todo el mundo, Suky, me decia; dentro de dos ó tres años, esos cumplimientos que ois cuando pasais de boca de tantos nobles lores, irán derechos á vuestro corazon.... Amareis, Suky, y sereis dichosa.

Toda la casa de Goodman's-Fields estaba desde entonces á mi disposicion; solamente los criados tenian órden de no hablarme.

—Os lo diré, milord! lo que mas me agradaba en aquel tiempo, era ir á pasar algunas horas en la prision del pobre Roboam. Mi presencia lo consolaba, y me conceptuaba dichosa por el bien que le hacia.

Me enseñó cosas muy estrañas en ausencia de mi padre, y él fué el que me hi-

zo conocer el uso de aquellas esencias y pomadas, colocadas en el tocador del laboratorio.

Un dia se levantó de la mesa en que trabajaba sin descanso, y estiró satisfactoriamente sus entumecidos miembros. En seguida sacudió su larga y descuidada cabellera, y comenzó á sonreirse.

Ya sabeis, milord, cuan espresiva es la fisonomia de las personas privadas de la palabra. La sonrisa del pobre Roboam hablaban sencillamente y parecia decir:

—Ah! miss Suky, quiero enseñaros una cosa sorprendente!

Me tomó por la mano y me condujo hácia el tocador, ante el cual se sentó. Su gesto estaba lleno de énfasis y se parecia á los que prodigan los jugadores de manos antes de hacer lo mas curioso de sus juegos.

Tomó, una despues de otra, cinco ó seis redomitas que olió y puso á mi lado; despues me hizo señas de que cerrase los ojos, y obedecí por complacerlo.

Creo haberos dicho ya milord, que Roboam habia nacido en Oriente. Su tez morena y lustrosa, tenia un color particular que se asemejaba por lo demas un poco á la tez de Ismael. Sus cabellos eran de un negro de azabache lo mismo que su barba.

Permanecí cerca de dos minutos con

los ojos cerrados. Al cabo de este tiempo, Roboam me tocò en el brazo, dando un gruñido ronco y gutural, que era su modo de reirse.

Abri los ojos.

Os aseguro que no lo conocí, milord, y retrocedí algunos pasos, horrorizada, mientras que él se reía de todo corazón.

Se habia operado en él un cambio que tenia algo de magia. Su tez tan morena un momento antes habia tomado un matiz empañado y descolorido... Semejante, milord, al matiz de la tez del ciego Tyrrel que acabais de llamar sir Edmond Mackensie.....

=Sir Edmond Mackensie! repitió maquinalmente Brian de Lancaster, en cuya imaginacion parecia que se operaba un confuso y penoso trabajo.

=Ninguna comparacion podia ser mas parecida, continuó Suzannah..... rodeados de los pálidos reflejos de aquella piel mate y como blanquecina, los ojos de Roboam habian perdido su brillo salvage. ... se parecia á un hombre de Europa, á un inglés, á un mendigo de Lóndres, embrutecido por la miseria, tanto mas cuanto que sus largos cabellos negros caian ahora en mechones descoloridos sobre su frente blanca, y se mezclaba al tosco vellon de su desteñida barba.

En una palabra, no habia quedado un

pelo en su semblante que conservára su color natural.....

—¿Y ese cambio dulcificaba la expresión de su fisonomía, señora? preguntó Brian con reflexión.

—Aquel cambio, milord, lo dulcificaba en sentido de quitarle todo carácter..... aquella tosca fisonomía se había vuelto de pronto insignificante, y parecida á la de los desgraciados que encontramos por las calles.

—Ah! dijo Brian con aire distraído y como un hombre que manifiesta su pensamiento; desearia mucho oír hablar á sir Edmond Mackensie, cuando no desfigura su voz.

Suzannah levantó hácia él su inquieta é interpeladora mirada.

—Esta es una idea loca, señora, añadió, que acaba de presentarse á mi imaginación..... Hacedme el gusto de continuar... Mis pensamientos, desde que os escucho, fermentan y me impelen hasta lo imposible..... Pero entraremos en la realidad de la vida, Suzannah, añadió con voz tierna y sonriéndose con dulzura, entraremos en ella para ser dichosos á faz de todo el mundo..... Hoy concluirá el último capítulo de vuestras extrañas aventuras..... Cerraremos, mediante Dios, ese fantástico romance lo mas pronto posible..... Y sereis una

muger noble en medio del mundo, Suzannah, vos, cuyo corazon ha resistido tanto tiempo á las mortales influencias de esa atmósfera de vicios y crímenes en que ha pasado vuestra juventud.....

La hermosa jóven pareció recogerse para saborear mejor aquellas palabras de esperanza. Una divina sonrisa vagaba en las puras líneas de su boca, y sus humedecidos ojos daban gracias elocuentemente por la felicidad prometida.

—El pobre Roboam gozaba sencillamente de mi sorpresa, continuó Suzannah despues de algunos momentos de silencio. Me enseñó sus cabellos, despues las redomitas, para hacerme comprender que estas contenian con que cambiar instantaneamente el color de aquellos: despues me enseñó su mejilla y la pomada, y su gruñido gutural manifestaba su alegría y buen humor.

De pronto ví que se estremecian los músculos de su cara. No se ruborizó porque no podia hacerlo bajo la máscara con que se habia cubierto sus facciones, pero su vista se volvió, aterrorizada, hácia la puerta.

Ismael estaba en el dintel de ella.

—¿Qué es eso? preguntó frunciendo las cejas.

—Yo he sido quien ha suplicado á Roboam, señor... comencé.

—Mentis, Suky, mentis, hija mia,

me interrumpió con dulzura ; no podeis acostumbraros á ese oficio..... pero por Belzebú, no es necesario avergonzarse por tan poca cosa, miss Suzannah.... No se debe avergonzar sino de lo que es malo, hija mia.

Se adelantó hácia Roboam á quien tiró bruscamente de los cabellos.

—Por lo que toca á vos, maese Silencio, le dijo, aun estais mas feo de lo de costumbre..... No tiembles, bestia; no voy á hacerte daño. Mi intencion era hacer un dia esta esperiencia ante miss Suky, pues es bueno que conozca todas las gracias de nuestra situacion.... Seguramente, pícaro Roboam, no eres tan torpe como podrian creerlo..... ¿lo hubierais conocido en la calle, miss Suky?

—No, señor.

Ismael comenzó á reirse.

—Muchas personas me pagarian muy bien por tener mi receta, dijo con visible contento de si mismo.... Vamos, lord Silencio, á el trabajo! Ya debemos estar casi al fin de nuestras fatigas.

Roboam volvió á su caja, y enseñó á mi padre una cierta cantidad de billetes. Estaban perfectamente bien, es necesario creerlo, pues Ismael no encontró nada que tachar.

—Sea en buenhora! murmuró: vamos

á poder entrar en campaña.... Esto formará á Suky, y la hará digna de entrar en la gerarquía de los pares.... Bien, Roboam; esto está bien!..... Te llevaré conmigo, y servirás de paje á miss Suzannah!.... ¿Estas contento?

El mudo enseñó sus grandes dientes blancos con una franca sonrisa de alegría. Yo era probablemente la única persona del mundo por quien el sentia adhesión, pues no puedo llamar adhesión, la cadena que lo sujetaba á mi padre, aunque la última acción de su vida pueda probar que lo amaba a su modo.

Algunos dias despues partimos para Francia, milord. Vi la gran mar, y esperimenté, como otras veces á el aspecto de las montañas, un respetuoso ímpetu hácia la divinidad. Mi padre lo conoció sin duda, pues redobló sus escepticas blasfemias, y procuró lanzar su amarga burla por entre mi entusiasmo....

Pero fué en vano. Yo crecia y mi alma era capaz de contener la idea de Dios. Esta idea vaga aun, y rodeada de espesas tinieblas, resonaba sin embargo, tenaz, y victoriosa, en lo interior de mi inteligencia. Podian falsearla pero no destruirla, y todos sus esfuerzos por ahogarla, no servian sino para desenvolverla cada vez mas.

No os contaré, milord, lo que me su-

cedió en Francia, en Italia, y en Oriente. Permanecimos cuatro años en estos distintos países y los conozco como si hubiera nacido en ellos, principalmente en Francia, la hermosa Francia donde quisiera vivir con vos, milord! Pero lo que hice allí se puede decir en dos palabras, porque, durante cuatro años, en esos diversos países, hice siempre lo mismo.

Ayudé á engañar, Brian, os lo repito, con la vergüenza en el corazón, y me engañaba á mi misma. Una cosa, efectivamente faltaba con precisión en el edificio de moral que yo me habia construido á tientas y sin socorros. No tenia idea de la propiedad: el robo no me horrorizaba, y esa palabra de que se sirven para designar este crimen, pronunciada ante mi, no hubiera tenido ningun sentido reprobador. Hubiera resistido á mi padre, y resistidole con energia, como lo hice algunas veces en mi vida, si se hubiera tratado de hacer á otro un mal físico. Pero arrancar el oro por medio de un fraude no me parecia malo, y mi íntima persuasión era que cada cual en este mundo aspirase á este resultado.

Ya veis que las tristes lecciones de mi padre no habian sido perdidas completamente: en un sentido, merecia ya los desprecios del mundo, y quien sabe, ¡Dios mio! donde me hubiese detenido en esta

resbalosa pendiente, teniendo una venda sobre los ojos, y oyendo sin cesar murmurar á mi oído pérfidos y ponzoñosos consejos.

....! Suzannah bajó la cabeza y se calló.

Brian tomó su mano que llevó respetuosamente á sus labios.

—Oh! levantad la cabeza, señora, dijo este con voz grave y baja en la que penetraba su contenido entusiasmo; levantadla, Suzannah, y mirad frente á frente á cualquiera, vos que no teméis poner de manifiesto vuestra hermosa alma, y que no teneis en vuestra conciencia rincones donde ocultar una parte de vuestros recuerdos..... ¿Por qué teneis de avergonzaros de los crímenes de otro, señora? ¿Sereis culpable si sumida en una profunda oscuridad, precipitaseis á vuestro semejante desde la orilla de un precipicio? ¿Si empujasen vuestra mano armada de un puñal contra un pecho humano, seriais culpable?..... Oh! es ser santa señora, el llorar de ese modo las faltas que no se han cometido! Yo digo desde lo íntimo de mi corazón: sería infame el que viese en vuestra hermosa vida materia digna de vituperio ó sospecha!..... yo os amo y os admiro, Suzannah!

—Gracias, milord, gracias, murmuró esta con los ojos llenos de lágrimas: sabia que erais bueno, y noble, y generoso... pe-

ro yo no esperaba tanto, y la indulgencia era todo lo que creia poder pedir..... Oh! yo tambien os amo.... cada minuto mas!... Ojalá permita Dios que me ameis siempre!...

El único y constante objeto de mi padre durante todo este largo viaje fué el descuento de los billetes falsos de comercio hechos por Roboam: lo consiguió en gran parte, y no habreis dejado de oir hablar de la tempestad que causó en la plaza de Londres ese robo colectivo cometido en perjuicio de las primeras casas de la ciudad. Por todas partes donde pasaba, las cartas ó antiguas recomendaciones lo ponian en relacion con los judios dedicados á aquel tráfico tenebroso. Gracias á su oculta ayuda, al noble nombre que se habia apropiado, gracias tambien, milord, debo decirlo, á el apoyo maquinal que yo le prestaba, consiguió realizar una suma considerable.

Cuando salimos de Damasco para volver á Londres, mi padre poseia mas de cincuenta mil libras esterlinas.

Ya yo era en aquel tiempo una muger, milord. Serios pensamientos surgian en mi imaginacion en las horas de la reflexion, y un vago deseo de amar y de ser amada prolongaba mi ensueño.

Ismael me creyó en sazón para la parte mas odiosa de sus designios: quiso traficar con mi cuerpo, y mi corazon.....

CAPITULO QUINTO.

La Sirena.

AL pronunciar estas últimas palabras, el seno de la hermosa joven se levantó repentinamente, y su mejilla se puso pálida, mientras que sus ojos negros lanzaba un fugitivo brillo.

Hubiera sido para mi un momento muy terrible, milord, añadió ella, si hubiese adivinado desde el principio las intenciones

de Ismael. Pero mi ignorancia me ahorra-
ba en parte la angustia de mi situacion.
Cuando comprendí al fin lo que querian de
mí, yo era fuerte, pues os amaba.

Y despues mi padre no tuvo tiempo....

Su primer cuidado al volver á Lóndres
fué de poner bajo un pié esplendido su ca-
sa de juego de Leicester-Square. Sabeis,
milord, con que voga estuvo este *infierno*,
por espacio de casi un año. Le nombraban el
Club de Oro (*Golden-Club*), y su clientela
se componia esclusivamente de la mas alta
nobleza de los tres reinos.

Pero mi padre no habia abandonado
por esto su casa de Goodman's-field. Con-
tinuaba alli la usura y su escritorio de des-
cuento, establecido en las salas del piso ba-
jo que por tanto tiempo me habian servido
de habitacion, no se desocupaban en todo
el día.

Aquella pieza, milord, donde fuisteis
algunas veces á pedir prestado dinero á Is-
mael, era mi antigua habitacion. En el mis-
mo sitio donde estaba el buró de mi padre,
se hallaba anteriormente mi cama de la infan-
cia, y la primera vez que os vi, por en-
tre los cristales que daban al jardin, estabais
sentado en el sitio donde me dormí, con la ca-
beza apoyada en los omos de mi pobre Corah la
noche en que vi á mi madre en sueños.....

Era poco tiempo despues de nuestra

llegada á Londres. Me paseaba por el jardín, entregando ya mi alma á esos vagos pensamientos que llenan las cabezas de las jóvenes. Los primeros soplos del viento de la primavera llegaban á mi por frescas bocanadas, y algunos pobres pájaros estraviados por la inmensidad de Londres, cantaban dulcemente sobre las ramas, donde comenzaba á brotar alguna que otra hoja.

Sentí un ruido en la antesala, erais vos, milord, que acababais de entrar. Una casualidad extraña... mi destino sin duda... me hizo entreabrir con curiosidad la puerta del jardín á fin de mirar.

Os ví, y me parecisteis muy hermoso. Mi padre habia traído de Francia dos grandes lacayos que os interceptaban el paso. No os incomodasteis: vuestras facciones conservaron su indiferencia altiva, y sin embargo se sometieron desde que les dirijisteis algunas palabras acompañadas de un imperioso ademán.

Yo me admiré, milord, pues habia visto muchas veces á esos mismos hombres resistir insolentemente á los que llegaban. Me admiré principalmente de ese poder que teniais para obligar á la obediencia sin grandes voces, sin amenazas, y sin cólera.

Mi padre tambien sabia hacerse obedecer, pero solamente por el terror.

Era la primera vez, milord, que veia

á un hombre nacido para mandar. Vuestra tranquila voz atrajo hácia mi oído vibraciones á que no estaba acostumbrada: vuestra fria mirada, que parecia desdeñar la cólera en presencia de aquellos criados, pero que apoyaba, firme y resuelta, el imperioso laconismo de vuestra órden me llenó de admiracion y temor. Sin embargo no habia en todo esto, cosa alguna que hubiese llamado la atencion de las jóvenes de Londres, pero es necesario no olvidar en que círculo se habia pasado mi juventud....

Es preciso pensar tambien, Brian, que aun en las mismas cosas de la vida común, manifestabais modales que no son lo mismo que los de los otros. Dios os ha formado por un modelo esclusivo; sois solo, sereis siempre, reconocido en medio de la multitud, no encontrando en ninguna parte semejante vuestro y sobre todo vuestro igual, el primero en todas partes, el primero siempre!.....

Suzannah se interrumpió.

Brian acababa de poner sonriendo sobre su boca el pañuelo bordado que entonces tenia en la mano.

La hermosa jóven respondió á esa sonrisa por otra, llena de una tranquila felicidad.

—Habeis tenido razon de detenerme, lord, añadió Suzannah. Ya yo no en-

contraba palabras para decir todo lo que mi corazon siente.....

—¿Quereis volverme loco de orgullo, señora? murmuró Lancaster.

—Quisiera abrir ante vuestros ojos mi alma como si fuera un libro, Brian, como un libro cuyas páginasse pudiesen leer á la vez y de una mirada, á fin que vieséis que no hay nada en mi que no seais vos.

—Y siempre sereis así, ¿no es verdad Suzannah? dijo Lancaster con aquella mágica dulzura, que el amor dichoso sabe dar á la voz.

—Siempre! repitió ella. Oh! siempre, milord!

Comenzaban á conocer que se aproximaba el crepúsculo de la tarde. Esas cortas horas en las que el sol de enero consigue penetrar la niebla (espesa suspendida sobre Lóndres como un pesado manto, tocaban á su término. La niebla se condensaba cada vez mas por la parte exterior, y el saliente de los edificios proyectaba una sombra bajo la que no se distinguia ya nada.

Suzannah continuó:

—Cuando entrasteis en el escritorio de mi padre, milord, me dirigí arrimada á la pared hácia la casa, y me coloqué junto á la ventana en un sitio donde podia ver sin ser vista. Mi corazon latia con violencia y

yo no sabia por qué mis ojos me abrasaban como cuando se vá á llorar, y sin embargo, yo tenia en lo íntimo de mi alma una alegría nueva y desconocida.

Mientras que permanecisteis con mi padre, yo me mantuve en mi puesto : miraba..... un no se qué de vos llegaba hasta mi, y me embriagaba con aquel misterioso contacto.

Sabed , milord , que desde ese dia os amaba casi tanto como os amo ahora.

Cuando salisteis por la puerta de la casa de mi padre, cuando ya no os ví, tuve frio, y mis lágrimas se convirtieron en amargas.

En seguida me senté bajo un árbol, y me complacia en acariciar vuestra imagen que estaba grabada con rasgos de fuego en mi memoria.

—Habeis visto á ese caballero , miss Suky? me preguntò mi padre.

—Oh! si, señor, le contesté.

—Como pronunciáis eso , Suky! exclamó él riéndose: apuesto á que os ha causado miedo.... Es un loco, miss Suzannah, que aun tiene para vivir dos años, y que procura reducir estos dos años á seis meses.

—¿Cómo se llama, señor?

—Brian de Lancaster.

Creo que jamas ninguna música afectó

tan deliciosamente mi oído, milord.....
Brian..... Oh! vuestro nombre es como vos;
es dulce y hermoso, y el corazón lo re-
cuerda.....

Ya no hubo en lo sucesivo sueño para mí.
Pensé en vos en toda aquella noche, y el
día amaneció pensando aun..... Las demás
noches fué lo mismo. Y cuando me dor-
mia, Brian, os veía en mis sueños.

Oh! cuantas veces me he visto como
ahora á vuestro lado; mi mano entre las
vuestras, sonriéndome con vuestra sonrisa..

Pero me despertaba, milord, y era una
cosa cruel, despertar despues de un sueño
tan hermoso!

Suzannah pronunció estas últimas pa-
labras con voz temblona. Su hermosa fren-
te se habia llenado de tristeza.

—Pobre Ophelia! murmuró: tambien
se despierta algunas veces despues de la fe-
licidad!..... Y sin embargo, es hermosa, ¿no
es verdad, milord? hermosa y noble.....

—Hermosa y noble, efectivamente, con-
testò Lancaster: la mas hermosa y la mas
noble despues de vos, Suzannah.

—Y él no la ama ya! concluyó muy
bajo la jóven.

—Es que no la ha amado nunca, se-
ñora.... El señor marqués de Rio-Santo es
un ambicioso.

—¿Y vos, milord? exclamó Suzannah
con sencillez.

Lancaster movió la cabeza sonriéndose.

=Yo, soy un loco, señora; contestó.

Suzannah le preguntó con la vista, y con inquietud, como si temiera que hubiese en aquella respuesta amargura ó burla: pero el franco semblante de Brian parecia no estaba acostumbrado á aquella espresion flematica y burlona á la vez, que tan bien le iba en sus costumbres de excentric-man. Tomaba, ¡que el Dios de los *larkers* lo perdone! su conferencia con mucha formalidad: amaba de buena fé, sencillamente, y mucho, como un jóven noble en su primera pasion, y como un poeta.

=Despues de esto estuve mucho tiempo sin veros, milord, continuó Suzannah. Mi padre os prestó sin duda una gran cantidad, pues no volvisteis en algun tiempo á la casa de Goodman's-Fields.

Pero yo no os olvidaba; os esperaba siempre.

En el Park fué donde os encontré la segunda vez. Os reconocí desde muy lejos entre todos los caballeros que llenaban las calles, y mi corazon se precipitó hácia vos. Ibais montado en un soberbio caballo alazán, cuya orgullosa planta escitaba la envidia y admiracion de vuestros rivales.....

—Era Ruby! interrumpió Brian con un suspiro involuntario.

Suzannah besó el medallon.

Esta fué una especie de muda oración fúnebre por el valiente caballo.

—Ibais, continuó esta, cabalgando graciosamente con vuestro brillante vestido de jockey, os señoreabais en vuestro caballo que piafaba coquetamente y golpeaba el suelo midiéndole en cuádruple sonido con su elástico casco. Algunas veces un repentino impulso hacia de pronto que se os perdiese de vista; despues volviais como el viento, y vuestro caballo encorbandó su revoltosa cabeza, llenaba con la espuma de su bocado el oro bruñido de su pretal.... Llevabais en vuestro ojal una flor de camelia, la flor que he guardado tanto tiempo en memoria vuestra, mílord.

De pronto se oyó un clamor en la multitud. Un landó, tirado por cuatro magníficos caballos, que iba á la carrera, acababa de atropellar á una pobre muger que yacia, ensangrentada, en el suelo.

—Mirad, Suky, mirad, me dijo mi padre; mirad bien! Ese White-Manor es el que acaba de atropellar á una vieja..... Mal haya si siquiera se vuelve para mirarla, á fé mia!

—Yo voy á levantarla, señor! exclamé dando un latigazo á mi caballo.

Pero Ismael lo contuvo por la brida.

=Todo eso no son mas que simplezas, tonterias!.... Si la vieja ha muerto, de que sirve levantarla? Si no ha muerto, pronto se encontrará algun tonto que la ayude....

=El tonto fuisteis vos, milord!.... os acordais de esto?

=Me parece lo recuerdo confusamente.... comenzó Brian.

=Oh! pues yo me acuerdo muy bien, Brian, y me parece aun veros. Echasteis pié á tierra, y cogisteis en vuestros brazos á la muger desvanecida.

=Un frasquito, dadme un frasquito, hermosas señoras! gritasteis agitando vuestro pañuelo.

Diez carruages se pararon, y muchas lindas mugeres os saludaron con una sonrisa. En lugar de un frasco cayeron veinte á vuestros pies, y al bajaros para coger uno, se cayó la flor de vuestro ojal.

=Me avalancé á ella, Brian, y antes que mi padre pudiese conocer mi accion, la flor estaba ya oculta en mi seno.

Levantasteis á la anciana muger, haciéndola respirar sales En seguida, cuando recobró sus sentidos, le disteis, Brian, vuestro bolsillo.

=Sea en buen hora, murmuró Ismael: eso se llama gastar su dinero como se de-

be.... Pero al fin, no es tan loco como aparenta, y sabe muy bien elegir entre las mugeres viejas atropelladas, las que lo han sido por White Manor.

Brian se ruborizó. En lo íntimo de su corazón conocia la verdad de la reprensión. Seguramente en todas circunstancias su generosidad nativa le hubiera llevado á socorrer á la desgracia, pero la desgracia causada por su hermano tenia dobles derechos á su protección, no por un sentimiento fraternal, sino por antagonismo.

Se ruborizó por que conoció no merecia ahora el entusiasmo de Suzannah. Esta continuó:

—Mi padre no podia concebir que se fuese generoso sin un motivo, prosiguió la hermosa jóven. Las personas como vos, milord, eran para él enigmas, cuya palabra en vano procuraba adivinar.

Esto me hizo amaros mucho mas, amaros demasiado, milord, pues vuestro pensamiento llegó á ser para mi una obsesión. En todas partes, y siempre, estabais ante mis ojos. Sin cesar veia vuestra frente altiva y apacible, y la tranquila audacia de vuestra mirada.

Era un sufrimiento real, y tanto mas incurable, cuanto que yo no procuraba desecharlo, pues me complacia en ello. Formaba, despierta, sueños, que los volvia á

tener mientras dormia. Esperaba con ardor, pero ciegamente; esperaba sin poder definir mi esperanza.

En aquellos primeros tiempos de mi amor, lloraba muchas veces, y, cuando mi padre me sorprendia con los ojos llenos de lágrimas, me decia:

—Paciencia, Suky, paciencia! Cuidaremos de vos, hija mia, y muy pronto os llevaré á un lugar donde podais elegir.

Ahora casi creo comprender el sentido de tan brutales palabras; pues en aquella época se resbalaron por mi oido como sonidos vanos.

Sin embargo, mi padre mantuvo su promesa y me llevó una tarde á un sitio *donde hubiera* podido escoger. Pero no con semejante objeto *me llevó al principio*. Contaba conmigo para hacer una especie de comedia propia para servir á una de sus especulaciones.

Quizá os acordareis milord, de aquella comida nocturna en que Ismael enumeró á los judios sus hermanos los diversos servicios que esperaba sacar de mi: habia dicho aquella tarde que le faltaba una sirena para atraer á los jugadores á su hell (infierno). Esto no era muy esacto, pues los esplendidos salones de Golden-club, estaban siempre llenos de hermosas mugeres, adornadas como reinas, sin embargo no bas-

taban estas mugeres, es necesario creerlo, pues Ismael quiso apoyarse en mi, y hacerme representar el papel de sirena.

Habia imaginado alguna cosa imprevista y teatral, que tuviese relacion con las magníficas decoraciones del club. En el salon principal estaba colgado un rico telon, trás el cual se hallaban colocados mi harpa y mi piano. Delante del telon habia una alta y fuerte balaustrada que impedia el paso.

Cuando entré allí por primera vez, el aire caliente y perfumado de la sala obró poderosamente en mis nervios, al mismo tiempo que el ruido de las conversaciones inmediatas aterrorizaban mi salvaje timidez.

Mi padre me hizo sentar al piano.
—No tengais miedo, miss Suky, me dijo, y cantad con toda vuestra hermosa voz.. nadie puede veros.

Tenia razon. El telon interceptaba completamente las miradas.

Corri mis dedos sobre las teclas del piano, y algunas voces gruñonas de los jugadores se levantaron del otro lado del telon.

—Vaya una mala invencion, Spencer, decian, haced callar ese piano que nos rompe los oidos.

—Continuad, Suky, me dijo mi padre.

Poco me importaba, milord, agradar ó desagradar á las personas que estaban detrás

de el telon. Aun preludié durante algunos segundos, en seguida comencé un aire de ópera francesa que habia oido cantar á Mde. Falcon. Mi voz se levantó al principio, fria y metódica, como si hubiese cantado delante de mi maestro: pero no supe resistir la atraccion de la música, milord. La passion se apoderó de mi: y entregué como siempre, mi alma entera á mi canto. Olvidé todo cuanto me rodeaba; olvidé el sitio en que estaba entonces y canté para mi.

—Perfectísimamente! miss Suky, dijo mi padre muy bajo, asi que concluí la última nota del final.

En el mismo momento frenéticos bravos estallaron en la sala. Habia un no sé qué de extraño en esto despues de los incomodos murmullos que habian acogido las primeras notas de mi canto.

—Es la Malibran, decian.

—Es la Catalani que ha bebido en la fuente de la juventud.

—Es la Pasta que ha sacado notas de Soprano de su inagotable genio!

—¡Queridos míos! exclamó una voz aflautada; mas bien es la Grisi..... Aun no conoceis á la Grisi.... conoceréis á la Grisi..... hablo con formalidad.

Mi padre se frotaba las manos y se reia silenciosamente.

—Señores, dijo al fin, no es ni la Malibran, ni la Pasta, ni la Grisi.

—¿Entonces quién es, maese Spencer?

—*La Sirena*, milores.

Se oyó un cuchicheo por el otro lado del telon, mi padre esperaba con ansiedad el resultado. Yo escuchaba, milord, esperando inutilmente oir vuestra voz entre las demas..... ¿No estuvisteis alli aquella noche?

—No, señora , pero he oido despues como todo Lóndrés, á la misteriosa é incomparable *Sirena de Golden-Club*..... y ahora comprendo porque su voz sin rival, penetraba tan profundamente en mi alma... Yo no podia amar de vos mas que lo que conocia, milady, y amaba vuestra voz.

—Con cuanto mas gusto y cuanto mejor hubiera yo cantado, milord, si hubiera sabido que me escuchabais!....

Al cabo de algunos segundos, los cuchicheos se elevaron hasta que llegaron á ser verdaderos clamores. Querian verme, y pedian á grandes gritos que se abriese la balaustrada.

—Milores, dijo mi padre, me disgusta mucho el tener que negar cualquier cosa á vuestras señorias , pero la *Sirena* no se puede ver.

—Os doy cien libras si me dejais entrar solo, Ismael, dijo una voz.

—Yo ciento cincuenta! dijo otro.

Mi padre apenas podia contener su alegría.

—Este sí que es un negocio, por Belcebú: un buen negocio, murmuró para sí.

—Mil libras, dijeron aun detras del telon.

—Por ningún precio, milores, contestó Ismael; y permitidme que diga á vuestras señorias que vuelvan á sus juegos: la Sirena no está ya aqui.

—¿Volverá?

—Mañana, milores, cantará de nuevo. Al decir esto, mi padre me llevó y me hizo subir á un carruage que me condujo á Goodman's-Fields.

Al dia siguiente, los salones de Golden-Club eran demasiado estrechos para contener la multitud que afluía desde la caída de la tarde.

Canté. Rompieron la balaustrada para verme; pero ya yo habia salido de allí, y el galope de los caballos de mi padre me llevaba hácia nuestra casa.

Verdaderamente que era un hombre hábil, milord. Habia juzgado muy bien á la multitud dorada que componia su clientela. Este misterio picaba á lo vivo la gastada curiosidad de los nobles lores. Se habló de mi en Londres.....

—Es decir que no se habló mas que de vos, señora, la interrumpió Brian: varios pintores que no os habian visto nunca,

hicieron vuestro retrato, y los periódicos de París nos volvieron á enviar muy pronto el eco de vuestro renombre que habia pasado el Estrecho.... ¿Pero á nadie se le permitió que os viera?

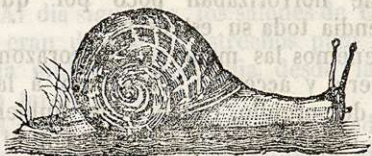
—A nadie, milord; nadie puede vanagloriarse de haber visto á la sirena de Golden-Club. Mi padre esperaba y especulaba con el efecto de la curiosidad llevada hasta la locura; esperaba el paroxismo de la voga para..... para sacrificarme, milord, así debo creerlo. Además no hacia delante de mi ningún misterio de sus proyectos, pero me horrorizaban poco por que no comprendia toda su estension.

Tenemos las mugeres, un corazon vano, ligero, y accesible sobre todo á las alegrías del orgullo. ¡Cuanto me hubiera ocupado de esos bravos que cubrian mi canto todas las noches, si vuestra memoria no hubiera llenado mi alma, Brian!.... Y aun, es preciso decirlo, el orgullo hacia callar algunas veces en mi el amor, y el ruido de los aplausos sofocaba el grito de mi alma.

Hoy me lo perdono pensando que vuestro aplauso se unia algunas veces á los otros. Quizá era él el que penetraba mi capa de indiferencia, y lo que yo creia orgullo, era una mística alegría de amor.....

—Suzannah, me dijo una tarde mi pa-

dre, vais á ser muy dichosa. Quiero hacer de vos una lady, y entre los lores que os aplauden diariamente, vais á escoger, hija mia.....





CAPITULO SESTO.

El club de oro.

MI padre me lo dijo así, Brian, continuó la hermosa jòven; elegir entre todos esos lores! Esta idea penetró, confusa, en mi imaginacion. No hubiera sabido decirme porque me repugnaba, y sin embargo, un vago y sordo sufrimiento me sumergió en el abatimiento mas estremado

hasta el instante de la partida. Pensaba en vos. Mi corazón os llamaba en mi ayuda, y me decía á mi misma que vos solo podiais salvarme de aquel próximo y desconocido peligro.

Me coloqué, vestida con unos adornos deslumbradores, en el carruage de mi padre y partimos de Goodman's-Fields.

Mi padre manifestó durante el camino una alegría loca; pero la alegría de Ismael tenia una mezcla de amargura que la hacia triste y daba que temer.

Cuando llegamos á Leicester Square, ya habia una gran fila de carruages con armas delante de la puerta del Club de oro.

—Sea en buen hora! sea en buen hora! murmuró mi padre alegremente; no tendreis, pardiez, embarazo en la eleccion, miss Suky.

Pasamos el peristilo del club á fin de entrar por la puerta de servicio, todas las noches era lo mismo, porque si yo hubiera subido la escalera comun, mi incognito, con el que tenia mi padre tanto cuidado, se hubiera descubierto muy pronto. Al entrar en la parte del salon colocada detras del telon, pudimos convencernos por el atornador ruido de las conversaciones, que la reunion era aun mas numerosa que de costumbre.

—Hablan, esos tristes fanfarrones, murmuró mi padre; hablan, y á esto es reduce todo.... Con pocos conciertos que se diesen asi todas las noches, olvidarian que Golden-Club es una casa de juego... Mirad al instante si rodean el tapiz verde, Suky.

En aquel momento fué cuando observé que unos pequeños agujeros rodeados de laton como los ojetes de un corset habian sido hechos de distancia en distancia en el telon. Acercando los ojos á uno de estos agujeros se veia perfectamente todo lo que pasaba al otro lado del telon.

—Mirad Suky, me dijo Ismael, mirad todo lo que querais, por Jacob, ó por Moises, ó por Faraon, rey de Egipto, ó bien por Astaroz, hija mia..... Todo esto es lo mismo, y es una tonta costumbre tomar asi por testigo á Dios que no ecsiste, al diablo que se burla de nosotros, y á hombres cuyos huesos hace mas de veinte siglos están reducidos á polvo!..... Mirad! estais aqui para eso!.....

Del otro lado del telon, habia una multitud compacta é impaciente: todas aquellas personas hablaban á la vez, y hablaban de mi. Sus miradas se fijaban con tan ardiente curiosidad en el telon, que retrocedí, confusa como si hubiesen podido verme.

—Eh! aqui! aqui! miss Suky, no ten-gais miedo, añadió mi padre. Los lentes

de sus señorías, y de sus Gracias, pues hay en esa reunion duques, miss Suzannah, se detienen ante el telon lo mismo que ante una pared..... Ah! por Satanás, hija mia, si pudiesen adivinar que estais aqui y que los veiais, harian de otro modo la rueda..... No sabeis, Suky, que todos esos nobles jóvenes y viejos, que tienen hermosas cabelleras rubias, ó pelucas puestas sobre su desnudo cráneo, están locos por vos desde el primero hasta el último..... Hay una especie de apuesta establecida, y esto me vale, á fé mia, por que siempre seré yo el que gane en último resultado; es una especie de apuesta, decia, sobre quien será dueño de vuestro corazon..... ¿Quereis que os dé mi parecer respecto á esto, Suky?

—¿Me conocen esos caballeros, señor? pregunté en lugar de responder.

—No, Suky, gracias al diablo..... esto seria perder la mitad de vuestro prestigio. Aunque sois muy hermosa, la imaginacion de esas personas encuentra medios de embelleceros aun mas..... Y sobre todo fiaos de mi, vuestro primer amante hará de vos una pintura tal, para hacer rabiár á sus desgraciados rivales, que la mitad del alto parlamento es capaz de hacerse saltar la tapa de los sesos por vuestro amor..... Creo que esto os lisonjeará, hija mia.

—Es rubia, decían del otro lado del telon, rubia y encarnada. Un ángel, por Dios santo!

—No estais enterado de esto, milord, añadía otro: ese diablo de Spencer viene de Oriente.... Es una circasiana.... la sangre mas pura del universo.... es una odalisca robada del serrallo de Mahmoud una hora antes que el sultan le hiciese su primera visita.

—Me habian dicho añadió un tercero, que era una cabeza rafaélica, una virgen de Roma, una madona....

—Escuchadlos, escuchadlos, Suky! repetia mi padre que se reia de corazon.

De pronto se puso sério.

—Pero miradlos como se impacientan, añadió; y es necesario no jugar con la impaciencia de las personas de esa clase, miss Suzannah. Podria tener un mal resultado, y sobre todo cuando se tiene un *hell* no permitido.... Vamos, no quisiera violentar vuestro corazon, Suky..... Voy á deciros los que son mas respetables entre los lores, y en seguida elegireis.

—¿Por qué tengo de elegir, señor? le dije.

Dió una patada en el suelo, y frunció las cejas.

—Ya no es tiempo de que no comprendais, Suzannah! me dijo con voz imperiosa

y breve. Si es esto un juego , ponedle un término , y si realmente no comprendéis, dejadme que os explique , ó desgraciada de vos. Vamos , vamos , loquilla , continuó un momento despues recobrando su sonrisa; agriais el buen humor que yo tenia esta noche.... Acercaos, mirad, y sed prudente.... ¿Estais ya? Tened atencion! A los grandes señores respeto y miramiento. Mirad , os lo suplico, á ese buen hombre de cabellos blancos que tiene la fisionomia mas venerable de los tres reinos. No es nada menos que su Gracia el duque de Marlborough, menos célebre que su glorioso homónimo de que habla la cancion, pero mas jugador..... Ha perdido aqui una noche ochenta mil libras, Suky, y las ha pagado el dia siguiente, ¿qué decis de esto?

Permanecí callada.

—¿No contestais nada?..... Maravillosamente, hija mia..... Junto á su Gracia, veis al jóven marqués de Danby , hijo mayor del duque de Maitland..... Su señoria es muy feo seguramente , miss Suky , pero es rico, tiene millones de libras, y este punto debe considerarse. ¿Qué decis del marqués de Danby, Suzannah?

—Que me es indiferente que sea ó no rico, señor.

—Maravillosamente, miss Suky! es decir que no os agrada..... Mirad, este quizá con-

seguirá agradaros. Este es uno de los reyes de la holganza, un escéntrico de calidad superior, que se come una fortuna incalculable con una originalidad de quien nadie sabría hacer el elogio..... Nadie podría imaginar esto, no es verdad Suky?.... Se ha visto nunca un semblante mas honrado y rogizo embutido en un par de patillas mas plebeyas? Pues bien! hija mia, dias pasados el conde de Ch..... field, este es el nombre de su señoria, ha cazado un zorro por las calles de la Cité..... A fé mia era una cosa estraña oir los gritos de los picadores por todo el Leadenhall-Street, oir las tocatas en Cornhill, y asistir á la salida de la caza en Church-Yard. El conde seguia montado en un hermoso caballo, y con vestido de caza..... Quedareis muy contenta con saber, Suky, que el zorro se vió acosado cerca de Chancery-Lane, delante de Temple-Bar..... El pobre animal tuvo la suerte de otros cien mil desgraciados que, en el mismo sitio, son cazados todos los años por los atronadores gritos d' Inner-Temple.... Conoceis que desde ese dia, su señoria ha sido un hombre á la moda..... Se usan muchos redingotes á la Ch..... field, Suky..... ¿Os agrada el conde, hija mia?

—Ni mas ni menos que el otro, señor, contesté.

—¿No?..... Entonces pasemos á otro...

Mirad un hombre hermoso de quien algunas ladies están locas de euamoradas..... Tiene cualidades, Suky, grandes cualidades. Es un pilluelo que pesa mas de diez arrobas. Zurra á los de la policia en Lóndres y á los marineros (1) en la Cité. Rompe, por las noches, los aldabones de cobre de las puertas á fuerza de llamar, y pega á los lacayos que van á abrirle. Lucha á trompis, dá de puñadas á los *coal-heavers* (carboneros,) hasta con los sordidos *dushmen* (una cosa menos afeada que los privaderos). Hace mucho tiempo que Daniel O' Connel, en su elocuencia poco cortés, lo ha bautizado con el nombre de puerco (*hog*) en union del conde de White-Manor su antiguo compañero. Pero todo esto no impide que sea un hombre muy galante, y tengo un gran honor en presentaroslo: miss Suky, el primer marqués de Irlanda, Harry de la Poer Beresford, marqués de Waterfod, conde de Tyrone, vizconde Tyrone, baron de la Poër, lord de Curraghmore etc..... ¿Su señoria tendrá el don de agradaros?

—No, señor.

—¡Cáspita! miss Suky!..... seguramente sois muy difícil.... os gusta mas ese don

(1) Los de la policia han sido introducidos en la Cité por sir R. Peel en 1839. Hasta entonces los *watchmen* (marineros) habian hecho la ronda en toda la **estension** de la jurisdiccion del lord-maire.

Juan de mirada audáz, el coronel Rabican^o os advierto, Suzannah, que ese noble conde mata en desafío á todos sus adversarios, gana en todos los juegos conocidos, hace suyas las mugeres de todos sus amigos, es un lord de mérito..... ¿No lo apreciáis?... sea en buenhora! Mirad no muy distante de él á su amigo íntimo, lord William Bagget..... Ese lord no tiene sino algunas cualidades. Ultimamente ha hecho sorprender á su legítima esposa por su escudero, oculto bajo un sofá, con el laudable objeto de sacar una buena cantidad de la faltriquera de su seductor..... Pero lord Rabican no es hombre que se deja sorprender así. Ha pleiteado, miss Suky, pleiteado maravillosamente... Los abogados han sacado los trapos á relucir, y los dos nobles lores, se sientan siempre en la cámara alta, rodeados de la estimación universal..... Veo que lord Bagget no os seduce; tanto mejor! No es rico..... Escuchad, miss Suky, si os agrada, y en esto no os negueis con ligereza..... Mirad á ese caballero sentado entre dos damas y que tiene en su blanca y arrugada mano una tabaquera guarnecida de brillantes. Es el lord Clankildare, hija mia, el decidido amante de todo el bello seco que hay en la superficie del globo..... Pone una gran cantidad de libras, á los pies de una francesa de cierta edad, que representa tal cual

toda clase de papeles en un teatrillo de moda. Se dice que su señoría tiene por rival á su cocinero..... Esto es muy inglés..... Reflexionad , Suzannah, que hariais de lord Clankildare todo lo que quisierais.

—Yo no quiero hacer nada, señor, le contesté con cólera.

—Suzannah, algun dia tendreis talento, continuó mi padre, añadiendo un poco de amargura á su eterna y desapiadada burla: una vez que lo quereis, condenemos tambien al lord Clankildare..... Os presento, solamente de memoria , al honorable John Tantivy (1) hermano de su señoría lord Ross de Stabltefoul. Es aquel gran personaje de figura de tántalo , que mira con un aire tan lánguido, miss Suky..... El honorable John es la crema de los caballeros arrugados. Vive de espárragos crudos y de caldos de pollo para no tener mas que el peso necesario..... A su lado , estoy seguro que mirais á ese hombre feo cuya mandíbula se adelanta audazmente como para formar canal á cada lado de su mejilla. Es un poeta miss Suky, un gran poeta , que hace epopeyas divinas y nacionales: le llaman sir Arcaduel Bombastic, y lo aprecian mucho los caballeros atacados del insomnio... Observad, miss Suky, que no os propongo á sir Arcadius: es pobre.

(1) Tantivy á galope tendido.

La impaciencia se aumentaba visiblemente en todos los lores. Habia una especie de fiebre general en el otro lado del telon. Las voces comenzaban á elevarse y á hacerse terribles.

—Diantre! diantre! murmuró mi padre, es necesario concluir.... Como bien podeis creerlo, miss Suky, yo no habré perdido mi tiempo esplicandoos á sus señorías, como se esplican las figuras de un salon de cera, si no tuviese mis razones para esto.... Ya lo veís, yo quiero deciroslo: aquel en quien yo he fijado la vista, aquel que vos elejireis con toda libertad, miss Suky, aun no ha llegado.... Espero que vendrá, y, á riesgo de descontar algo á mis nobles clientes, quiero aun esperarlo.... Esta noche no cantareis, Suky, y nadie aqui tendrá derecho para formalizarse, cuando anuncie que nuestra sirena está de conversacion con mi lord el embajador...

Bien conoceis, Brian, que era imposible que al fin comprendiese. No hubiera podido definir precisamente lo que causaba el objeto de mi temor, y quizá no podria hacerlo aun hoy dia; pero este temor habia tomado su incremento. Temia positivamente alguna cosa, es decir la conferencia prometida con el hombre que llamaban mi lord embajador....

—Y se verificó esa conferencia, mila-

dy? preguntó Brian que procuraba aparecer tranquilo.

Suzannah se sonrió con dulzura.

—Vos tambien teneis miedo, milord, dijo esta.... Esperad..... quiero hacer como los autores de esos libros que me prestais hace ocho dias, y arreglar mi historia.

Mi padre añadió despues de un momento de silencio.

—Suky, no he querido decir que se os prohíbe absolutamente hacer una eleccion entre esos caballeros.... Solamente esa eleccion será para mas adelante.... Que os parece, por ejemplo, ese jóven francés que maneja tan picaramente su lente gemelo?... Es el señor vizconde de Lantures-Luces, Parisien amable, cuyo cérebro es del tamaño de una nuez. A su lado, veis al honorable Noisy Trumpet, miembro whig de la cámara de los comunes. Parece desagradable, ¿no es verdad? Es que nuestros *Commoners* Suky, son bien pequeños en presencia de los pares del reino. Ya veis que el honorable tiene vergüenza de ser tan poco..... Pero, vive Dios! mirad por el contrario un hijo de Adam intimamente convencido de su importancia. Miradlo, Suky, miradlo! Que sublime altivez en esos grandes ojos entorpecidos, que magnífica dignidad en el aire de ese talle corto y cargado de robustez!.... os suplico que no os riais! Ese buen hombre

gordo, cuya apariencia es la de un gefe de cocina retirado, no es nada menos que su Gracia, por la divina Providencia, el arzobispo de***. Su Gracia tiene cuatro ó cinco millones de renta episcopal, y dá doscientas libras á un pobre reverendo para que gobierne su iglesia en lugar suyo... Esta es una cosa magnífica, Suky; cuando pienso que ese tren que los cristianos llaman *la Reforma*... Figuraos, hija mia, que esa reforma ha principiado por disminuir las rentas del clero, y á fin de hacerlo bueno para alguna cosa.... Y mirad un obispo reformado que percibe al año diez veces tanto como un cardenal, y que no hace uso de sus diez dedos..... Tiene asiento en el parlamento, es muy cierto, pero nadie lo ha oido mas que roncar en las nocturnas asambleas de los nobles pares..... Comer, dormir, engordar, esta es su vida..... Por lo demas, es un excelente jugador, y buen padre de familia, aun que venga de vez en cuando á dar un vistazo á mi *infierno*, y sea capaz de predicar tres horas seguidas sin saber absolutamente de que habla.... Todos se apresuran á reconocer que es una de las mas brillantes lumbreras de la Iglesia Anglicana..... Os prevengo, Suky, que apesar del venerable caracter de su Gracia, no se os está prohibido el que hagais recaer sobre él vuestra eleccion: su Gracia no es puritano.

Ya yo no escuchaba mas, milord. Mi imaginacion trabajaba, y procuraba medir, y definir el próximo peligro. Mientras mas me esforzaba asi, mas se oprimia mi corazon.

Ismael continuó su burlona galeria. Aun me enseñó muchos lores, grandes señores extranjeros, médicos célebres, hombres togados y de nombradia.

Yo vacilaba, mis debilitadas piernas no podian sostenerme y me sentia desfallecer.

—Miradlo! miradlo! exclamó de pronto mi padre tocándome en el hombro: miradlo miss Suky.

Yo miré, milord, y os vi...., —A mi! interrumpió Brian estupefacto.

—Acababais de entrar.... No ví mas que á vos!..... Ay! no era á vos á quien me enseñaba mi padre.

—Oh! señor, exclamé, conmovida con una deliciosa esperanza: ¿no me engañais?... ¿Es á él á quien me quereis dar?

Ismael me miró con fijeza. —A él, Suky, es muy cierto.... ¿Lo conociais ya?

—Si, lo conocia, señor! exclamé con los ojos llenos de lagrimas de alegría.

—A fé mia, que es buena casualidad! murmuró mi padre entredientes; pero es necesario confesar que las jóvenes tienen extraños caprichos!.... Mal haya si yo me

hubiera atrevido á esperar que su Gracia... en fin, no importa!..... Voy á ir á buscaros á milord el embajador, miss Suky.

Se dirigió hácia la puerta.

Yo no ponía ninguna atencion á sus palabras; milord, os miraba solamente, me embriagaba viéndoos: era dichosa.....

Antes de salir Ismael mudó de pronto de parecer y volvió precipitadamente hácia mi.

—Ah! miss Suky, me dijo, no vayamos á hacer un quid proquo; os hablo del príncipe Dímitri Tolstoi que acaba de entrar en el salon. Es ese hombre de alta estatura, de fisonomía un poco.... un poco caracterizada, miss Suky, con el pecho lleno de flemas..... No nos comprendemos segun creo?

Me faltó la voz para poder responder. El hombre que me indicaba era..... Pero vos debeis conocerlo, Brian.

—Lo conozco, señora, contestó Lancaster cuya respiracion se hacia cada vez mas penosa.... Por favor, concluid!.....

—Me causò horror y terror, á un mismo tiempo. Junté mis manos y miré á mi padre con aire suplicante.

—Ah!.... dijo este frunciendo las cejas, jugamos, bien lo veo á los despropósitos..... Entonces de quien me hablais, miss Suky?

—De Brian de Lancaster, señor.

... Mi padre dió una seca y aguda carcajada.

—El hermano del conde! exclamò: esto seria, á fé mia, una buena broma..... una escelente broma, por Belcebuth!..... Si Brian tuviese alguna cosa..... Ja! ja! ja! cuando pienso en esto no puedo menos de reirme!... Pero no tiene un cuarto miss Suky.

Perdonadme, señora, la interrumpió Brian, esas palabras pronunciadas por Ismael respecto á mí, parecen en cubrir un sentido oculto..... Se ha esplicado alguna vez acerca de este particular?

Nunca, milord.

Pareció que Brian queria hacer otra pregunta; pero se contuvo y dijo.

—Hacedme el gusto de continuar, señora.

—Efectivamente, milord, continuó Suzannah, mi padre parecia dar un significado extraño al sentimiento que me impelia hácia vos..... Esto lo hacia reir.... y nunca se reia Ismael sino cuando una maligna esperanza se presentaba á su imaginacion..... Pero estais en mejor estado que yo, para conjeturar si esta circunstancia oculta aun algun triste misterio.

—Seguramente, Suky, añadió Ismael, esto seria muy gracioso..... gracioso hasta el extremo..... Pero no tiene ni lo que vale un cuarto, bien lo veis, y es necesario

no pensar en él..... Vamos! olvidad esa locura, y preparaos á recibir al príncipe Dimitri Tolstoi, embajador de Rusia.

—¿Y qué puede querer de mi ese hombre? pregunté con cólera.

Una sonrisa cínica apareció en sus labios.

—Lo que vos quereis dar al honorable Brian de Lancaster, miss Suky, contestó. Además, él mismo os lo dirá.

—Yo no quiero verlo! exclamé; señor, no lo veré!

—Lo vereis, miss Suky! dijo con aquella voz imperiosa y llena de amenaza, que empleaba con el pobre Roboam: oh! por el mismo infierno lo recibireis, y ahora mismo.

Mucho sufría, milord, y conocia que se debilitaban mis fuerzas; sin embargo, le contesté con resolucion.

—No, señor, no lo recibiré.

Vuestra presencia me daba valor, Brian..

Ismael me cogió por el brazo y lo apretó de tal modo que sus dedos de acero se incrustaron en mis carnes. Sus ojos habian tomado una espresion de malignidad siniestra, y verdaderamente infernal. Acercó su cara junto á la mia:

—Eres mia, me dijo con la voz entrecortada por la rabia que se apoderó de él: no perteneces mas que á mi solo.... Soy tu amo..... y podré matarte, lo oyes?

Brian se levantó sin saberlo, y puso sus dos manos sobre su jadeante pecho.

—Matarte, continuó Suzannah que aun temblaba con aquel terrible recuerdo; pero mejor quiero venderte, y es preciso que te venda.

Su mirada chispeante, me abrasaba.

—No resistas! continuó sacudiéndome con violencia el brazo, ó te abatiré bajo mis pies, como he hecho otra vez con Roboam delante de ti, y te pagaré como le he pegado. Brian dió un ahogado grito y volvió á caer en el sofá.

—Pero de quien he de veugaros, señora!..... murmuró.





CAPITULO SEPTIMO.



Cinco mil rublos.

—  yo estaba allí , señora , continuó Brian, tan cerca de vos cuando estabais para sucumbir á la amenaza de un cobarde.. y no sentia nada en mi corazon.. Oh! por que no me llamasteis en vuestro socorro!

—Estaba abatidísima, milord; pero no

sucumbí! Me ayudabais sin saberlo , pues, ¿cómo hubiera podido resistir á la brutal energía de Ismael, si mi corazon no se hubiese apoyado instintivamente en vos? Yo no tenia sosten, pues que ignoraba la moral humana, y la fortaleza divina que sabe dar, segun dicen, la fé religiosa á los naturales mas débiles, me faltaba absolutamente. Fuera de mi, ¿podia esperar socorros contra Ismael, yo que no tenia en el mundo mas que el mismo Ismael por protector?..

Si yo resistí, fué á causa de vos y por vos. Mi fuerza la obtuve de vnestra presencia. Aun quando hubieseis estado ausente me hubierais sostenido, pues estaba dedicada enteramente á vos, y comprendia vagamente que mi padre, entregándome á otro, me robaba á vos para siempre.

Para siempre, milord! Lo que entonces era para mi una sospecha confusa, es precisamente ahora un sentimiento fijo y claro. Si hubiese caido en el lazo , no me hubierais conocido nunca.

Sois tan superior á mi, Brian , que al menos es preciso que os pueda dar mi alma y mi cuerpo libres de toda mancha, aun involuntaria. Si mi desgracia, hubiese llegado hasta la mancilla, me conceptuaria indigna y me alejaria.....

La última amenaza de Ismael me hizo mas fuerte en mi resistencia.

—Podeis matarme, le dije, pero no hacerme ceder.

—Pues bien! os mataré! exclamó con la boca llena de espuma; te mataré..... Oh! pero no de una vez!..... morirás á fuego lento, muy despacito, un poco todos los dias..... Maldicion! que demonio te ha sugerido el pudor, hija mia. He pasado quince años en anudar una venda sobre tu vista, y ahora veo que no eres ciega! He pasado quince años en inclinar tu voluntad, en obscurecer tu inteligencia, y tu imaginacion está iluminada! Y tu voluntad se levanta... Pero es para renegar de Satanás, y creer que hay un Dios en el cielo!.....

Interrumpióse al decir estas palabras, pasó su pañuelo por su boca humeda, y se esforzó en atraer á su labio su fria y habitual sonrisa.

—Miradme tan tonto como vos, miss Suky, añadió con ficticia tranquilidad, seguramente yo representó el papel de un buen lord que quisiera forzar á su hija á casarse con un jorobado millonario..... Esto es lastimero á fé mia..... Escuchad! hemos cometido faltas uno respecto á otro; hablemos con formalidad: os pido una cosa muy sencilla, ¿por qué me lo negais?

—Quereis entregarme á un hombre, señor, le respondi, y yo quiero pertenecer á otro.

Esta respuesta debia volverle todo su furor, pero se contuvo.

=Vos quereis! repitió, y es cosa perentoria, miss Suky! pero olvidais que soy vuestro padre!

=Que importa eso! dije.

Se mordió con violencia los labios.

—Es muy justo, añadió: no tengo sentido comun; esta tarde..... Seguramente que importa poco esto..... Queria deciros, miss Suky: olvidais que soy el mas fuerte.

=No, señor.

—Entonces, vais á obedecerme?

—No!

Se alejó de mi bruscamente y dió algunos paseos en la habitacion.

Aproveché aquel momento de tregua para dirigir una mirada del otro lado del telon. Estabais alegre á vuestro modo, con esa alegria que deja vuestro semblante altivo y grave, y que atrae la sonrisa sobre todas las caras que os rodean. Hablabais de vuestro hermano: contabais uno de los asaltos de la estraña lucha que habiais empenado en contra suya.

En aquel momento debo confesarlo, milord, tuve mucho deseo de pronunciar vuestro nombre é implorar vuestro socorro. Pero no me habiais visto nunca..... y ademas, temí por vos, por que sabia cual era el corazon de mi padre.

Volvió este hácia mí, y cambió enteramente de tono.

—Miss Suzannah, me dijo con frialdad y sarcasmo, sois una jóven virtuosa, seguramente; pero yo soy un mercader honrado..... Os he vendido y me han pagado anticipadamente, y el comprador espera la entrega..... Asi pues, de grado ó por fuerza, miss Suky, vais á recibir los homenajes de su Gracia, el príncipe Dimitri Tolstoi.. Creedme, conducios con él como corresponde; pues los rusos tienen sus maneras de ser galantes con las cuales es preciso tener cuidado, y yo no responderia..... Pero esto os concierne..... Dentro de diez minutos estará aquí el príncipe; y dentro de otros diez minutos una buena llave os pondrá á los dos á el abrigo de los importunos.... Hasta luego, miss Suzannah.

Y salió precipitadamente al decir estas palabras.

Ya no estabais allí, milord!.....

—¿Me hubierais llamado, señora? exclamó Brian que se echaba en cara como un crimen la casualidad de su ausencia.

—No lo sé..... Mi angustia era tan profunda! Pero vos no estabais allí..... No veia en el salon mas que semblantes desconocidos, frios, y donde el egoismo inglés habia impreso sus señales.... Y entre ellos vi la salvage fisonomia de ese ruso con que me amenazaba Ismael.

Quizá mi terror se colocaba entre ese hombre y yo: pero me pareció horroroso y terrible. Aquella cabeza bárbara sobre un frac bordado de oro, resaltaba á mis ojos en el centro de la multitud como un odioso espantajo.

Quise gritar, pero no pude. Un enorme peso oprimia mi pecho....

En aquel momento, Ismael entrò en el salon de juego y se fué derecho al principe: le habló muy bajo. El principe se sonrió. Su brillante mirada vino á acariciar el telon.

Esa mirada me salvó, milord. Me causó un terror tan punzante, que pude sacudir mi torpeza. Me levanté, y atravesé corriendo la sala y los corredores. Un minuto despues ya estaba en la calle.....

Brian respiró con mas libertad.

—Continué corriendo durante unos instantes á la casualidad; despues cai desfallecida, en una de las esquinas de Leicester-Square.

No sabia donde ir, estaba transida de frio: tenia miedo, sola y de aquella manera en medio de la noche, en medio de Lóndres desconocido: pero era dichosa por haber evitado el peligro. Pensaba en vos con delicias; milord: me parecia que me habia conservado para vos, y que, en mi victoria, vos teniais vuestra parte.

Mi victoria se me hacia sumamente querida!.....

Ay! yo no pensaba que no tenia otro asilo mas que la casa de Ismael, y que el peligro, evitado hoy, apareceria mañana tan terrible. No pensaba que la voluntad de hierro de Ismael manifestada una vez, no podria doblegarse; que despertada su avidez deberia saciarse á toda costa, y que, estaba fatalmente condenada á sufrir tarde ó temprano su tirania.

Poco pensaba en esto, milord, pues mi accion primera, al momento que calmada mi opresion me permitió hacer un movimiento fué el meterme en un carruage de alquiler, y hacer que me condujeran á Goodman's-Fields.

—Que, señora! exclamò Brian, volvisteis á entrar en aquella infame guarida.

—Volví a ella, milord.... Y no agoteis por tan poco vuestra compasion..... Despues he tenido dias de una miseria tan dolorosa, que he echado de menos la casa de Ismael....

Mi padre, aun no habia vuelto cuando llegué á Goodman's-Fields. En lugar de ir á mi habitacion como tenia de costumbre, aproveché un momento que no me veian los criados de Ismael, y subí corriendo al laboratorio de Roboam.

Este era el único ser que aparentaba tener para mí algun afecto. Yo no esperaba nada de él, que estaba, como yo, oprimido; pero iba, por un instinto á unir mi angustia á su servidumbre.

El pobre mudo estaba vestido y tendido sobre una estera en medio de la habitacion. Esta era su cama: dormia el infeliz.

Cuando lo desperté, hizo un gesto de viva sorpresa, y de hecho, milord, mi presencia á aquella hora, unida al desorden de mi rico vestido, debia seguramente admirarlo. Con ayuda de sus gestos que equivalian á las palabras, me preguntó, y le conté, con voz entrecortada por la emocion, la odiosa conducta de Ismael, y mi fuga de Golden-Club.

Inclinó la cabeza, y pareció reflexionar.

Al cabo de unos instantes, tomó mi mano y la besó, despues me condujo á su jaula y me señaló un hueco donde habia precisamente lugar para mi cuerpo, y luego tocó con el reverso de sus dedos un plato vacio que habia sobre su mesa.

Esto queria decir, milord, en el lenguaje del pobre mudo, que me ocultaria en su jaula, y que dividiria conmigo su comida.

Era un pensamiento loco: al entrar mi padre sabia que yo estaba en la casa; me buscaria, y Roboam seria víctima de su compasion. Esto era lo que yo hubiera debido decirme, y lo que seguramente se decia el pobre Roboam, pues estaba abatido y resignado. Pero yo me hallaba incapáz de llevar

tan adelante mi cálculo, milord. Solamente veía el modo de escaparme de las persecuciones de mi padre y de la horrorosa necesidad de sufrir la presencia de aquel ruso, cuya imagen se levantaba, entre los recuerdos de la noche, como un fantástico espantajo. Aquella idea me volvía el valor y la alegría.

—Si, contesté, si, buen Roboam, me ocultaré aquí, y permaneceré continuamente con vos.

Hizo un grave signo de asentimiento.

—Estoy ahora muy cierta, milord, que él tenía la seguridad de un próximo y mortal castigo.

Yo me había tranquilizado. El peligro se me representaba solamente lejano, y muy fácil de evitarlo. Estaba tanto más espuesta en lo sucesivo, cuanto que no conocía mi posición y que una loca seguridad reemplazaba á mi angustia.

Y sin embargo, milord, cuanto más terrible era entonces el peligro! Cuanto más hubiera debido temblar si mi ignorancia del mundo no hubiese sido tan completa! En Golden-Club, Ismael no era más que un traficante de vicios apenas tolerado, el jefe sospechoso, y sin cesar vigilado, de un establecimiento que solo la clase de sus parroquianos impedía que cayese inmediatamente al rigor de la ley. En Good-man's-Fields, era el rey; dueño absoluto;

tirano sin contradiccion. Detrás del telon, yo estaba á diez pasos de una reunion de hombres, disolutos seguramente, y del todo entregados á los escesos, pero nobles al fin, y conservando en lo íntimo de su corazon alguna cosa de orgullo ya que no de virtuoso. Esos hombres me hubieran defendido, reunidos, aun cuando no fuese mas que por pudor aristocratico, aunque, cada uno en su particular, quizá hubiera abusado de mi afliccion: se hubieran colocado con ostentacion entre mi y entre mi padre; hubieran aprovechado con avidéz aquella ocasion de ejecutar ruidosamente una accion de personas de valor. En casa de Ismael, por el contrario, yo estaba sola, sola en un reducto, que los mismos criados de la casa ignoraban que ecsistiese. Ningun oido escucharia mis gritos, nadie milord, nadie mas que un pobre ser, mutilado, embrutecido por la esclavitud, y aunque decidido, inerte, y acostumbrado hacia muchos años á someterse á la voluntad de Ismael.

Alli, milord, era donde hubiera debido morir ó ser vencida, si no hubiese provenido mi salvacion de una catástrofe que era imposible preveer..... Para salvarme era necesaria la pérdida de mi padre. Dios puso sobre Ismael la pesada mano de su venganza. Fué anonadado en el momento mismo en que me impelia á orillas del abismo.....

Ignoro lo que pasó en Golden-Club después de mi huida. Todo lo que he sabido es que mi padre no volvió aquella noche á su casa de Goodman's-Fields. Tal vez no pudiendo suponerme bastante necia para volverme á poner yo misma bajo su tiranía, empleó la noche en buscarme por los alrededores de Leicester Square.

A eso de las once de la mañana, Roboam y yo oímos el golpe del aldabon sonar en la puerta de la casa. Me oculté temblando, en el hueco que debia ser en adelante mi retiro, y Roboam se colocó delante de su mesa de modo que pudiese ocultarme.

Sin duda dijeron los criados á mi padre que yo estaba en mi habitacion, pero tenia que hacer otra cosa mas urgente que cerciorarse de esto, y muy pronto oímos sus pasos en la escalera oculta.

Roboam me encargó el mayor silencio con un gesto enfático, que manifestaba energicamente sus inquietudes. Yo permanecí inmóvil, contuve mi aliento y mi padre entró.

—Magnífico negocio! murmuró cerrando la puerta: lindo negocio á fé mia!..... El príncipe quiere que le vuelva sus cinco mil rublos..... Mal haya si es una cosa fácil volver de este modo el dinero dado!

Sacó un papel de su faltriquera y lo desdobló.

—Prepara papel para estampar! añadió dirigiéndose á Roboam con su acostumbrada rudeza: corta tus plumas, y ejercita tus dedos..... voy á darte trabajo ahora mismo.

Roboam obedeció. Sentia temblar su asiento: buscaba su corta pluma, y no lo encontraba: el terror le hacia perder la cabeza.

Mi padre se paseaba por la habitacion.

—Es una cosa diabolica! murmuró; esa miserable niña me ha hecho perder un buen negocio de oro!..... Volveré á encontrar un tonto tártaro como su Gracia que quiera endosarme una letra de cambio de cinco mil rublos, anticipados y sin saber?.. Esto prometia millones, á fé mia, pues el príncipe tiene los suyos y los de su amo, y la jóven es linda para volverle la cabeza á mas de trescientos cosacos!..... ¿A dòn-de vá á anidarse la virtud? añadió con una ignoble blasfemia.... pero mia es la culpa! hubiera debido no perderla de vista un instante.... Alguien le habrá dado pérfidos consejos; alguien le habrá imbuido esa orgullosa mentira que llaman el honor de la muger.... el honor! pero en todo esto hay una fatalidad!..... aquellas á quienes han enseñado el honor, lo aprenden á su modo, mientras que ella..... Es preciso decir tambien que Satanás le ha hecho encontrar á ese Brian de Lancaster!..... que vuelva á

pedirme dinero prestado!..... Ah!... pero las mugeres lo adivinan todo! el pudor como el amor..... ó quizá es el amor quien les hace conocer el pudor!..... Esto es diabolico!

Se acercó á Roboam, y le echó sobre la mesa el papel que tenia en la mano.

—Toma! dijo; estampame esa firma. Nos serviremos de ella cuando sea tiempo, y su Gracia no ganará nada... Ten cuidado de no echar á perder el billete, maese Silencio!..... si conserva alguna señal, te rompo el cráneo de un golpe.

Roboam tomó el papel, que era una obligacion del principe Dimitri Tolstoi, el precio estipulado por la venta de mi persona, milord, y se puso en disposicion de estampar la firma.

Mi padre continuó su paseo y su monologo.

=Y si no fuese mas que esto! decia enardeciéndose por grados: cinco mil rublos pueden volverse á encontrar..... pero lo que ha hecho una vez podrá hacerlo de nuevo! lo hará seguramente, y todas las esperanzas que habia fundado en ella, se desvanecerán como el humo..... Miserable criatura..... Y ademas, si no cede, como dominar al conde!..... Que poder tendrán mis amenazas si no tengo conmigo su infamia!..... lo que el mundo llama así por

lo menos... su infamia patente, publica, y que pueda estar á el alcance y al conocimiento de todos, desde el dia de mañana.....

¿Qué podían significar esas estrañas palabras, milord?.... Seguramente tenia Ismael un objeto, un objeto mas dulcemente acariciado que el simple tráfico de mi juventud. Existia bajo aquellas palabras una intriga, cuyos hilos se me escapan á la vez... Vos que conoceis el mundo, Brian, ¿adivinareis el secreto de Ismael?

Lancaster permaneció callado algun tiempo antes de responder.

—Me pierdo en conjeturas, señora, dijo al fin; seguramente ese hombre que llamais vuestro padre era capaz de todo, y su inteligencia servia maravillosamente á sus malos designios..... Creo..... pero es una vagasospecha que nada justifica, á no ser la corona de conde grabada en vuestro medallon.... La única cosa de que estoy seguro, milady, por que mi corazon y mi razon concuerdan en este objeto, es que el judio Ismael no era vuestro padre.

La hermosa jóven movió tristementela cabeza.

—No sé si debo decir, quéralo Dios, milord, contestó ella. Ismael me ha hecho mucho daño, y muchos crímenes vergonzosos pesan sobre mi memoria; pero su casa fué por mucho tiempo mi asilo!..... Y a-

demás, por muy culpable que sea un padre, debe ser una falta muy grande el renegar su memoria!....

El continuó durante algunos minutos hablando cosas que yo no podía comprender. Hablaba de un lord sumamente rico, que alejaria de si la vergüenza á todo precio, y que prodigaria la mitad de su fortuna por no ver arrastrar su escudo por los albañales.....

—¿Y no pronunció el nombre de ese lord, señora? le interrumpió Lancaster.

—No milord..... le llamaba el conde... Tal vez algunas otras palabras se le escaparon, que hubieran puesto á cualquiera otra que á mi en disposicion de conocer su pensamiento, pero yo no comprendia, y la horrorosa escena que siguió, ha llenado de turbacion mis recuerdos....

—¿Dónde estas, maese Silencio? preguntó de pronto dirigiéndose á Roboam.

Senti la silla de este desventurado que temblaba violentamente contra mi, y tuve miedo, porque adiviné que habia cometido un error.

Mi padre tomó el papel que Roboam dudaba volverle, y dió al momento un grito de rabia.

—Malvado! exclamó, bruto maldito! te habia dicho que tuvieses cuidado.... Ah! ahora vamos á saldar todas nuestras cuentas!

He aquí lo que habia sucedido, milord. El ruso á quien mi padre habia hecho la promesa que sabeis, habia anticipado una obligacion de cinco mil rublos, creyendo no pagaba demasiado cara la gloria de confundir á sus rivales de Golden-Club, poseyendo el primero á aquella famosa sirena.... Era, como bien veis, un amor de confianza, una fantasía de barbara vanidad, pues que no me habia visto nunca.... Cuando mi padre, obligado por mi huida á faltar á su palabra le confesó su embarazo, el ecsigió el ruso la restitucion de su dinero; y aprovechando mi padre las horas de retardo que le concedian las conveniencias sociales, se apresuró á mandar á Roboam que contrahiciese la firma del opulento estrangero, á fin de servirse de ella sin duda cuando fuese ocasion. Pero Roboam habia perdido en aquella ocasion su sangre fria: en lugar de tomar un punzón para grabar, tomó una especie de buril que cortaba el papel por todas partes donde pasaba.

El billete que entregó á mi padre estaba hecho una criba.

¿Y cómo tenia de dar al príncipe un papel que llevaba tan evidentes pruebas del fraude?

Mi padre se enfurecia diariamente por cualquier cosa, milord. La menor bagatela enardecia la irritabilidad sin freno de su

carácter. En esta ocasion todo se reunia para llevar á colmo su rabia: mi fuga, sus esperanzas perdidas, el peligro á que lo esponia el error de Roboam.....

Asi es que no era ya dueño de su furor. Sus sangrientos ojos rodaban convulsivamente en sus órbitas dilatadas. Los músculos de su semblante se agitaban por repentinos estremecimientos: su barba ondulaba como si un soplo de viento hubiera pasado por entre sus crispados mechones. Sus labios se abrian, se cerraban, dejaban ver sus dientes apretados que se resbalaban crugiendo los unos contra los otros.

Nunca lo habia yo visto de aquella manera; al momento me imaginé que Roboam iba á morir.

El pobre mudo, asaltado de una horrosa atonia, ni aun siquiera temblaba. Las gotas de frio sudor que corrian abundantes á lo largo de sus sienes, era lo único que manifestaba que habia vida en él.

Mi padre, despues de haber permanecido algunos momentos delante de su victima, como si hubiera querido despedazarla con sus propias manos, se avalanzò de solo un salto hácia su arsenal y cogió la mas gorda y mas pesada disciplina de plomo.

Sentí estremecerse debilmente el asiento de Roboam, que sin embargo no se movió.

Mi padre se dirigió hacia él á pasos mesurados. Parecia escoger desde lejos, con feroz alegría el sitio donde pegarle.

Cerré los ojos, milord, como la noche en que Ismael apaleó á Roboam con el bambú del viejo judío Eliézer. Pero aqui no tenia ningun medio de librarme de los horrores de aquella escena.

Al primer golpe que descargó Ismael, saltó la silla de Roboam. No solamente vi caer el pesado plomo sobre la carne del paciente, sino que sentí los golpes de cada asalto. Me parecia, milord, que golpeaban mi corazon. Sufria..... no puedo deciros cuanto sufria!

Oí y sentí tres golpes como aquel dados con furia. En seguida la madera de la silla me tocò bruscamente. Dos mugidos salvajes despedazaron á la vez mis oidos: abrí involuntariamente los ojos.

Roboam ya no estaba á mi lado. La intensidad del dolor, la certeza de morir bajo los redoblados golpes de Ismael, y quizá tambien el deseo de protegerme, todo esto reunido habia galvanizado la apática sumision del pobre esclavo. Se habia levantado tanto mas terrible cuanto que su cólera habia estado comprimida por mucho tiem-

po. De un salto salvó la mesa que lo separaba de mi padre, y estaban los dos uno frente á otro.

Fué un combate atroz, milord, una lucha odiosa, en la que uno de los campeones, herido, magullado ya, no tenía para defenderse mas que sus manos desarmadas, mientras que el otro heria con una maza, de la que cada golpe podia ser mortal.

Pero el que estaba sin armas tenía que vengar veinte años de esclavitud y de martirio.

Su semblante quedó lleno en un instante de horrorosas contusiones. Sin embargo, no caía, por que debilitado cada golpe, sino parado, por su brazo estendido, perdía gran parte de su fuerza..... Esperaba.

Ismael pegaba como siempre, con ceguedad.

Sus jadeantes respiraciones se confundían produciendo un sonido que daba horror oírlo.

Al cabo de uno ó dos minutos, vi con horror bajar á Roboam la mano que extendía para parar el golpe. La disciplina describió silvando su impetuosa curba. Creí había concluido el combate.

Efectivamente, había concluido, milord, pero el vencido no fué Roboam. Con un

movimiento rápido como el rayo , huyó el plomo mortífero, y, aprovechando el instante en que Ismael levantaba su arma, le cogió por la garganta.

Sofocado mi padre, ni aun siquiera dió un grito. Roboam se vió obligado á sostenerlo para evitar que cayese al suelo como una masa inerte.

Entonces el mudo comenzó á reirse enseñando sus grandes y blancos dientes aguzados como los de una bestia feroz. Su instinto salvaje, escitado violentamente aparecía en aquel momento con increíble energía.

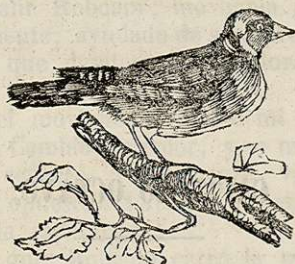
Arrastró á mi padre hasta el otro extremo del laboratorio, cogió una gruesa cuerda, lo amarró, y de tiempo en tiempo interrumpía su tarea para dar una ronca carcajada.

Yo veía todo esto , milord , pero no podía ni moverme ni articular ningún sonido. Estaba como herida del rayo , y con dificultad mi trastornada imaginación conservaba el poder de sentir. Miraba estupefacta, casi loca , como si hubiesen sido extraños los actores de aquella lucha.

Así que Roboam amarró bien á mi padre, se avalanzó hácia la puerta y desapareció con un grito salvaje de triunfo.

Unos momentos despues, volvió á entrar con el semblante aun ensangrentado y

magullado horrorosamente. Lo seguian un magistrado y dos condestables que acababa de buscar y que entraron detras de él en el gabinete secreto de Ismael.





CAPITULO OCTAVO.

Un sobresalto.

ANTES de la llegada del magistrado y de los condestables, conducidos por el mudo Roboam, me quedé sola con mi padre.

Ismael estaba lleno de vida, milord. Al verse vencido por su esclavo, habia fingido la sofocacion inmediata á fin de hacer-

le soltar la presa. En seguida se habia dejado agarrotar, por que no podia adivinar el designio de Roboam. Yo misma, ahora que pienso en esto, me cuesta trabajo concebir como pudo germinar esta idea en la imaginacion del mudo, y no puedo explicarlo sino pensando que un terror supersticioso le prohibia, aun en aquel momento de suprema cólera, de matar á Ismael con sus manos.

Al salir Roboam, me habia prohibido enérgicamente, ayudado de su espresiva pantomima, que desatase las ligaduras de mi padre.

Aquel movimiento reveló mi presencia á Ismael. Cambió de color, y su mobible fisonomia reflectó rapidamente varios sentimientos opuestos. La cólera primeramente, despues la esperanza.

Asi que Roboam cerró la puerta, lo que hizo con cuidado y con doble vuelta, mi padre pronunció con dulzura mi nombre.

Ya no contesté, milord, ni me moví. Yo os lo he dicho; estaba literalmente aterrorizada. Aun cuando el suelo de la habitacion se hubiese abierto bajo mis pies, no hubiera podido moverme para procurar salvarme.

—Suzannah! repitió Ismael con una inflecion de voz cariñosa.

El mismo silencio por mi parte y la misma inmovilidad.

Mi padre frunció las cejas é hizo un esfuerzo para romper sus ligaduras: pero Roboam habia atado las cuerdas con aquel vigor que dá la cólera, y estas no cedieron.

Ismael volvió á caer agotado, y bajó la cabeza.

Dios me es testigo, milord, de que hubiera querido socorrerlo. No porque prevyese el desenlace preparado por Roboam á aquella escena, sino por que sufria....

Permanecia impotente. Parecia que una mano pesada y glacial comprimia mi cerebro. Yo no sufria, Brian, y aquel estado debia ser la misma muerte.

—Suzannah! Suzannah! me dijo Ismael despues de algunos momentos de silencio, he sido muy cruel respecto á vos hija mia..... Me arrepiento..... Os pido perdon..... Compadeceos. Suzannah, estas cuerdas se me introducen en las carnes..... sufro mucho!.....

Hice un esfuerzo tan violento, que dominé mi parálisis por un instante y conseguí incorporarme sobre mis rodillas; pero esto fué lo único que adelanté: me apoyé, jadeante, en la silla vacia de Roboam.

—Bien Suky! ánimo, hija mia! exclamó Ismael. Ahí está un cuchillo, cerca de mí, y no puedo cogerlo! añadió con repentina rabia.... Ah! mataré sin compasion á ese miserable!..... pero no Suky, oh! no, no

mataré á nadie si me librais..... Amais á Roboam; le volveré su libertad!..... Sabeis, hija mia..... os daré la casa de campo en que habeis pasado otras veces algunas temporadas, y alli encontrareis á Brian de Lancaster..... lo vereis continuamente..... á cada instante, Suky, y Brian os amarán!

—Brian! repetí con una voz tan debil que sin duda no lo oyò.

Desde entonces conoció que estaba incapáz de socorrerlo, y una espresion de cólerica amargura, reemplazó la dulzura fingida con que habia cubierto su semblante.

—Oh! no eres mas que una muger! dijo dando á esta palabra un sentido de inesplicable desden; inútil ó perjudicial!..... Cuando se espera en ti, no quieres..... y cuando quieres, no puedes!

Creo, milord, que desde aquel momento sabia Ismael el peligro que le amenazaba, pues á cada instante su mirada se volvía mas ansiosa hácia la puerta. Entonces quiso hacerme participar de su agonía.

—No sabéis lo que nos aguarda aqui, miss Suzannah, añadió con aquella afectada seriedad que se emplea para convencer á los niños: es una cosa atroz, hija mia!.... Roboam ha cerrado las dos puertas.... No tenemos aqui ningun medio para que nos oigan..... Nos dejará morir de hambre.....

Esta horrorosa idea no produjo ningun

efecto en mi. Se oyeron unos pasos en la escalera oculta.

—Escuchad, Suky, dijo entonces cambiando prontamente de tono. Esto es hecho! estoy perdido.... Se ha vengado ese miserable como hubiera podido hacerlo un hombre civilizado..... Escuchad! van á venir unos hombres..... jueces....., personas sagaces hija mia, que tuercen la ley como un cable, y se sirven de ella para ahogar de vez en cuando á uno de sus semejantes.... No digais que soy vuestro padre, pues os pondrian presa, y no podriais serme útil.... sois buena, Suky, y cuando hayais recobrado vuestras fuerzas, hareis cuanto esté en vuestro poder, para impedir que me maten.....

—Oh! si! señor, contesté.

—Miradlos!..... Es muy sensible, Suky, que no hayais podido reponeros mas pronto..... Pero Newgate está lejos de aqui, y espero.....

La puerta que se abrió le cortó la palabra.

Roboam se precipitó en el gabinete, y señaló con una rapidez de gesticulacion frenética todos los objetos sospechosos de que os he hablado, milord.

Aquella rapidez, que manifestaba que la cólera del mudo no se habia calmado, no pudo igualarse sino á la celeridad con que

el hombre que lo seguia inmediatamente recorrió la habitacion con la vista.

Este hombre era pequeño y delgado. Tenia sobre la nariz unas pesadas antiparras de metal, y sus cabellos lisos, pegados á la frente, parecian estar acostumbrados á verse cubiertos con una peluca.

Detrás de él venian dos fuertes auxiliares, vestidos con aquel singular uniforme medio civil, medio militar, que despues he sabido era el de la policia.

El hombre pequeño era un comisario de policia.

La primera mirada le habia bastado sin duda, pues tomó una silla y se sentó sin cumplimiento al lado de Ismael, que continuaba agarrotado, y á quien Roboam acababa de arrastrar triunfante al medio de la habitacion.

—Señor Ismael Spencer, dijo el hombre pequeño con evidente contento de si mismo, soy Roberto Plound esq..... ayudante del comisario de policia de White-Chapel..... Ya conoceis la oficina de Lansbert-stret, M. Spencer..... Ah! ah! es una oficina singular, señor..... Singular, Jem Wood, añadió volviéndose hácia los de la policia; muy singular, Peter Beloughby!... hein?.... Habeis tenido cuidado de reunir aqui pruebas tan convincentes tan hermosas pruebas, me atreveré á decir, que es inne-

cesario formalizar ningun espediente..... Voy ahora mismo á sellar la puerta de este gabinete. Un gabinete muy sorprendente, Jem?.... sorprendente hasta el extremo, Beloughby? Y á llevaros á la cárcel, señor Spencer.

Mi padre no contestó á aquel extraño discurso: pero Roboam que se mantenía de pié detrás de él, y cuya actitud manifestaba la alegría salvaje de una venganza satisfecha, acogió la conclusion por aquel grito ronco que daba horror oír y que era su sonrisa.

—Pícaro muchacho, á fé mia, dijo Robert Plound mirándolo por encima de sus antiparras; pícaro muchacho, Jem Wood, hein?..... Si no fuese sumamente estúpido decir á un mudo que se calle, me creería obligado á imponerle silencio, Peter Beloughby..... Vamos! poned á M. Spencer en disposicion de que nos siga, amigos míos.... Ese hombre sin lengua, á fé mia lo ha agarrado como si no hubiese hecho otra cosa en su vida.

Desataron las piernas de Ismael á fin de que pudiese andar, y solamente sus muñecas quedaron en el estado en que Roboam la había puesto.

—Amigo mio, dijo el comisario á este último, tendré cuidado de buscaros cuando sea tiempo..... Lo que acabais de hacer de-

nota un excelente natural y manifiesta que nos ayudareis cuando esté terminado el proceso á echar la cuerda al cuello de M. Spencer..... Pero, Jem Wood, y vos Peter Beloughby, ¿quién es esa señorita?

Los dos de la policia me miraron.

—Debe ser la hija de M. Spencer, añadió Plound, y debo hacerle la justicia de decirle que tiene una hija muy linda..... Vamos á conducirla á la cárcel.

Los dos de la policia dieron un paso hácia mi, pero Roboam se avalanzó entre ellos, y me cogió en sus brazos.

—Hein?... dijo el comisario: ese hombre sin lengua pretenderá resistir á la justicia del reino!

Roboam multiplicaba sus espresivos gestos. Por un sentimiento enteramente diferente del de mi padre, se encontraba con él en la misma idea, y en su pantomima me llamaba su hija.

El comisario y los de la policia no comprendian.

—¿Qué hay, Jem Wood?..... preguntaba Robert Ploud; que hay, Peter Beloughby..... ese hombre se mueve como un endemoniado, y por lo que respecta á mi, lo juzgo ya demasiado pesado.... Cumplir con vuestro deber, amigos míos.

El semblante de Roboam manifestaba en aquel momento una terrible resolucion.

Se colocó, con los puños cerrados, delante de mi, y seguramente, milord, el que sin armas, habia conseguido vencer á Ismael armado, no era un adversario que debia despreciarse, aun, cuando fuesen dos de la policia y un ayudante de comisario.

Robert Plound lo conoció, pues anunció su intencion de parlamentar.

—Al fin, añadió, todos esos gestos quieren decir alguna cosa..... Apostaria algo.... Veamos, amigo mio, esplicaos mas claramente.

Roboam tomó mi mano que apoyó contra su corazon.

—Ah! diantre!.... dijo el hombre pequeño, eso es muy diferente..... Yo no entiendo.

Entonces fué cuando mi padre abrió la boca por la primera y última vez durante toda aquella escena.

—No veis que esa niña es su hija! pronunció encogiéndose de hombros.

—Gracias, M. Spencer, gracias! habeis, si me es permitido explicarme de este modo, cortado el nudo de la dificultad.... Me complazco en reconocer que el hombre sin lengua tiene por su parte alguna apariencia de razon.... Esto es bueno Jem Wood..... esto es muy bueno, Peter Beloughby.... vámonos!

Nos hicieron salir primero á Roboam y

á mi, milord, despues mi padre, colocado entre los dos de la policia, pasó por la última vez la puerta de su gabinete secreto.

El comisario puso sobre la cerradura una tira de pergamino que selló en seguida.

Bajamos la escalera y llegamos á la pieza que llamaba mi padre su retrete.

—Teneis una casa muy lujosa, M. Spencer, dijo Roberto Plound: pero á quien diablos irán todos estos hermosos muebles cuando os hayan ahorcado?.....

Mi padre parecia hecho de mármol. Atravesó el retrete con paso firme y desahogado por la puerta opuesta. Roboam y yo nos quedamos en aquella habitacion.

Aun no sabia bien, Brian, la suerte que esperaba á mi padre; la tranquilidad, y principalmente la libertad de espíritu, llena de indiferencia de aquel hombre que acababa de ponerlo preso, no me permitian pensar que se tratase de vida y muerte. Despues he visto á un juez interrumpir una sentencia mortal para volverse y encargar á un oficial subalterno de la justicia la chuleta y el pudding ling que debian formar su desayuno. He visto á los abogados reirse entre si y colocar sobre los ojos los bucles de crin de sus pelucas blancas para ocultar los estrepitos de una intempestiva y blasfema alegria, en el mismo momento en que la ley suspendia su acero sobre la cabeza de un hombre; pero

entonces, milord , yo no sabia las cosas que ellos.

Pero si era positivo y cierto , que Ismael estaba amenazado de una gran desgracia, y que Roboam era el causante.

Yo no tenia entonces fuerza para profundizar aquella idea, y aun menos la de hacer algunas reprensiones á Roboam. Mi atonia que habia sido galvanizada un instante por las súplicas de Ismael y la inesperada presencia de los tres extranjeros , volvió á aparecer mas completa todavia. Quedéme tendida en un sillón, y en aquel estado no sentia nada.

Mas de una hora se pasó de esta manera, milord, segun creo, y cuando volví á abrir los ojos, vi á Roboam que se paseaba por la estancia , entregado á una agitacion increíble.

—Cuan mudado estaba, milord, y que espresion de profundo arrepentimiento reemplazaba el salvaje triunfo que animára anteriormente su fisonomia. Se golpeaba el pecho y sollozaba como un niño,

Ya os lo he dicho , ecsistia entre él y mi padre algun lazo misterioso, que solamente la terrible ecsaltacion de su cólera pudo impulsarle á romperlo. Asi que hubo pasado esta, contemplaba su falta y la lloraba.

En cuanto vió que yo volvía en mí, corrió y se arrojó en el suelo á mis pies,

y llenó mis manos de besos. En seguida sonando sus faltriqueras, en las que tenia dinero, me arrastró hácia la puerta.

Comprendí que queria sacarme de la casa de Goodman's-Fields, y no opuse ninguna resistencia. Nada me importaba en aquel momento. Si hubieran pronunciado entonces vuestro nombre á mi oido, Brian, quizá no hubiera tenido el poder de sacarme del entorpecimiento en que me hallaba sumergida; en este estado pasé mi ecsistencia durante un año entero.

¡Ay! escepto algunos cortos intervalos en que un sufrimiento demasiado insoportable punzaba vivamente hasta el fondo de mi alma. Durante este tiempo, yo era de piedra, milord, y di gracias á Dios, pues si me hubiera quedado un átomo de sensibilidad, me hubiera muerto; y la vida me es sumamente querida de ocho dias á esta parte!....

La noche habia cerrado completamente, cuando Suzannah llegó á esta parte de su narracion. Ya hacia algun tiempo que estaba hablando, y se vió obligada á detenerse tanto por la fatiga, como por la dolorosa amargura de las emociones que recordaba.

La habitacion no estaba del todo oscura, por que la claridad exterior llenaba la blanca superficie del techo, y

enviaba á los objetos, vagos é inciertos reflejos.

Acostumbrados ya á aquellas luces dudosas, interceptadas de vez en cuando por un flujo de niebla, ó por uno de esos instantaneos eclipses del gas tan frecuentes entonces, Brian y Suzannah se veían.

La hermosa jóven, pálida por el cansancio tenía en su fisonomía una languidez que la hacía aun mas encantadora. Brian, la miraba con estático enagenamiento: repasaba en su memoria los contratiempos de aquella vida tan jóven y ya tan cruelmente experimentada; buscaba en sí mismo con que compensar tantos dolores, y formaba á Suzannah, en sus sueños un porvenir encantador.....

El ruido impide dormir, como todos saben; el movimiento tambien; pero cuando se han dormido por el movimiento, la inmovilidad despierta: esto no lo desmentirá ningun viagero acostumbrado al sueño en una silla de posta ó en diligencia. Del mismo modo cuando se ha cogido el sueño por medio del ruido, el silencio sacude el entorpecimiento, y disipa lo que los poetas hace muchos siglos que llaman las adormideras.

Lo cual induciria á creer que el primer poeta era un boticario.

Verdaderamente tenemos necesidad de

esta transición para llegar sin obstáculo á la francesita, la señora duquesa viuda de Gévres, que hemos dejado, hace mucho tiempo, durmiendo con mucha tranquilidad en el gabinete negro.

La señora duquesa de Gévres, si no estamos equivocados, ponía en práctica todo su saber, en el momento en que la dejamos, para sacar partido razonable de los increíbles recursos que ofrecía la isla desierta de Robinson Croussoé, y vivir lo mas cómodamente que fuese posible en aquella soledad.

Pero mirad la nada de las transiciones! No fué enteramente el repentino silencio de Suzannah lo que hizo salir á la señora duquesa de Gévres de su letargo. Aquella muger pequeña dormía tan formal, tan resuelta, y tan valientemente, que Suzannah hubiera podido hablar ò callarse, segun su gusto, durante tres dias y tres noches consecutivas, sin turbar el reposo de su pretendida tia.

Para despertarla, no se necesitaba nada menos que una de estas estrañas y conmovedoras peripecias de que abundan las aventuras de Robinson Croussoé.

Por lo demas, no fué ni el naufragio, ni la quema de su canoa, ni la imposibilidad de no poder hacer una pipa, lo que sacó de su sueño á la señora duquesa: tampo-

co fué uno de esos monstruosos aguaceros que continuan sin interrupcion durante tres meses en esos climas poéticos, pero incómodos, donde está situada la isla de Robinson Crousoé: no fué tampoco.....

Pero digamos de seguida lo que fué.

Fué la huella, la huella estampada en la arena, la huella de los salvajes, aquella huella famosa que ha hecho crisar las carnes á mas de veinte millones de lectores, desde que existe Robinson: ese pié desnudo, con sus cinco dedos, pié de antrópofago, incrustado, gravado en hueco en la muelle superficie de la playa.....

Oh! aquel pié.... cuando la señora duquesa de Gévres vió aquel pié, un sudor frío corrió por todo su pequeño cuerpo. Se formó un escudo con su quitasol de pié de Kanguroo y quiso hacerse fuerte contra el peligro, aunque en vano. El pié estaba allí, amenazador, fatal, designado sus siniestros contornos con una correccion de líneas eminentemente diabolica.....

¿Qué hacer contra aquel pié?..... La señora duquesa de Gévres se despertó sobresaltada.

Lanzó á su alrededor una mirada horrorizada, y no vió cosa alguna ni la mas pequeña palmera, ni el mas pequeño coco. Era ya de noche, enteramente de noche.

Después de haberse felicitado con ra-

pidez por haber escapado milagrosamente de los peligros de aquel terrible pié, la señora duquesa de Gévres, que era una mujer de imaginacion, se frotó los ojos y se ocupó en poner en orden sus ideas.

Se habia dormido cuando era de dia: los dos amantes, en aquella hora estaban uno junto al otro. ¿Estaban todavia alli?.. ¿Qué habian podido decirse?

Esta era la pregunta, y era una pregunta horrorosa.

—Cuan necia soy! murmuró la muger pequeña con verdadero pesar: he dormido! he dormido mas de dos horas!..... Durante este tiempo mi querida sobrina ha podido decirle á su gusto lo que él no debia saber..... Ah! lord (1) si ese pícaro de Tyrrel llegase á saberlo!!....

Asi que pronunció estas palabras, una mano cogió su brazo en la oscuridad, y lo apretó con fuerza.

Ella ahogó un grito de terror.

—Estais aqui, milord! dijo.

—El pícaro de Tyrrel está aqui, señora duquesa, como bien veis, contestó el ciego.

—Os juro.....

—Callaos!..... Habeis hecho muy bien.

(1) Ah! señor! exclamacion femenina.

en dormiros Maudlin, y , diciendo que soy un pícaro, no os aventurais demasiado, tanta bachillera..... Solamente, aseguraos que yo no esté aquí para decirlo en adelante.....

=Milord!.....

=Silencio , Maudlin!..... No vayais á pensar que os guardaré rencor por esto, criatura tonta!.... Os lo repito: Habeis hecho muy bien en dormiros..... Si os hubieseis despertado, Maudlin , hubierais oido cosas, que quizá hubieseis comprendido, pues sois advertida para adivinar lo que no os concierne, y entonces hubiera sido necesario reduciros al silencio.....

Regularmente el ciego Tyrrel estaba muy distante de manifestarse tan comunicativo. Tambien la pequeña francesa notó que habia en sus palabras un tono de alegría mezclada de amargura que nunca habia observado.

=Si , añadió él con una especie de sarcástica jovialidad. La señora princesa ha hablado , Maudlin , ha hablado mucho..... Y lo ha hecho muchas veces de un hombre á quien he conocido con bastante intimidad en otro tiempo..... Entre ese hombre y yo se ha establecido una comparacion que podria tener , os lo aseguro , consecuencias muy funestas si no se apresurasen á prevenirlas..... ¿Qué os dijeron

antes que os durmieseis, Maudlin?

La pequeña muger recogió sus recuerdos y contó la aventura romanesca de Brian en los jardines reales del castillo de Kew.

—Oh! él es! exclamó el ciego: ese loco es el que ha hecho esta expedicion!.... que no se habla de otra cosa en la ciudad, pardiez!.... Ah! ah! esta si que es una feliz casualidad, y esa buena noticia os absuelve completamente, Maudlin....

En el interin la habitacion en que estaba Suzannah y Lancaster se habia iluminado. Un criado acababa de llevar unas bugias.

=Pero escuchad, Maudlin, escuchad!... miradla que vá á continuar, y el fin de su historia os interesará sin que pueda perjudicarme..... á la asociacion, quiero decir, como bien podeis creerlo..... Se trata de una ejecucion capital..... Sabeis? la decapitacion de Spencer..... Yo estaba alli, Maudlin, pero colocado de tal modo que no disfruté seguramente de el espectáculo..... y tendria mucho gusto en saber que figura hizo el judio en aquella circunstancia.. Tyrrel pronunció estas palabras con un tono de cínica fanfarronada, pero habia un secreto horroroso bajo su jactancia, y la pequeña francesa á la débil luz de las bugias que estaban en la pieza inmediata, y que

pasaba por entre los agujeros del cristal que habian puesto opaco, creyó ver brillar unas gotas de sudor sobre la descolorida palidez de la frente del ciego.





CAPITULO NOVENO.



Antigua corte.

UNA cosa admiraba mucho á la señora duquesa de Gévres; y era la facilidad con que el ciego, tan severo por costumbre, le perdonaba hoy su descuido.

—Y no creéis, milord, le preguntó con aquella tortuosa curiosidad, que no vá nunca derecha al objeto, si no que bordea como un buque ciñendo el viento..... ¿no

creéis que valdria mas dar un corte á esta conversacion?.....

—No, Maudlin, no. Ya él sabe lo que deberia ignorar , y poco importa que sepa mas ò menos.... Ademias, mientras que dormiais yo formaba mi plan , y ese valiente caballero será sacado de la silla antes que pueda poner la lanza en ristre..... Pero escuchad, bachillera incorregible!..... Escuchad , ó volveos á dormir!..... Hay cosas que no diria mas que á su amante , y que me importan..... que nos importan conocer.

Asi que se calló, la voz de la hermosa jóven sonó clara, en el gabinete negro.

—Muy poca cosa me queda que deciros, milord , decia. Me conoceis ahora , y, si continuo, es por que no quiero que haya ningun claro en mi historia, y que esteis á mi lado como un hermano cuya visita no me hubiese abandonado desde mi infancia.

Roboam alquiló una pequeña habitacion en Faringdon-Street , no muy distante de la prision de Newgate donde fué llevado mi padre asi que pasaron dos dias. Al dejar la casa de Goodman's-Field , se llevó con él una gran cantidad de oro; pero viviamos con mucha pobreza, por que la mayor parte de aquel oro lo empleó Roboam en aliviar la cautividad de mi padre.

El rigor habia escitado á el pobre mundo á dar aquel paso, y ninguno que hubiese sabido la bárbara tirania cuyo peso le oprimia anteriormente, hubiera tenido derecho de vituperar su venganza. Sin embargo, se arrepentia de ella amargamente. Viéndose libre ya, era mas desgraciado que durante el tiempo de su esclavitud, y echaba de menos su cadena.

Solamente Ismael hubiera podido decir que singular pacto ecsistía entre él y el mundo. Lo cierto es que Roboam lo amaba, y hubiera dado ahora su sangre por salvar la vida del desapiadado amo que, durante veinte años, lo habia acabado con tantos tormentos.

Pero no estaba en su poder deshacer lo que habia hecho.

No podré decir precisamente cuantos dias pasaron desde el arresto de Ismael á él de su proceso.

Una mañana vimos llegar á los agentes de la justicia que nos llevaron á Roboam y á mi á Old-Bailey. Hicieron que besasemos un libro que yo nunca habia visto en la casa de Goodman's-Fields, la biblia, milord, y nos dijeron que jurasemos, despues que un escribano acabó de leer la formula de un juramento.

Yo juré.

Roboam hizo un signo equivalente á una afirmacion.

El escribano nos preguntó.

Roboam respondió negativamente, por signos, á todas las preguntas que le hicieron. Yo por el contrario; no desfiguré en nada la verdad. Asi es que yo fui, milord, quien acabe la obra de Roboam.....

El gran jurado se reunió un martes en la sala baja d' Old-Bailey para decidir ante todas cosas la cuestion de saber si habia ó no lugar para continuar la acusacion intentada contra mi padre. La deliberacion no fué muy larga, y un veredicto unánime envió á mi padre ante los jueces del rey en Old-Court.

Yo estaba presente cuando la deliberacion del gran jurado, y no habia visto á mi padre en la sala: pero cuando yo salia, protegida por Roboam, oí una voz á mi oido que me decia.

—¿Cómo estais, Suzannah?

Me volví, y era Ismael.

Llevaba el ignoble vestido de los prisioneros de Newgate, y tenia sus manos sujetas con un anillo de fierro. Su cara estaba muy pálida, pero sus fatigados ojos conservaban su espresion de amarga é inflexible ironia.

—Oh! señor.... señor!..... exclamé.

—Silencio, Suky, dijo con rapidéz mi padre: Roboam debe arrepentirse de lo que

ha hecho, es verdad ¿y no es él el que me envia socorros?

—El mismo, señor.

—Pobre loco! murmurò.

Y le dió con el codo á Roboam que no lo habia visto.

Creo que Roboam iba á prosternarse ante él, pues que su semblante manifestó en aquel momento un respeto profundo, supersticioso, sin límites. Mi padre lo contuvo con una mirada, y le dijo muy bajo.

—Me has perdido, pero quisieras salvarme..... muy bien. Haz que el doctor Moore venga á verme á la prision, y encargale que me traiga un puñal.

Las guardias de Ismael, evidentemente ganadas, no se habian opuesto á aquella corta conversacion; pero en aquel instante, uno de ellos, temiendo sin duda las reprimendas de sus gefes, le mandó con aspreza que continuase su camino. Ismael me hizo un leve movimiento de cabeza protector, enteramente igual á cuando estaba en su prosperidad; en seguida se puso en marcha con la cabeza erguida, ante sus guardias.

Roboam me arrastró con rapidez, y me hizo atravesar á pié, sin dejarme tomar aliento unas cuantas calles interminables, á fin de cumplir inmediatamente su comision.

Escribí con lapiz en una hoja de mi

cartera lo que pedia mi padre, y Roboam subió á casa del doctor.

Creo, milord, que ese doctor Moore vive en esta calle, y muy cerca de aqui, pues la primera vez que entré en esta casa, me pareció que reconocia las inmediaciones.....

—Y bien! pregunté á Roboam cuando volvió á bajar, ¿irá el doctor Moore á la prision de mi padre?

Me hizo una seña diciéndome que M. Moore se estaba vistiendo para salir. Era seguramente el médico de Ismael: era tambien un hombre muy importante; pues he sabido despues que, apesar de las órdenes que nos prohibian á Roboam y á mi la entrada en la prision de Ismael, ese doctor Moore pudo entrar en ella.

Llegó el dia del proceso definitivo. Desde por la mañana, Roboam y yo nos dirigimos á Old-Bailey. Me habia cubierto la cara con un velo espeso, porque sabia que me harian hablar delante de muchos hombres reunidos, y yo conservaba siempre la misma timidez. Sin embargo, aquella timidez habia cedido en el momento de que os hablo, milord. Sabia ya lo que amenazaba á Ismael, y el abatimiento del pobre Roboam me desazonaba.

Atravesamos primeramente el vestibulo en que se apiñaba una multitud compac-

ta de procuradores, escribanos, testigos, y oficiales inferiores de la justicia. Despues subimos una escalera de mampirlanes, derecha como una escala, que nos condujo directamente á Old-Court.

El delito de Ismael era capital, y, segun lo que decian á nuestro alrededor las personas de la justicia, hubiera debido ser juzgado por los jueces del rey en persona: pero se trataba de un judio, y por consiguiente entendieron en la causa los magistrados de la Cité.

Habia un juez, un asesor, un escribano, y á la derecha del juez, en una silla separada por una gran distancia, un gordo alderman que dormia.

Old-Court no tiene en sí nada de imponente ni de terrible como bien podeis saber, milord. Es una sala de mediana estencion, un cuadrilongo ecsento de toda magestad. Sin embargo, temblé al entrar alli, por que sabia que aquellos hombres que estaban ante mi, iban á decidir de la suerte de mi padre.

Todo cuanto vi en aquella circunstancia ha quedado gravado en lo íntimo de mi memoria con indelebles caracteres.

Me colocaron frente al banco de los jueces que estaba junto á la pared, tapizada en aquel sitio con una colgadura color de fuego. En el centro de aquel banco,

bajo un dosel de forma cuadrada, se sentaba el magistrado principal, trás de él, fija en la rogiza colgadura pendía una espada desnuda.

A la derecha de los magistrados y mas adelante del alderman dormido, una docena de caballeros hablaban alegremente de sus negocios. Eran los jurados. A la izquierda estaban los abogados. Tras de su banco se abrió una puerta por la que salió mi padre.

Detras de mí estaba el público, y entre este, milord, reconocí con admiracion, disfrazados con vestidos vulgares, á la mayor parte de los nobles parroquianos de Golden-Club.

Es muy difícil para un mudo hacer comprender por medio de su pantomima las ideas abstractas. Hacia algunos dias que Roboam se esforzaba á mi lado y multiplicaba sus gestos, cuyo sentido no podia comprender. He adivinado despues que me recomendaba respondiese negativamente á todas las preguntas del magistrado; pero entonces yo ignoraba completamente lo que queria decir. El pobre Roboam se desesperaba. Podia muy bien contrahacer con escrupulosa regularidad el contenido de una letra de cambio, ó imitar una firma, pero no sabia escribir, y cuando imitaba las letras de cambio de la Cité, no hacia mas que dibujar un modelo, sin ocuparse del sentido de las palabras.

Llegué á Old-court sin ninguna preparacion.

Me hicieron sentar en un banquillo, levantar mi velo, y besar una biblia. Despues el juez, el procurador del rey, y los abogados, me hostigaron á portia y alternativamente, haciéndome preguntas insidiosas.

Contesté segun la verdad, milord, y á Roboam no le preguntaron sino por cumplir. Ya yo habia dicho bastante para condenar á mi padre.

Asi que concluí, antes de volverme á echar el velo, dirigí instintivamente los ojos hácia él. Me hizo una señal amigable con la cabeza, que acompañó con una sonrisa. Su semblante manifestaba la mas completa tranquilidad.

El fiscal público se levantó, é hizo seña á un criado de la justicia que quitó un tapete de sarga, cuyos vastos pliegues cubrian una mesa llena de distintos objetos. Eran todos los útiles del laboratorio de Roboam; el tocador, las llaves falsas, las armas, los punzones; buriles, matrices, etc.

El fiscal preguntó á Ismael si reconocia aquellos objetos.

—Los reconozco, señor, contestó mi padre pasando negligentemente un peinecito de carey por entre la sedosa profusion de su larga y negra barba; son, os suplico que lo creais, unos instrumentos escelentes que me

han costado muy caro... las armas sobre todo decorarian muy lindamente el gabinete de un hombre holgazan... y á vos os gusta la holganza, segun me han dicho, señor... Estoy sumamente disgustado con que me impida la ley disponer de esas bagatelas... tendria un gran honor en ofrecérosla.

Ismael se volvió á sentar.

El fiscal atrajo su canosa peluca hácia su enrojecido semblante, y le lanzó una mirada llena de cólera, á la que Ismael contestó con un profundo é irónico saludo.

Los caballeros jurados comenzaron á reirse.

El ujier dió un golpe en el suelo con su maza, gritando con voz nasal y adormecida.

—*Saélence!* (1)

No sé, milord, cual era el pensamiento secreto de mi padre, pero estoy segura que lo sostenia una misteriosa esperanza, pues ni aun siquiera una sola vez, durante el curso del proceso, manifestó ningun deseo de ser perdonado, ningun temor de que lo condenasen. Todo al contrario, en repetidas ocasiones se burlò de sus jueces, provocó al jurado, y no perdonó á su defensor la picante amargura de sus sarcasmos.

Quizá meditaba un proyecto de evasion;

(1) Pronunciacion inglesa de la palabra *cilence* que significa silencio.

quizá contaba con la intervencion de los hombres poderosos que habian frecuentado tantas veces su infierno.

Pero contaba aun con otra cosa, pues conservò su serenidad hasta el mismo pié del cadalso; y ni aun se fruncióron sus cejas para cometer el acto abominable que fué su último crimen...

No creia en cosa alguna.

Morir era para él pasar la puerta de la nada. Creo, milord, qué, vencido y dado á conocer para lo sucesivo, Ismael queria mejor descansar en la muerte, que volver á comenzar con ménos esperanzas su laboriosa lucha contra el mundo.

Acababa de granjearse un enemigo en el fiscal, que pasaba por ser, á pesar de su edad y de su carácter público, un hombre frívolo y poco egemplar. Este magistrado sostuvo la acusacion con pasion inaudita, no limitándose á manifestar lo que era cierto, constante, y suficiente, ay! para perder á mi padre, sino forjando locas hipótesis, y dejando á un lado el crimen real para combatir quiméricas monstruosidades.

Cada vez que el procurador del rey se detenia para tomar aliento, Ismael inclinaba la cabeza en señal de aprobacion. El alderman roncaba, los jueces bostezaban, los jurados hablaban del opio, del algodón y del tres por ciento consolidado: el ujier decia periódicamente.

—Silencio!

Todos los instrumentos de convicción, pasaron revista á su vez, y entonces fué cuando supe positivamente el uso de la mayor parte de ellos. Estos objetos probaban, milord, que Ismael, además de sus otras culpables industrias, practicaba también el robo con ganzuas, y tal vez en caso necesario el asesinato.

Pero estos hechos no podían entrar en la causa, por que valiéndome de la espresion de uno de los jueces, faltaba *el cuerpo del delito*.

Al concluir, el abogado de la corona intimó al jurado, por su eterna salvacion, que declarase culpable al acusado, amenazándolo en caso contrario con todas las venganzas celestes.

El defensor de mi padre se levantó. Era un jóven, fresco y sonrosado, cuya peluca blanca (1) parecia un disfraz de carnaval.

—Jóven caballero, le dijo mi padre, creo que vais á hablar por vuestra propia satisfaccion. Por lo que respecta á mí me privaria con mucho gusto de vuestro elocuente apoyo, jóven caballero.

—Oh! oh! murmuró el jurado.

—Silencio! pronunció el ujier que dormia de pié.

(1) En Lóndres los abogados llevan grandes pelucas blancas.

El ardeman protestò contra aquella órden por un sonoro ronquido.

El defensor no pestañeaba.

Hizo una protectora señal á mi padre, y principiò su defensa afirmando por su honor que iba á poner la inocencia de su defendido mas clara que el dia. Hizo esta proposicion con tanta seguridad, milord, que sentí llenarse mi corazon de alegria, pensando que mi padre iba á salvarse.

Pero esta esperanza duró muy poco. El jóven abogado habló mas de dos horas, y no dijo una palabra que tuviese conecsiou con el proceso. Contó las desgracias del pueblo de Israel en Egipto, presentó el cuadro de las siete plagas, y pasó el mar Rojo con Moises. En seguida, con motivo de la falsificacion de las letras de cambio, estableció con mucha pompa que el grabado y la caligrafia son artes recomendables...

Aqui, creemos deber interrumpir, por un momento la narracion de Suzannah. Esta parte de su historia pudiera parecer verdaderamente inverosímil á los que no conocen la justicia de Lóndres, justicia seguramente muy respetable, pero cuyas esterioridades llegan á los mas estremados límites de lo grotesco. Nuestro foro cuenta recomendables talentos, y nuestros legistas tienen una reputacion europea, que no pretendemes contestar. Pero, si por ejemplo,

se entra en New-Court, durante una sesion, ¿no se creeria uno transportado de pronto á el dominio de la farsa, y no pensarian involuntariamente en aquella comedia de Francia, intitulada: (*Los Pleitistas* de Racine), donde un abogado habla de la creacion del mundo con motivo de la muerte de una polla?..... Si solo nuestros procedimientos fuesen anticuados, si no hubiese de ridículo mas que los vestidos de nuestros legislatas, seria un inconveniente secundario y falta venial, pero el procedimiento perjudica á la cuestion y el abogado, (con perdon de esos dignos caballeros), es aun mas ridículo que su vestido.

Quien no se reiria, ó mejor dicho, quien no tendria compasion al ver á aquellas pobres criaturas, aplastadas bajo una peluca de lino, sudar sangre y agua, moverse, y pegar con el puño cerrado en las mesas inocentes, perder aliento en periodos desmesurados, soplar, toser, bostezar, enronquecerse, todo para adormecer á un alderman, ó impresionar á un asesor, poste inmóvil, estatua mal tallada en un trozo de abeto sin pulir, ó bien para persuadir á los caballeros jurados, que no son mas que mercaderes llenos de negocios, que continuan haciendo de la audiencia como si fuese la bolsa.

Esto es burlesco, es profundamente odioso, por que hay á el otro lado de la

sala un hombre á quien estos distraídos mercaderes van á declarar culpable casi á la casualidad, y á quien esos jueces soñolientos van á condenar á la deportacion ó á la muerte!.....

=Cuando el jóven abogado terminó su defensa, añadió Suzannah, un murmullo lisongero circuló por el auditorio. Era su primer estreno, y lo declararon muy brillante. Y la familia del jóven *pleitista consultor* reunida para celebrar su primer ensayo, aplaudió derramando lágrimas de alegría.

El juez se vió obligado á gritar cinco ó seis veces silencio, para moderar la alegría de aquellas buenas gentes, que no veían en mi padre sino un *motivo*, una causa de la que el heroe de aquella fiesta de familia habia sacado un glorioso partido.....

Eran guineas en perspectiva, milord, y aquella familia era Lóndres entero en resumen!

La representacion tocaba ya á su término. El magistrado que estaba sentado bajo la espada de la justicia, habló durante algunos minutos con voz indolente y cansada; despues preguntó á mi padre si no tenia nada que añadir.

Mi padre no respondió sino por un saludo caballeroso, acompañado de un movimiento de labios lleno de bravata.

Los jurados dejaron sus sitios, se agru-

paron y comenzaron una activa conversacion. Seria odioso pensar, milord, que no discutian la grave cuestion qué acababa de ser planteada. Y sin embargo, que indiferencia en todos los semblantes, gran Dios!

Al cabo de diez minutos, uno de ellos giró sobre sus talones y volvió á ocupar su sitio. Casi al mismo tiempo lo imitó otro, en seguida otro, de suerte que muy pronto todos los jurados recobraron sus sitios, cruzaron sus piernas, y fijaron en el techo sus fastidiadas miradas.

Solamente el gefe del jurado habia permanecido de pié. A la pregunta del presidente, pronunció la sentencia, con una mano metida en la faltriquera de su pantalon, y la otra en su chaleco.

Mi padre era culpable por unanimidad.

—Entónces, milord, comenzaron nuevos debates. El procurador del rey, y el defensor abrieron grandes libros, y confrontaron varias citas latinas, despues de esto el magistrado les impuso silencio.

Despertaron al alderman, que se frotó los ojos, y los jueces deliberaron á su vez.

En el momento que pronunciaron su sentencia, que fulminaba pena de muerte contra mi padre, el alegre rumor de las felicitaciones dirigidas al jóven abogado llegó á ser tan escandaloso, que el ujier se vió obligado á hacer resonar por la sala su monotonó: *Silencio*.

Mi padre escuchó la sentencia sin manifestar la menor emoción. Roboam por el contrario, dió un grito sordo y se golpeó el pecho con desesperación. Mi padre le dirigió una mirada compasiva.

—Pobre loco! dijo de nuevo: hasta la vista, miss Suky!

Sus guardias se lo llevaron.

Nosotros nos volvimos á nuestra casa de Fariugdon-Street. Mi atonía habia llegado á su colmo, y experimentaba una completa y general insensibilidad.

—Todo lo que acabo de contaros, mi lord, no me arrancó ni aun siquiera una lágrima.

Dos dias después, recibí una carta por un conductor desconocido. He aquí lo que contenia.

«Contaba hacer de vos una lady, Suzannáh: á no ser por ese desgraciado idiota de Roboam, la elegancia de Lòndres «hubiera levantado un trono á la *Sirena*, un «trono cuyos escalones hubieran sido de «oro.

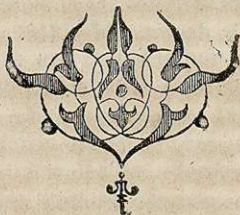
«Ahora todo ha terminado. Y sin embargo, ¿quién sabe lo que el porvenir nos «reserva á vos y á mi, Suky?....

«¿Os acordais?.... Os he prometido en «una ocasion haceros ver lo que era ser «ahorcado: id el jueves á Old-Bailey, hija «mia, antes de salir el sol.... id allí! esta es

«mi voluntad, mi última voluntad! os cumpliré entonces mi promesa, miss Suzannah!

«Que no falte Roboam de estar allí, y que espie mis menores movimientos. Necesitaré de él.

«Hasta la vista, Suky. No creo en Dios: «á no ser así, os diria, Dios os bendiga! «Sereis rica en el momento que querais, «porque sois hermosa.... Procurad quererlo.»





CAPITULO DECIMO.



La puerta de la deuda

SEGURAMENTE, milord, dijo á Tyrrel la pequeña francesa, que hacia algunos instantes le costaba mucho trabajo contener su lengua; yo habia oido hablar de la ejecucion de ese infiel de Ismael Spencer, pero no creia que fuese tan endurecido como todo eso.... Escribir semejante carta en el artículo de la muerte..... á su propia hija. Por lo que

respecta á mi, cuando conozco que llega mi última hora, espero pensar algo en la eternidad.

—Ismael hizo lo que quiso, Maudlin, contestó Tyrrel, que parecia tomaba un interés muy grande en la narracion de Suzannah: hareis lo que mejor os parezca... En el interin escuchad!

La hermosa jòven acababa de tomar la palabra.

—La carta de mi padre, pronunció con una voz cuya fatiga comenzaba á debilitar su sonoro y puro timbre, me causó un sentimiento penoso. Esto es todo lo que puedo decir, milord. El tiempo de las punzantes emociones habia pasado. Todo se resbalaba sobre el espeso vestido de insensibilidad en que se envolvía mi corazon.

Leí á Roboam lo que le concernia, y un rayo de alegria pasó por la frente contrita del pobre mudo. Creo que esperaba encontrar una ocasion de servir á Ismael y reparar así, todo lo que le fuese posible, la fatal obra de su cólera.

Eran cerca de las once de la noche. Era la víspera del dia fijado por la carta de mi padre. Acababa de dormirme con aquel sueño penoso y lleno de estremecimientos, que hacia de mis noches una continúa fatiga, cuando Roboam se precipitó en mi habitacion.

A fuerza de gestos me hizo entender que

ya era hora de partir. Me vesti con precipitacion, y salimos.

Aun no habia nadie en Faringdon-Street, ni tampoco en Heet-Lane, donde nos alojamos para salir á Old-Bailey, frente á la puerta del tribunal de sesiones (1). En el momento en que distinguimos las negras paredes de Newgate, las doce campanadas de la media noche sonaron en Skinner-Street, en la torre del Santo Sepúlcro.

Ningun movimiento se sentia en aquella calle ancha, y de tan lúgubre apariencia que la llaman Old-Bailey. Solamente se oia como un murmullo de alegres conversaciones en el aire, en todas las casas que dan frente al tribunal y á la prision, y tambien en los primeros edificios de Newgate-Street, que tenian vista á Old-Bailey.

Levanté los ojos para ver de donde salia aquel alegre murmullo que contrastaba tan singularmente con el sitio y la escena anunciada. Nada distinguí al principio; pero muy pronto mi vista acostumbrada á la oscuridad, distinguió en las ventanas de todas las casas, caballeros y señoras; las mugeres del pueblo estaban en los graneros, y algunos muchachos se agarraban á los salientes de las tiendas.

(1) El tribunal de asises se componia de la sala de los grandes jurados, Old-Court, Nevv-Court etc. etc.

Todas estas personas esperaban, milord, y habian ocupado sus asientos con mucha antelacion. Se quejan muchos de tener que esperar una hora para obtener sus entradas en el teatro Italiano; pero se puede aguardar con paciencia una noche entera, á fin de ver ahorcar á un hombre.

Lo mismo sucede, segun dicen, en todas las ejecuciones. Pagan hasta diez guineas por cada ventana que está situada en un sitio bueno, y triple precio, si se trata de un sentenciado de importancia.

Reianse: los caballeros silvaban: algunas ladies talareaban el aire de moda: y mataban así el tiempo.

Roboam y yo estábamos sentados en una viga tendida en medio de la calle, frente á Debts-gate, (la puerta de la Deuda). Roboam inclinó la cabeza sobre sus rodillas: yo me mantuve derecha, inmóvil de imaginacion como de cuerpo, sin procurar ver claramente lo que pasaba en las tinieblas de mi pensamiento.

Yo no sufría, dormitaba moralmente: sentía tan solo mucho frio, y la penetrante niebla de las noches de Lóndres, suscitaba en mi pecho una tos convulsiva.

Este era el único ruido que respondia á los alegres cuchicheos de las ventanas.

A eso de las doce y media, una partida de trabajadores, conducida por hombres de la

policia, y seguida de tres ó cuatro carros, volvió la esquina de Ludgate-Hill para entrar en Old-Bailey. Esta especie de caravana se adelantó silenciosamente, y se detuvo frente á la misma puerta de la Deuda.

Nos rechazaron asperamente á Roboam y á mi, hasta las casas situadas frente á la prison. La viga sobre la que acababamos de sentarnos, era el madero principal de la horca.

Los trabajadores se ocuparon al momento con actividad, en descargar los carros que contenian potros, tablas, y estacas puntiaguadas. Bien pronto se oyó sonar en todas direcciones el ruido atronador del martillo. Unos levantaban el movable suelo del cadalso; otros clavaban las estacas en tierra, y las ligaban con maderos, para formar las barreras destinadas á contener la multitud.

Todo esto se hacia de priesa. Temian que los sorprendiera el dia, y los maestros obligaban sin cesar á los perezosos.

A cada martillazo, milord, veia estremecerse al pobre Roboam; parecia se lo daban en el corazon. Yo, escuchaba, no indiferente, sino postrada: comenzaba á sentir en el alma un sordo dolor sin impulsos: uno de esos dolores que entorpecen, y pueden llevar la apatia hasta la misma torpeza.

Lo que hacian á mi alrededor, obraba en mi seguramente, pero sin yo saberlo. No podia decirme nada de lo que iba á pasar. Escucha-

ba el ruido del martillo como los alegres chistes que decían en las ventanas, como los groseros gestos de su pantomima, y el nombre de mi padre, pronunciado con frecuencia á mi alrededor, no afectaba tampoco mi oído mas que la monótona voz del de la policía, escortando á los carpinteros á que levantasen las barreras con solidez.

Milord, muchos días han pasado de este modo para mí, y, una tarde, tomé el camino del Tamesis para matarme, sin mas emoción que la que tenía cuando me iba á acostar á la hora acostumbrada.

No puedo creer que sea esto vivir. Tenía en mí, alguna cosa muerta, quizá el corazón. Y sin embargo mi corazón vivía pues que derramaba lágrimas por vuestra memoria.....

El trabajo adelantaba con rapidez. Ninguna luz iluminaba á los trabajadores, que solo tenían para guiarse los inciertos resplandores de las mechas de gas diseminadas en la plaza: pero estaban acostumbrados á aquella tarea, y los golpes del martillo despertaban sin descanso el eco profundo de las antiguas paredes de Newgate.

Ismael debía oír el ruido de todos aquellos preparativos. Acostado sobre la estera de junco colocada sobre el suelo desnudo que sirve de cama á los condenados á muerte, podía contar una á una las tablas que, clavadas, iban á formar la plataforma de su cadalso.

Yo no lo sentia entonces , milord , pero hoy dia esto me oprime el corazon.

Era una cosa horrorosa y lúgubre ver á aquellos hombres moviéndose en la oscuridad, solícitos en levantar el teatro donde uno de sus semejantes iba á morir.

Y era una cosa repugnante, un contraste horroroso, una vergüenza, oir frente al aparato de la muerte, aquellas dulces voces de mujeres hablando de cosas frívolas , hablando quizá de amor.....

Eran cerca de las dos de la mañana, cuando las primeras oleadas de la multitud aparecieron confusamente por los dos lados de Old-Bailey. Una fuerte barrera impedía acercarse al cadalso en direccion de Ludgate-Hill. Hacia el lado de Newgate-Street, se podia adelantar casi hasta junto á los carpinteros.

Durante una hora la multitud se agrupaba sin descanso. Las barreras , empujadas por una presion que se hacia por momentos mas pesada, crugian y amenazaban romperse. Por todas partes se oian juramentos populares, brutales zumbas, y clamores de impaciencia.

Aun todavia seis horas de espera!.... Era comprar muy caro el placer prometido... pero no era esto demasiado caro. El placer debia ser mas completo que lo ordinario , y el drama preparaba á los espectadores una imprevista peripecia.

Roboam y yo estabamos entre dos barre-

ras, casi pegados á la pared de la casa que hacia frente á la puerta de la deuda. Solamente una docena de personas habian podido penetrar hasta alli. Un intervalo de algunos pies, y una vacilante barrera, nos separaba de la multitud.

Nuestro sitio era envidiado ardientemente, milord, y se preguntaban á nuestro alrededor, como nos habia podido caber tanta felicidad!.....

Suzannah se interrumpió, y pasó su mano por su frente. Despues de algunos momentos su voz era lenta y penosa.

—Sufris mucho, señora, le dijo Lances-ter con inquietud: dejad para otro dia esta narracion que despierta en vos recuerdos demasiado despedazadores.

—No, milord, contestó Suzannah: es necesario que todo lo sepais hoy á fin que pueda romper con ese lúgubre pasado que se me aparece como una sangrienta vision..... Sufro.... Oh! teneis razon!.... Aun mas sufro hoy que en aquella terrible noche; pero soy fuerte, milord.....

Pasaron las horas de la noche, y los primeros albores del dia, de un sombrío dia de invierno, vinieron á alumbrar la escena.

Lo que yo distinguí al principio frente de mi fué una masa negra de forma cuadrada, sobre la cual se levantaba el brazo amenazador de la horca: era el cadalso al que los obreros habian dado la última mano, y que un paño negro cubria enteramente.

Los trabajadores desaparecieron. El espacio que habia entre nosotros y el cadalso permaneció vacío hasta que un piquete de hombres de policia , armados con sus varillas, vinieron á ocuparlo cerca de las ocho.

A derecha é izquierda , tan lejos cuanto podia estenderse la vista, una inmensa multitud ondulaba, se agitaba, pataleaba , transida por la helada niebla de la mañana. A medida que se iluminaban los mil semblantes de aquella formidable multitud, se veia en ella un sentimiento comun, la impaciencia, la impaciencia cínica y brutal, del horroroso espectáculo que esperaban.

Las delicadas voces que se oian en las ventanas sobre nosotros, se callaron. Entonces el respeto humano reemplazó al pudor. Tenian vergüenza en presencia de aquella multitud animada de odiosos instintos: tenian vergüenza de manifestarse á ella, y de esperar como ella. Cuando levanté los ojos por casualidad para ver á aquellos á quienes habia oido, durante la noche conversaciones frívolas ó alegres , no ví descubierto ningun semblante de muger. Tenian elegantes sombreros de paja de Italia de los que caian velos de encajes. Habia aqui y allí, para las mas atrevidas , abanicos abiertos. Los caballeros se habian subido los cuellos de sus sobretodos , ó se ocultaban detras de sus anteojos:

Pero la multitud se vengaba de aquel

pudor hipócrita y tardío. Una granizada de insultantes pullas subían de la calle, y caían indistintamente sobre aquella otra multitud, que no difería de la primera sino por el vestido, y que, bajo sus terciopelos, ocultaba tanto como la otra bajo sus harapos, una sed sin límites de sangrientas emociones, y el insensato deseo de espiar la muerte en las supremas convulsiones de un hombre en la agonía. Había velos mas diáfanos, y abanicos mas estrechos. Mas de un noble nombre fué lanzado como alimento al alborotado público que se agitaba en el cieno: y tal lady inclinó la cabeza bajo la enérgica reprobacion de la justicia popular.

Pero esto creo que fué por parte de aquellas damas una eesagerada delicadeza. ¿No hacian ellas lo que todo el mundo hace en Lóndres? ¿Es permitido no haber visto ahorcar á un hombre en su vida? Y por que una es jóven, noble, rica, hermosa, amada, ¿debe privarse de esos punzantes goces que llevan al populacho hasta la embriaguez?

Oh! milord, aquellos velos de encajes, y aquellos brillantes abanicos, aun están presentes en mi memoria! Veo bajo aquellas máscaras graciosas, graciosos semblantes, y esos semblantes me repugnan y me indignan aun mucho mas que las caras tostadas y bronceadas, ávidas de contemplar la muerte, ávidas francamente y sin rebozo, que por todas partes hacia muecas á mi alrededor.

Si hubiese oído pronunciar allí el nombre de lady Ophelia, hubiera rechazado después, yo, pobre jóven, su amistad de gran señora, y no la hubiera permitido que me llamase su hermana.

Hacia algunos minutos que habían dado las siete y media. El momento se acercaba, y un profundo silencio hubo en la multitud. Esta se llenó de aquella ansiedad que precede á todo espectáculo esperado; ansiedad que se parece al recogimiento, y que no es mas que el paroxismo de la impaciencia. Se callaban en la calle, se callaban en las ventanas, se callaban en los tejados, donde pululaba oprimida otra multitud casi tan numerosa como la de la calle.

A las ocho menos cuarto, un lento y lúgubre repique sonó en el campanario del santo sepulcro. Al mismo tiempo dos hombres vestidos de negro subieron las gradas del cadalso y colocaron sobre el paño una gran caja de abeto. La campana tocaba el doble fúnebre de mi padre, y aquella caja que llevaban los hombres vestidos de negro, era su ataúd.....

Un estremecimiento terrible circulò por toda la multitud.

—Al fin! al fin! decían.

¿No era aquello, milord, un digno complemento de la educacion que me habia dado Ismael y las personas que veia allí, uni-

das á los que habia visto en Old-Couit y en el Club-d' Or , no confirmaban las lecciones de mi padre?.....

Entonces pensé , y lo he pensado por mucho tiempo, que el mal vivia unicamente en el corazon del hombre. He necesitado oir vuestra noble voz, Brian, y la de mi querida Ophelia para no ver aqui abajo mas que el infierno....

Hacia casi diez minutos que tocaban el doble, cuando se abrió la puerta de la deuda. Desde aquella puerta á la plataforma del cadalso, habian puesto una especie de puentelevadizo inclinado.

Todos se empinaron. Los que estaban en los balcones alargaron sus cabezas. Todas las miradas se fijaron con suma curiosidad mas adentro de la puerta que acababan de abrir.

El primer personage que apareció fué un ministro que tenia en la mano una biblia: era *l' ordinaire* (1) de Newgate, que subió á la plataforma sin volverse. Despues de él venia Ismael. Mi padre estaba muy pálido, milord, pero ninguna turbacion aparecia en su semblante que conservaba su espresion de amarga y sarcástica burla. Salvó el puente levá-

(1) *The ordinaire*. Lllaman asi al limosnero protestante de Nevvgate, encargado de asistir á los sentenciados en sus últimos momentos.

dizo con paso firme , y se detuvo en medio del cadalso.

Sus muñecas estaban unidas por unas esposas de hierro, y una gruesa cuerda, que sujetaba sus codos por detras , hacia imposible el mas leve movimiento de sus brazos. En el saliente que formaban sus codos sujetos asi, estaba una cuerda liada , cuya estremidad , terminada en un nudo corredizo, pasaba al rededor de su desnudo cuello.

—Miradlo! miradlo! decian muy bajo á nuestro lado.

—Es un pícaro descarado!

—El infiel comia carne humana en una habitacion que no tenia ni puertas ni ventanas.

—Ah! bendito sea Dios! merecia que lo ahorcasen dos veces.

Todas estas voces, juntas aunque reprimidas, formaban un murmullo sordo casi semejante al del viento cuando zumba por entre los árboles de un bosque. Encima de mi hablaban mucho mas bajo , pero oí una voz de muger que decia.

—Ese hombre tiene unos hombros hermosos.

Mi padre se habia detenido á alguna distancia de el pié de la horca, junto al féretro abierto. Se bajó para considerarlo mas de cerca, y en seguida lo rechazó con un desdenoso puntapie. El féretro se resbaló por el

aserrin de la madera de que estaba salpicado el paño hasta el fin de la plataforma.

Mi padre se volvió á levantar, y recorrió con vista segura á la multitud.

—Que pícaro tan endurecido! decian por todas partes.

—Tiene un no sé que de romanesco en su mirada, murmuró la voz de la ventana: es un hombre hermoso!

—Eh! milady, feo ó hermoso, dijo la voz gruñona y cascada de un anciano, pronto no será mas que el cadáver de un judío ahorcado!

L' ordinaire de Newgate habia abierto su biblia y leia, para llenar su ministerio un pasage de ella. Ismael no lo escuchaba. Al cabo de unos segundos frunció las cejas, y mandó al sacerdote que se alejara. Este cuya caridad evangélica no parecia muy ardiente, se dió por entendido, puso su biblia bajo su brazo, y se retiró á la izquierda de la horca.

No podré deciros, milord, de donde salieron los verdugos, pero los ví de pronto en el cadalso, detrás del sentenciado.

El doble continuaba tocando en la iglesia del santo sepulcro.

Oí decir á mi alrededor que en pasando un minuto todo habria concluido.

Esto corrió por la muchedumbre como un aire contagioso. Todos aquellos semblan-

tes ingleses , generalmente tan flemáticos, agitaban cada uno de sus músculos en estrañas contorsiones. Unos removian sus mandíbulas sin hablar: otros tenian la boca enteramente abierta con una estúpida sonrisa en los labios: otros con las cejas fruncidas , las narices abiertas , parecian saborear laboriosamente sus goces. Oh! milord, no ecsagero, y la amargura de mis recuerdos no altera en nada la realidad. La felicidad se veia en todos aquellos abrasadores ojos. Old-Bailey era una fiesta , y en ninguna otra parte de Lóndres hay tantos dichosos como delante de Newgate el dia de una ejecucion!

Sin embargo, mi padre despues de haber recorrido con la vista la multitud que llenaba la parte baja d' Old-Bailey hácia el lado de Ludgate-Hill, levantó su vista hácia las ventanas donde se veian mil cabezas ávidas, y parecia buscaba alli á alguno. Su vista se detuvo en un lado de Fleet-Lane, y creí notar que su frente se inclinó ligeramente en un imperceptible saludo.

Al momento dirigió su vista á la calle, y al fin nos distinguió frente á él.

Un brillo de alegría salvage iluminó instantáneamente sus pálidas facciones al ver á Roboam , que estendió sus brazos hácia él llorando.

Mi padre me hizo, como siempre, una señal amigable con la cabeza, y se sonrió con dulzura al mirarme.

Roboam estaba en un estado de angustia que causaba compasion. Toda la noche se habia manifestado su dolor con energia, pero desde que apareció Ismael, una especie de agonía era lo que experimentaba. Hipaba sordamente; lágrimas abrasadoras corrian de sus ojos, y su mano crispada convulsivamente, desgarraba su pecho.

El verdugo dijo una palabra en voz alta. Trajeron una escalera que apoyaron en el brazo que atravesaba la horca. Aquella escalera, cuyos escalones subió, le sirvió para fijar en lo alto el extremo de la cuerda que estaba antes colocada en los agarrotados codos de Ismael.

Así que hizo esto, volvió á bajar el verdugo y quitaron la escalera.

La cuerda pendia entonces del cuello de Ismael: un ademán del verdugo que se habia colocado junto al resorte que sujetaba la trampa, en una posición horizontal, iba á ser suficiente para lanzarlo á la eternidad (1).

En aquel supremo momento en que las conversaciones habian cesado por todas partes, en que no se oía otro ruido sino el penoso aliento de tres mil jadeantes respiracio-

(1) *The launch into eternity* (El salto á la eternidad,) Esta espresion que en boca de Suzannah podia parecer al lector enfática, no tiene seguramente ese carácter en Londres. Es una locucion proverbial.

nes, el sol, levantando su velado disco por la niebla detrás d' Old-Bailey, lanzó un rogizo reflejo en las ventanas altas de las casas situadas frente á Newgate.

Ismael se estremeció: miró al principio con melancolia aquel rayo de sol; despues, queriendo ver sin duda por última vez aquel astro, se volvió con prontitud: pero Newgate levantaba detrás de él la sombría pantalla de sus paredes.

Mi padre inclinó la cabeza. Su resolución pareció á punto de doblegarse.

—*Cheer up!* (ánimo) gritó al momento una voz grave y sonora que salia de una ventana del lado de Fleet-Lane.

Todas las miradas se volvieron hácia aquel lado. Mi padre saludó ligeramente: en seguida su cabeza se levantó altiva, y volviéndose hácia nosotros, hizo á Roboam una señal de llamamiento.

La hora fatal iba á dar dentro de dos ó tres segundos.

Pero no necesitó Roboam mas que uno para salvar de un solo salto la barrera que estaba delante de él, echar á tierra á los de la policia colocados en su paso, y asaltar el cadalso.

La multitud, estupefacta y vivamente impresionada por aquel inesperado suceso, lo vió muy pronto al lado de Ismael, cuyos fierros, limados de antemano, cedieron á un movimiento repentino.

La muchedumbre , olvidando su odio,
gritó: bravo, por que el incidente prometia ser
dramático. Los pañuelos se agitaron en las
ventanas, y la voz de Fleet-Lane repitió:
=Animo!





CAPITULO DECIMO PRIMERO.

El paso á la eternidad.

L movimiento de Roboam fué tan rápido que nadie pensó en oponerse á él. Petrificado el verdugo, lo miraba con ojos estupidos, y no se movia. Sus mozos habian bajado ya del cadalso.

Yo no sé, milord, si mi padre hubiera podido intentar con buen esito fugarse. La multitud parecia creerlo así, prorrumplia en

frenéticas aclamaciones, y arrojaba á la policia toda clase de proyectiles. El tumulto y la agitacion hacia temer que iba á estallar un motin.

Pero mi padre no intentó fugarse. No era para esto para lo que habia llamado á Roboam. En el momento en que este cogia la cuerda para desatar el nudo corredizo, Ismael que se habia llevado la mano á su seno, la sacó con un puñal, seguramente el que le habia llevado el doctor Moore, y lo clavó con furia en el pecho de Roboam.

Roboam cayó tieso y muerto, entre mi padre y el verdugo (1).

Ismael se volvió hácia la ventana de Fleet-Lane, blandió el puñal ensangrentado con triunfo, y exclamó:

—*Thank you* (gracias) milord!

La muchedumbre dió un agudo grito de horror.

En aquel momento dieron las ocho en la torre del santo sepulcro.

El verdugo, mas bien por costumbre de su oficio que por refleccion, pues parecialle no de estupor, oprimió el resorte con el pié. La trampa se abrió, la cuerda quedó tiran-

(1) Una escena semejante se verificó en Glasgow en 1797. Lambeth Fisher M. Dougal, montañés del clan de Dougal, asesinó en el cadalso á Fergus M. Dougal, su primo.

te y la mitad del cuerpo de Ismael desapareció en el agujero.

Su semblante se contrajo, y en seguida permaneció inmóvil. La cuerda tirante se destorcía lentamente é imprimía á aquel cuerpo, que ya no era mas que un cadáver, un movimiento de rotacion que causaba horror verlo.

Cerré los ojos, milord, y mis piernas se doblegaron. Sentí como si una mano de hielo oprimiese mi corazon. En seguida no sentí, ni vi nada mas.....

Suzannah se interrumpió, y Brian, con el corazon oprimido por la relacion de aquel horroroso drama, permaneció callado.

En el gabinete negro, la pequeña francesa temblaba estraordinariamente, y murmuraba exclamaciones de terror. El mismo Tyrrel parecia conmovido en demasia, y en un momento en que su cuerpo vaciló, trémulo, como si fuera á caerse, Maudlin sintió correr de la frente del ciego sobre su mano una gota de helado sudor.

=Si, murmuró al fin, despues de un momento de silencio: así fué!..... Ella no ha olvidado nada..... ni aun la puñalada..... no merecia Roboam aquella puñalada; pero ese diablo de doctor Moore..... Escuchais, Maudlin!..... Por qué espiais mis palabras!... miserable muger!..... No sabeis que se envenena tambien por los oidos algunas veces,

y que muchas personas han muerto por haber oído demasiado!

—Milord!.... balbució la pequeña francesa.

—Silencio! No ha dicho ella que la cuerda se destorcía? Maudlin..... se destorcía lentamente!..... Debieron ver el cadáver seguir, inerte, el movimiento de aquella cuerda maldita..... Esto debió ser horroroso..... horroroso.

Pasó la mano por su corbata, como si de pronto le faltase el aliento.

—Una cuerda al rededor del cuello Maudlin, añadió con voz estrangulada ¿os figurais el mal que esto puede causar?

—Maudlin lo miraba lleno de admiración.

—Os aseguro, contestó ella riéndose que nunca me han ahorcado, milord, ¿y á vos?

Tyrrel se levantó y enderezó su alta estatura.

—¿A mi? pronunció con estravio; ¿á mi?... Oh! Maudlin, debía ser horroroso ver dar vueltas así al cadáver!.....

Estas extrañas palabras contrastaban de tal modo con la ordinaria impasibilidad del ciego, que la pequeña francesa se imaginó por un momento, que una locura repentina le había asaltado. Pero en el instante en que aquella idea, se presentó á su imaginacion, Tyrrel se volvió á sentar sosegadamente, y dijo con tono mas natural.

—A fé mia; Maudlin, ese Ismael Spencer diò vueltas como un puerco..... Y siempre que he visto ahorcar, aquella pirueta postuma me ha causado un endiablado efecto..... Observadla bien, Maudlin, en la primera ocasion.

—Cuando recobré el sentido, milord, añadió Suzannah, estaba ya el sol sobre San Pablo. La fúnebre decoracion habia desaparecido completamente; la muchedumbre se habia dispersado, y los carros de los aprestos subian y bajaban el triste embudo d' Old-Bailey.

Me desperté por que uno de la policia acababa de ver que obstruia el camino público, y me movió con aspereza.

Hacia dos horas que estaba alli. Mas de mil personas habian pasado por mi lado, pero sabeis, milord, que la caridad en Lóndres se limita á no pisar la cabeza del desgraciado que yace en el suelo. Dar un paso fuera de su camino, es ya demasiado para esas personas ocupadas, vasallos de la avaricia en quienes el egoismo ha tomado proporciones tan monstruosas, que su universo está en ellos, y que su alma miope no vé nada á dos pasos de distancia!..... Ah! conozco á Lóndres, milord! He sufrido tanto en él!

Me pareció que habia tenido un sueño estravagante en su horror. Por instinto, me dirigí hácia nuestra habitacion de Farringdon Street, pero antes de haber llegado á él, la

certeza de lo que habia pasado me se presentó de nuevo.

—Mi padre y Roboam!

Yo estaba sola en el mundo, sola, milord, yo, cuya infancia habian prolongado; yo, que no sabia nada sino algunas cosas infames ó frívolas.....

Muchas veces habia pensado en vos desde nuestra partida de Goodman's-Fields, pero en aquel momento la idea de mi abandono me anonadaba. Lo mismo que el pobre Roboam, echaba de menos mis ideas de esclavitud.....

Pasé dos dias encerrada en mi habitacion, y tenia miedo de lo que pasaba fuera. Todo era para mi desconocido, y lo desconocido me horrorizaba. Al cabo de este tiempo, una insensata esperanza se presentó á mi imaginacion. Esta esperanza no podia presentarse mas que á mi, milord, ignorante y sin tener la mas leve nocion de la vida. Resolví buscaros, á fin de deciros que os amaba.

Brian le cogió la mano, que apretó dulcemente entre las suyas.

—Por qué no lo hicisteis Suzannah! dijo él.

—Os he buscado durante seis meses, milord. Lóndres es muy grande, y os ocultabais porque los que os habian prestado dinero querian prenderos.

—Es verdad, murmuró Brian, es verdad! La mano misteriosa que ha llenado mi

bolsillo, aun no se habia interpuesto entre mi y mis acreedores.

—Tyrrel comenzó á reirse.

—¿No habeis oido hablar, Maudlin, de esos atrevidos pícaros que hacen pacto con el diablo?

—¿Por qué me haceis esa pregunta, milord?

—El infierno confunda vuestra incurable curiosidad, Maudlin!... ese hermoso señor es el que me hace pensar en esa antigua historia... La mano misteriosa de que habla es parecida al diablo, sabeis que este concluye siempre por torcer el cuello á sus clientes tarde ó temprano...

—Supe Brian que vivias en Clifford-Street, decia en el interin Suzannah: esto fué todo lo que supieron decirme. Por espacio de seis meses fuí todos los dias á Clifford-Street. Nunca os encontré: y no fué la paciencia la que me faltó, milord: cuando no volví mas fué porque no podia ya hacerlo.

Una tarde, en el momento en que entraba en mi solitaria habitacion, me pidieron el precio de mi alquiler. Yo no tenia nada, y me echaron.

Lóndres es brillante y espléndido al principio de la noche. Yo no tenia miedo. La indiferente y apática soñolencia que se apoderaba de mí asi que no se trataba de vos, me sostuvo entonces asi como me ha sostenido

muchas veces despues. Pasaba por delante de las tiendas lujosamente iluminadas de Fleet-Street; pasaba sin pensar y sin tener. Tan cerca de la opulencia, ¡Dios mio! alguna cosa os impide el que temais las últimas estrechidades de la miseria. Yo creo que personas menos ignorantes que yo se han dejado sorprender de ella, y en Lóndres desgraciados de inanición, no se puede persuadir hasta el último momento que sea posible semejante muerte.

Y sin embargo, cuántos mueren así diariamente! Pero todo abunda alrededor de vuestra agonía. Parece que no teneis mas que estender la mano para tomar, mas que abrir la boca para hartarse. Esperan tiempo; llega la muerte; se dá el último suspiro al lado de una mesa cuyas miajas solas os bastarian para prolongar vuestra vida...

Las miajas! ¿Quién puede negarse á arrojar á la estenuada miseria lo que nadie quiere?

Tienen sus perros, milord...

Me dirigí á Fleet-Street, á la casualidad pensando en vos, sin duda: ¿no érais entonces como ahora mi único pensamiento? La hora se adelantaba. Cuando pasé Church-Yard, ví que cerraban las tiendas unas despues de otras.

Por la primera vez para mí, dónde iria á buscar un asilo.

En la esquina de Conrhill un hombre se llegó á mí. Me dijo que era hermosa, y me preguntó si queria seguirlo á su casa. Acepté sin dudar, y no me tomé el trabajo de disimular mi alegría. Pero siguiendo nuestro camino, aquel hombre me habló de tal modo que tuve que dejarlo.

Tenia conmigo una cosa que suplía á mi ignorancia, milord, y esta era el amor vuestro. La idea de venderme á otro, no tenia nada en si que me repugnase sino con relacion á vos. La vaga y confusa vergüenza que levantaba mi pecho, no me hubiera detenido. Pero estabais siempre allí, entre el abismo y mi persona. Una voz en lo interior de mi corazon me gritaba sin cesar: Mas vale morir.....

Llegó la media noche. Los transeuntes eran muy raros. Las tiendas cerradas, no presentaban mas que las sombrías maderas de sus cancelas en lugar de las brillantes claridades del gás. Tenia hambre, y estaba consumida de cansancio. Me acosté al pié de la reja de san Pablo, y me dormí.

Antes que amaneciera, me desperté helada, entumida, incapaz de moverme. Un watchman (1) pasó, lo llamé, y le dije que tenia hambre.

—Oh! oh! me dijo aquel hombre llevándome junto á un reverbero; sin embargo, sois

(1) Aun no habia entonces mas que watchman (guardias de noche) en la ciudad.

muy linda hija mia..... ¿Cómo diantre podeis tener hambre?

=Vacilé, y mi pesada cabeza se caia de un hombro á otro.

—Pero poco importa, añadió el watchman, al fin quizá seais una jóven honrada, aun cuando las jóvenes honradas son muy raras en Lóndres, voy á llevaros á una casa de asilo.

Me cogió por debajo del brazo, y sosteniéndome lo mejor que pudo, me llevó efectivamente á la casa de las pobres de la Cité, donde me recibieron sin ninguna dificultad.

Inmediatamente me prodigaron socorros, y me creí salvada. Oh! cuanto me arrepentia de haber pensado que en Lóndres nadie tenia compasion para los que sufren. Alli, encontré la compasion organizada, la caridad sometida á las reglas de una vasta administracion, y ejercida en una inmensa escala....

Esto era lo que yo me decia, milord, y mi corazon estaba lleno de infinita gratitud.

Pero al dia siguiente á las veinte y cuatro horas justas desde el momento de mi entrada, uno de los empleados de la casa, me abrió la puerta y me suplicó que me fuera. Veinte y cuatro horas! Tal es el plazo que la caridad de Lóndres dá á los desgraciados que van á morir! Veinte y cuatro horas! el tiempo de recobrar un poco la vida, el tiempo para recuperar algunas fuerzas, para luchar nuevamente y sufrir algunos dias mas!

Esta es la ley.

=Sois jóven y fuerte, me dijeron , trabaja!

¡Como hubiera querido obedecer, milord, y trabajar! Pero he sabido despues que mugeres fuertes, hábiles, y acostumbradas al trabajo desde la infancia, no pueden ganar en Lóndres con que comprar el pan. Yo ignoraba hasta la precisa significacion de la palabra trabajo. Habia trabajado para aprender los idiomas; habia trabajado en mi piano, en mi harpa..... ¿Era de esto de lo que me queria hablar el hombre de la casa de beneficencia?

Pasó un dia, despues dos, y el hambre volvió aun mas cruel.... Oh! milord, en medio de esas miserias conservo para mi un dulce y angélico recuerdo. La tarde del segundo dia, caminaba desfallecida ya por la acera de Cheapside, pues no me separaba del centro de la Cité. El hambre comenzaba á producir en mi sus efectos ordinarios, esos efectos que yo he experimentado tantas veces! Mi cabeza estaba cargada, mis ojos turbados no veian ya la luz del gás sino á traves de una niebla coloreada de mil matices variados: mi frente se hendia á los impulsos de un agudo dolor.

Conocia que me iba á caer: me habia caido asi dos dias antes.

En el momento en que vacilaba, no distinguiendo á mi alrededor mas que un tor-

bellino luminoso y confuso, una mano me cogió por el brazo y me sostuvo.

—¿Qué tienes pobre niña? preguntó al mismo instante una dulce voz.

En aquellos momentos, todo choque físico ó moral, restablece por un instante el equilibrio de los sentidos. La sorpresa me volvió la facultad de ver. Distinguí á mi lado dos jóvenes misses que iban del brazo de un caballero de alguna mas edad que ellas. Los dulces semblantes de aquellas dos encantadoras jóvenes, se presentan á mi vista en el momento en que os hablo, milord. Cuanta bondad habia en sus miradas! que tierna compasion en su sonrisa! Cuan buenas y lindas eran!

—Esta pobre niña se muere de hambre! dijo el caballero despues de haberme ecsaminado con atencion.

—De hambre! repitieron estremeciéndose las dos niñas.

La mayor de ellas rodeó mi cintura con su brazo ; y ví que las lágrimas llenaban los hermosos ojos de la mas jóven.

—Oh! Stephen! exclamó esta última; es necesario llevarla á casa de vuestra madre.

—Ahora mismo, añadió la mayor que me llevaba ya.

El que ellas llamaban Stephen las detuvo y continuó ecsaminándome con frialdad. Habia mucha bondad en sus facciones, pero

una bondad prudente, reflexiva, que contrastaba con su juventud.

—No puede ser, Clary, dijo al fin; no insistais Ana, no puede ser..... No podemos llevar á esta señora á casa de mi madre.... pero podemos y debemos darla socorros.

Sacó de su faltriquera un bolsillo, y me entregó dos monedas de oro.

—No es bastante, Stephen, no es bastante! exclamaron juntas las dos jóvenes; tomad! tomad señorita!

Al mismo tiempo pusieron sus bolsillos en la faltriquera de mi vestido.

Besé la mano de la mas pequeña, y la mayor me dijo:

—Nuestra casa está ahí, en la esquina de Cornhill, el número se me olvidó; cuando tengais hambre, id allá.

—Oh! id! añadió la otra; Stephen es un pícaro, y su buena madre os recibirá....

No he vuelto á ver mas á esos dos ángeles, milord. Mas adelante, cuando el sufrimiento pesó de nuevo sobre mí, busqué su casa en Cornhill, y no pude dar con ella. Pero sus dulces nombres y sus encantadores semblantes están impresos en mi corazón, y pido encarecidamente á Dios que me ponga algun dia en estado de poder devolverlas todo el bien que me han hecho.

Pues fué para mí un consuelo supremo el encontrar casualmente en aquella posicion

personas bondadosas á mi paso. Esto me volvió á dar fuerzas y esperanzas. Esto me manifestó el porvenir y el mundo bajo un aspecto menos lúgubre.

Compré pan con el dinero que me dieron las dos jóvenes. Cuando ya no me quedò nada, canté en Cheapside, por la noche, delante de una taberna donde se reunian mercaderes de la Cité. Me dieron al principio mas de lo que necesitaba; pero la multitud se agrupaba á mi alrededor. Los hombres de la policia me prohibieron que cantase.

Entónces fué, Brian, cuando la idea de una muerte voluntaria se apoderó por la primera vez de mi imaginacion. No queria aceptar los ofrecimientos de aquellos hombres que especulan sobre la miseria de una muger, por que yo era vuestra, y ninguna otra cosa podia ponerse entre mi persona y el abandono. Yo sabia lo que se sufre antes de morir de hambre, y el temor me impelia al suicidio.

Habia visto anteriormente á un pobre niño ahogarse en el lago, en cuyas orillas yo habia sido muy dichosa durante algunos meses. Me dirigí al Támesis.

En el camino, en una callejuela llamada Wates-Street, me detuve, cansada, y me detuve en los escalones de un café. La dueña de él me vió y salió para echarme; pero necesitaba una criada: le parecí hermosa,

y las criadas hermosas son una cosa muy preciosa para una casa como *les Armes de la Couronne*.....

Aqui Suzannah contó su vida durante los tres meses que pasó en *les Armes de la Couronne*, los toscos trabajos á que la habian dedicado, las confianzas de los parroquianos de la sala comun, los brutales insultos de los bebedores del *tap* y la tirania quisquillosa y áspera, de la misma mistress Burnet, que, por el pan que la daba, creia tener derecho de tratarla como á esclava.

Llegó en seguida á aquella noche del domingo en que ecsasperada mistress Burnet, le pegó una bofetada.

—Continué mi camino hácia el Támesis, Brian, añadió, y en el momento en que iba á cometer un crimen, que quizá Dios hubiese perdonado á mi ignorancia y á mi desgracia, fué cuando encontré al ciego Tyrrel.

—Ah! ah! murmuró la pequeña francesa que redobló su atencion.

Tyrrel permaneció callado.

—En aquel tiempo, milord, ya os lo he dicho, yo no reparaba en nada; habia como una especie de venda ante mis ojos; yo no era sensible á ninguna otra cosa mas que á vuestro recuerdo, que era á la vez mi único consuelo, y mi mas amargo sufrimiento: sin embargo, la fisionomia de aquel ciego que iba algunas veces á el café me habia chocado

ligeramente. Me parecia algunas veces que sus ojos, privados de la luz, se fijaban en mi con preferencia á ningun otro objeto.....

Pero aquella tarde, á orillas del Támesis, esperiménté un alucinamiento estraño, y terrible. Mientras que ese Tyrrel me detenía por el brazo, la luz de una bugia encendida en una casa inmediata, iluminó rapidamente su semblante, y creí ver.....

La hermosa jóven dudó.

—Concluid, señora, dijo Lancaster con curiosidad.

La pequeña francesa inclinó la cabeza hácia adelante para oir mejor, pero en aquel momento las dos manos del ciego se pusieron sobre sus oidos, y la dejaron sin que pudiera escuchar.

—Creí haber visto el espectro de mi padre, milord! dijo Suzannah estremeciéndose.

Brian hizo un movimiento de sorpresa.

—Esto es estraño, murmuró, estraño!.. Oh! aqui ecsiste un movimiento tenebroso... Yo lo descubriré, señora!

Tyrrel se encogió de hombros con desprecio, y retiró sus manos, volviendo asi el uso del oido á la señora duquesa de Gevres.

Suzannah, continuando su narracion, contó su llegada á Wimpole-Street; el lujo con que desde luego la habian rodeado; y las amenazas que le habian hecho. Habló de la escena verificada á la cabecera de Perceval,

y aun pronunció la famosa palabra del santo:
Gentleman of the night.

Asi que concluyó se volvió hácia Lancaster, y fijó en el sus grandes ojos negros, cuyos párpados se bajaron muy pronto, mientras que decia con dulzura:

—Todo lo sabeis ahora, milord; no os he ocultado nada: os he abierto enteramente mi alma, y os toca decirme si aun soy digna de amaros.

Brian no contestó al pronto.

Dos lágrimas corrieron por entre las sedosas pestañas de la hermosa jóven.

—Milord, murmuró, espero y sufro....

Brian se estremeció, é imprimió apasionadamente sus labios en la mano de Suzannah.

—Señora, dijo él con ternura y respeto, el hombre á quien amais os está muy obligado, y si tiene derecho á enorgullecerse es con respecto á los demas hombres pero no respecto á vos que sois mi gloria..... Habeis sufrido mucho..... habeis sufrido noblemente..... El oro puro de vuestro corazon no se ha empañado entre tantas y tan dilatadas mancillas..... Oh! Dios ha formado vuestra alma tan hermosa como el semblante, Suzannah!.....

Y puso una rodilla en el suelo.

—¿Quereis llevar el nombre de Lancaster, señora? añadió de pronto con aquella

galanteria esquisita y rara que en nuestra época plebeya han podido conservar únicamente ciertas familias por caballerescas tradiciones.

—Si quiero, milord, balbució Suzannah; si quiero ser vuestra muger!.....

Se inclinó encantada no encontrando palabras para manifestar su alegría.

—Venid, exclamó Brian, oh! venid, señora; no permanezcais ni un instante mas bajo este impuro techo.... La señora condesa de Derby es vuestra amiga; su casa será para vos un asilo muy á propósito hasta el dia en que me deis derecho de protejerlos por mi mismo..... Venid!

Suzannah se levantó radiante.

—Estoy pronta á seguiros, Brian, dijo esta.

Se dirigieron hácia la puerta. Pero en el momento en que Lancaster puso la mano en el pestillo, se abrió de pronto la puerta por sí misma, y el ciego Tyrrel apareció en ella.

Detrás de él estaban cuatro hombres vigorosos y de apariencia determinada.

—Habeis entrado solo en esta casa, señor de Lancaster, dijo el ciego, y saldreis de ella lo mismo.

Aterrorizada Suzannah se agarró al brazo de Brian.

Este se safó de ella con dulzura.

El pensamiento de una lucha pareció presentarse por un instante en su imagina-

cion. Su vista lanzó un terrible brillo, y pareció elegia entre sus adversarios el primero á quien derribaria al suelo.

Pero mudó de parecer y respondió con voz contenida:

—Muy bien, sir Edmund, saldré solo... Hasta luego, señora, añadió inclinándose con rapidez al oído de Suzannah; no me esperéis mucho tiempo, os lo juro!

Pasó con prontitud por delante de Tyrrel y de sus acólitos, bajó la escalera, y salió de la casa. Así que estuvo en la calle, subió corriendo Wimpole-Street, y entró en Marylebone. Cuando se vió en High-Street, no se detuvo hasta llegar á las oficinas de policia.

Introducido al momento donde estaba el comisario, Brian tuvo con él una corta conferencia, de cuyas resultas el magistrado puso á su disposicion un oficial de policia con un piquete de sus subordinados.

Aquella pequeña tropa, estimulada por Brian, bajó á paso acelerado hácia Wimpole-Street. Media hora á lo mas, habia transcurrido desde la partida de Brian, y la llegada del piquete de policia á el número 9.

El oficial llamó, en nombre del rey.

—Dios bendiga á su muy graciosa majestad, contestó una voz burlona por una de las ventanas del primer piso.

La ventana se volvió á cerrar; y al cabo de medio minuto se abrió la puerta.

La policia se apoderó al momento de la casa, tomando las precauciones necesarias. Nadie se presentó para resistir á sus investigaciones.

Registraron el edificio desde los subterráneos hasta los tejados.

Encontraron los muebles abiertos y en desorden, como sucede despues de una partida precipitada.

No se encontró ni un criado, ni un amo.

Ningun caballo en la cuadra, ningun carruage en la cochera.

La casa estaba abandonada.

FIN DEL TOMO CUARTO.

